

Isaías

Jeremías

Lamentaciones

Ezequiel

Daniel

Oseas

Joel

Amós

Abdías

Jonás

John C. Jeske

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General y Redactor del Manuscrito

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

Daniel

John C. Jeske

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

El mapa de la página 142 fue hecho por el Dr. John Lawrenz, New Ulm, Minnesota.

Derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio, sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Primera impresión en español, 1995

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

©Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Card: 95-73081

Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St.
Milwaukee, WI 53226-3284

© 1996 por Northwestern Publishing House
Publicado en 1996
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-0587-5

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción	1
Daniel 1: El hombre de Dios en la corte del rey	11
Daniel 2: Cuatro imperios temporales y un nuevo reino eterno.....	25
Daniel 3: La imagen de oro y el horno de fuego.....	51
Daniel 4: La vanagloria del rey y su locura	70
Daniel 5: El banquete del rey Belsasar y su condenación.....	88
Daniel 6: Daniel en el foso de los leones	106
Daniel 7: Cuatro bestias, cuatro reinos y un gobierno eterno	129
Daniel 8: Dos épocas terribles se aproximan para el pueblo de Dios	149
Daniel 9: La profecía de los setenta “sietes”	165
Daniel 10: Poderes sobrenaturales en conflicto sobre el pueblo de Dios	184
Daniel 11: La predicción más detallada de las Escrituras	196
Daniel 12: Una palabra final de gozo	215
Bibliografía.....	227
Tabla de Biblias	228

ILUSTRACIONES

Daniel en el foso de los leones	<i>cubierta</i>
La estatua en el sueño	38
Daniel y los sabios	46
El horno de fuego	65
La escritura en el muro	98
El mapa de los cuatro reinos	145

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras que se encuentran en la versión Reina Valera 1995. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen aplicaciones personales, antecedentes históricos y explicaciones del texto.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos con buen discernimiento intelectual y que saben aplicarlo, por sus años de experiencia en los ministerios de la enseñanza y la predicación. Han tratado de evitar el lenguaje técnico que caracteriza a muchas series de comentarios y que dificulta su lectura para todos aquellos que no sean eruditos en el estudio de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús declaró: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo; él es el centro de toda la Biblia, él es nuestro único Salvador.

Los comentarios vienen acompañados de mapas, ilustraciones e información arqueológica, cuando se considera conveniente. En la parte superior de cada página aparece un encabezamiento que remite al lector al pasaje específico que desee encontrar.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Oramos para que esta labor pueda continuar como empezó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, Revisión 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Daniel fue traducido por el Rev. Otoniel Rodríguez S., pastor en Torreón, Coahuila. El pastor Rodríguez fue titulado en medicina por la Universidad Nacional Autónoma de México y actualmente sirve como presidente de la Iglesia Evangélica Luterana Confesional en México. Ha contribuido con varios artículos para *El Mensajero Luterano*. La Sra. Ma. Cristina Zimdars, esposa de un misionero en Monterrey, Nuevo León, y la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, y esposa de un pastor del Velview, Minnesota, colaboraron en la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa colaboración de estos siervos de Dios.

La publicación de este libro ha sido posible gracias a una subvención de Lutheran Brotherhood. Agradecemos su valiosa contribución.

Adviento de 1995
Paul Hartman, director
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas

Fondo histórico

El libro de Daniel fue escrito teniendo como fondo histórico la cautividad en Babilonia del pueblo judío. Para poder apreciar lo que este fascinante libro tiene por decirnos, es necesario recordar que siglos antes Dios había elegido a los descendientes de Abraham para que formaran el poderoso reino unido de Israel. Es triste que esos años de gloria no duraran mucho tiempo; en los reinados de Saúl, David y Salomón la unidad del reino duró poco más de un siglo.

La división del reino de Israel ocurrió en el año 931 a.C., cuando las diez tribus del norte se separaron para formar su propio reino. El reino del Norte, también conocido como Israel, duró cerca de 200 años; durante esos dos siglos Israel fue gobernado por diecinueve reyes (veinte, si incluimos un candidato al trono), y todos fueron malos a los ojos de Dios. El Señor emitió su juicio sobre ese pueblo rebelde e incrédulo, y permitió que los asirios invadieran a las tribus del norte, las derrotaran en el campo de batalla y las llevaran al cautiverio del que nunca iban a regresar.

Todo lo que quedó del antiguo pueblo de Dios fueron únicamente de las dos tribus del sur, que tenían a Jerusalén como su capital. Ese remanente, conocido como el reino de Judá, continuó por cerca de 350 años después de la desintegración (de 931 a.C. a 586 a.C.). Igual que su nación hermana del norte, Judá tuvo diecinueve reyes (realmente veinte, si también incluimos a un pretendiente al trono), y de ellos Dios sólo aceptó como buenos a ocho reyes. Aunque el pueblo de Judá tenía el Templo, la morada terrenal de Dios entre ellos, con su hermoso y significativo servicio de adoración que les fue dado personalmente por Dios, los judíos no supieron apreciar esas bendiciones. La palabra y la voluntad de Jehová, su Dios - Salvador, llegaron a serles cada vez más indiferentes. No sólo ignoraron a los profetas que Dios les envió para hablarles, sino que en ocasiones hasta los persiguieron. Cada vez se asemejaban más a las naciones paganas que los rodeaban.

Dios, fiel a su palabra, envió un terrible juicio sobre la nación de Judá y su ciudad capital Jerusalén. Durante un período de veinte años empezando en el año 605 a.C. los ejércitos babilónicos invadieron tres veces a la nación, aplastando a sus ejércitos, saqueando y destruyendo sus ciudades y llevándose a Babilonia a miles de sus habitantes al cautiverio incluyendo a Daniel. En el año 586 a.C. la ciudad de Jerusalén, con su bello templo salomónico, fue destruida (2 Reyes 24:1–25:30; 2 Crónicas 36; Daniel 1:1 ss.). Los babilonios fueron los líderes del poder mundial por sólo setenta y cinco años, siendo derrocados por el Imperio Medo Persa del rey Ciro en el año 536 a.C.

Significado del exilio para los judíos

La destrucción de Jerusalén y el violento desarraigo y traslado de sus habitantes al exilio fue una amarga experiencia para el antiguo pueblo de Dios. El resultado inmediato fue el fin de la independencia de la nación judía, pero el exilio significaba más que eso. En el Antiguo Testamento el pueblo de Dios vino a ser un verdadero reino terrenal, que estaba a la par con las naciones más poderosas de esa época. A diferencia de las otras naciones, Israel gozaba de un privilegio muy especial, la protección y la guía de Dios. A eso se le llama teocracia (o “gobierno de Dios”). El antiguo Israel era la nación escogida de Dios; él había establecido su morada terrenal en el monte Sión de Jerusalén. Dios no le reveló sus sagrados secretos a ninguna otra nación de la antigüedad, sino sólo a Israel. Como dice el Salmo 147:19,20:

Ha manifestado sus palabras a Jacob,
sus estatutos y sus juicios a Israel.
No ha hecho así con ninguna otra de las naciones;
y en cuando a sus juicios, no los conocieron.
¡Aleluya!

Los reyes de Israel eran siervos de Dios, su responsabilidad primordial era la de conservar a la nación fiel a Jehová. Esa teocracia terminó cuando los israelitas fueron llevados al exilio. Y aunque después de setenta años se les permitió volver a Jerusalén, no volvieron a gozar de la teocracia que tuvieron en el principio. Sólo un pequeño remanente regresó, y el gobierno que establecieron no fue más que un títere de los persas. Los muros de Jerusalén y su Templo fueron reedificados por los exiliados que regresaron, pero el antiguo orden de vida había desaparecido para siempre.

Pese al sufrimiento que el juicio de Dios les produjo a los exiliados, el pueblo de Israel siguió siendo la nación que Dios escogió para llevar a cabo sus buenas intenciones para con la humanidad. Un nuevo orden de cosas vendrá con el prometido Libertador de Dios, el cual descenderá del linaje real de David. En él el gobierno de Dios alcanzará su punto culminante. Mediante la obra del Mesías prometido, Dios reunirá a su pueblo escogido, sus hijos e hijas, no sólo de una nación, sino de todo el mundo.

La suerte de los exiliados en Babilonia

Con la derrota de los ejércitos de Judá y la caída de su gobierno, miles de ciudadanos judíos fueron llevados al exilio. Un siglo y medio antes, los asirios habían llevado esclavizado al reino del norte de Israel, cautividad de la cual el país nunca se recuperó; simplemente dejó de existir. ¿Iba a ocurrir lo mismo con el reino del Sur, que era mucho más pequeño?

Dios había predicho, por medio del profeta Jeremías, que la nación de Judá no iba a dejar de existir bajo el yugo babilónico, sino que después de setenta años se le permitirá regresar del exilio a su tierra natal (Jeremías 25:11; 29:10). Sin embargo, la mayoría de los deportados se dieron cuenta de que no iban a vivir lo suficiente para ver de nuevo su patria.

¿Cómo les fue a los exiliados en su nuevo hogar? Cualquiera pensaría que ser forzados a vivir en el cautiverio, en una tierra

extraña, muy lejos de su patria, sería terrible; y en efecto, así lo fue. Sin embargo, no sería correcto imaginar que vivir en Babilonia era como vivir en un campamento de esclavos. El cuadro que tenemos es que la vida en el exilio no fue por completo desagradable para los judíos.

El profeta Ezequiel habla de un grupo de colonos exiliados judíos que vivía cerca del río Quebar, un importante canal de irrigación. Parece que la agricultura fue el medio de vida de muchos de los exilados, que hasta cierto punto gozaban de libertad, pues tenían sus propios hogares y mantenían correspondencia con sus conocidos y familiares en su tierra natal. Los babilonios les permitieron formar colonias y conservar sus instituciones religiosas con sus sacerdotes y profetas. Antes de que Jerusalén cayera ante los ejércitos babilónicos, el profeta Jeremías había urgido a los ciudadanos para que se prepararan para un exilio de setenta años. Les dijo: “Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos y comed del fruto de ellos. Casaos y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas... Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová, porque en su paz tendréis vosotros paz” (Jeremías 29:5-7). Muchos de los judíos alcanzaron tal prosperidad durante el exilio que, años después cuando tuvieron la oportunidad de regresar a Jerusalén, optaron por quedarse en Babilonia.

A pesar de todo eso, vivir en el exilio debió ser especialmente difícil para los creyentes judíos. El hombre que escribió el Salmo 137 expresa la angustia que sintieron, así como su añoranza por la casa de Dios en Jerusalén, que ahora yacía en ruinas:

Junto a los ríos de Babilonia,
allí nos sentábamos y llorábamos
acordándonos de Sión.

Sobre los sauces, en medio de ella,
colgamos nuestras arpas.

Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían cánticos,

los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo:
“Cantadnos algunos de los cánticos de Sión”.
¿Cómo cantaremos un cántico a Jehová
en tierra de extraños?

El hecho de haber sido arrancados violentamente de su tierra natal fue un trauma, aunque uno podría deducir que eso no fue una sorpresa para nadie, porque a lo largo de la historia del pueblo de Israel, los profetas desde la época de Moisés le habían advertido al pueblo que si persistían en ignorar a Dios y su amor, iban a ser desarraigados y dispersados entre las naciones (Deuteronomio 28:36 ss. 63-68). Y ahora, al ver su espléndido Templo saqueado y destruido, su ciudad capital en llamas y lo mejor de sus hombres y mujeres deportados, se sentían profundamente sobrecogidos y sacudidos.

Lo que más les dolía era que las promesas de gracia que hizo Dios, que les fueron dadas a Abraham, Isaac y Jacob, estaban unidas a la nación de Judá. Y ahora esa nación escogida era víctima de un desastre del cual ningún otro país se había recuperado. Si la nación de Judá era esclavizada, ¿cancelaría Dios sus promesas?

Ante ese golpe, hasta el judío más creyente necesitaba la confirmación de la ayuda de Dios en el exilio; necesitaba ayuda para comprender que ese acto del juicio de Dios era un juicio purificador y no condenatorio. El israelita creyente necesitaba de la ayuda divina para poder entender las razones de la aparente contradicción de que un poder mundial pagano, como era Babilonia, pudiera hacer lo que le diera la gana. Los exiliados creyentes necesitaban que Dios les hablara en Babilonia. Y Dios lo hizo.

El mensaje del libro

El libro de Daniel es mucho más que sólo literatura judía. No son cuentos folklóricos que se pasan de padre a hijo, de generación a generación y finalmente se escriben. El libro de Daniel afirma

que es un libro de *revelación divina*. Una revelación es un milagro mediante el cual Dios les descubre y les muestra a los seres humanos verdades que de otro modo no habrían conocido. El escritor del libro de Daniel afirma repetidamente: “El secreto le fue revelado... en visión de noche. ... Él que revela los misterios... mostró lo que ha de ser...” (2:19,29). El escritor del libro afirma que por medio de sueños y visiones Dios le mostró lo que iba a ocurrir en el futuro (7:1; 8:1; 10:1), y después el mensajero de Dios le interpretó el sueño o la visión (8:16). Lo hizo para darle sabiduría y entendimiento (9:22).

Cuando Dios, mediante el libro de Daniel, levantó el velo y les mostró a los judíos el futuro que les esperaba, lo que vieron no fue nada placentero. Aunque a los exiliados se les iba a permitir el regreso a su patria, la nación de Israel no volverá a ser poderosa ni importante. El poder del mundo pagano va a dominar la escena internacional. En efecto, hacia el año 536 a.C. Babilonia iba a ser derrocada por el Imperio Medo Persa, el cual iba a gobernar sin restricciones por dos siglos hasta que el famoso griego Alejandro el Grande lo derrocara a su vez, y se convirtiera en el conquistador del mundo. Además, Dios reveló que la repentina muerte de Alejandro desatará una enconada lucha por el poder entre sus sucesores, y que esto producirá derramamiento de sangre y persecución para los descendientes de los judíos. En comparación con los poderes paganos del mundo, el pueblo de Dios parecía muy débil e insignificante.

Pero también mediante el libro de Daniel, Dios reveló la verdad de lo que les iba a acontecer a todos los reinos terrenales: uno por uno serán derrotados y caerán en la desgracia y en el olvido. El Dios de Israel es superior a todos los dioses de los paganos; su gobierno es el único perdurable. Y su pueblo compartirá la victoria final sobre todos los enemigos. Los poderes del mundo pueden tener sus días de gloria, pero es Dios quien tiene la última palabra.

El mensaje del libro fue de mucho consuelo para el pueblo de Dios, y también lo es para nosotros hoy en día. En la época del exilio ese mensaje fue también una advertencia muy seria para todos los enemigos de Dios, y lo sigue siendo hoy en día para el mundo incrédulo.

El autor

A diferencia de otros profetas (véase Isaías 1:1; Jeremías 1:1), el libro de Daniel no contiene ningún título ni referencias exactas que digan que Daniel es su autor. Aun así, el libro señala a Daniel como su autor. Aquí tenemos una situación semejante a la que se da en los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, en los que Moisés con frecuencia escribe acerca de él mismo en tercera persona, como hace Daniel aquí.

En ocasiones Daniel se refiere a él mismo en primera persona: “Yo, Daniel, tuve una visión...” (8:1). “Yo, Daniel, miré atentamente en los libros el número de años... en los que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén: setenta años” (9:2). Si el libro dice que Daniel fue quien recibió la revelación divina que aparece aquí, entonces la lógica consecuencia es que él, Daniel, es el autor.

Cristo mismo responde muy claramente para nuestro beneficio la pregunta: “¿Quién es el autor de libro?” Cuando usó una cita del libro de Daniel, Jesús se refirió al “profeta Daniel” (Mateo 24:15). Durante siglos, tanto los judíos como la iglesia cristiana, han estado de acuerdo en que el libro fue escrito por Daniel durante el siglo sexto a.C.

Hay varias razones por las que muchos estudiosos de la Biblia prefieren pensar que el libro de Daniel no fue escrito por Daniel ni fue escrito en el siglo sexto a.C., sino que lo escribió algún autor desconocido, un judío piadoso, durante el siglo segundo a.C. El punto principal del debate sobre la fecha en que fue escrito el libro se centra en las profecías, porque Daniel predijo muchas veces

acontecimientos que iban a suceder en un futuro muy lejano. Muchos estudiosos razonan de la siguiente manera: Es imposible que un ser humano pueda predecir eventos que van a ocurrir en el futuro; por lo tanto, un libro que contenga ese tipo de predicciones debe haber sido escrito *después* de que los acontecimientos predichos tuvieron lugar. Pero nosotros sí creemos que Dios es quien controla el futuro; y que él dispuso revelarle el futuro a Daniel, así que no hay ninguna razón válida para discutir la afirmación de que el libro de Daniel es el registro de la vida y las visiones del profeta Daniel.

Daniel el hombre

Se sabe mucho más sobre la persona que escribió este libro que sobre cualquier otro profeta del Antiguo Testamento. Daniel era uno de los del grupo de jóvenes más inteligentes que fueron los primeros en ser deportados a Babilonia (1:1-6), con el fin de ser capacitados para desempeñar importantes cargos en el gobierno. Esos jóvenes procedían tanto de la familia real como de las más distinguidas familias de Israel.

Las Escrituras dicen que Daniel fue un hombre de gran fe, un hijo de Dios que permaneció fiel a su Padre celestial. Ezequiel, contemporáneo de Daniel, lo cita a la par con Job y Noé como ejemplo del hombre temeroso de Dios (Ezequiel 14:14-20). Aunque Daniel vivió entre la corrupta corte real de Babilonia, continuó siendo fiel al Dios de sus padres. Mantuvo el honor del verdadero Dios en la Babilonia pagana, con el resultado de que hasta los reyes paganos cantaron alabanzas al Dios de Israel (2:47; 4:34 ss; 6:25 ss). Daniel era un joven dotado, y Dios no sólo le concedió la habilidad de interpretar sueños, sino también el don de la profecía sobrenatural.

Daniel el siervo civil

Dios le dio grandes beneficios a su pueblo por medio de Daniel. Él permitió que Daniel fuera llevado a Babilonia años

antes de que el contingente mayor fuera deportado. Daniel ya había pasado ocho años en el exilio cuando los babilonios deportaron a 10,000 artesanos, herreros, soldados y miembros de la realeza, en una palabra lo mejor de la población israelita (2 Reyes 24:12-14). Ya había estado allí diecinueve años cuando ocurrieron la cautividad principal y la destrucción de Jerusalén. Eso le dio a Daniel la oportunidad de ser promovido a una posición en el gobierno desde la cual pudo trabajar para el bienestar de sus compatriotas. Los judíos deportados a Babilonia estaban naturalmente temerosos de que su suerte fuera difícil. Aparentemente no fue así para la mayoría de ellos, como ya se ha dicho antes. Probablemente eso se debió a Daniel; a diferencia del profeta Ezequiel, Daniel sí vivió en la corte real.

Después de que terminaron los años de cautiverio, es probable que Daniel haya tenido mucho que ver con la agilización del regreso de sus compatriotas a su lugar de origen. A pesar de que era ya un anciano, y de que había tenido lugar un cambio completo en el gobierno, Daniel todavía conservaba un puesto de influencia. Dios muy bien lo pudo haber utilizado para persuadir a Ciro, el rey persa, a proclamar el decreto que autorizaba a los judíos para que regresaran a su tierra natal.

En el transcurso de los acontecimientos que se describen en los primeros seis capítulos del libro, vemos la transformación de Daniel desde la época de su adolescencia hasta el tiempo de su ancianidad, quizás más de ochenta años.

El lenguaje del libro

Los doce capítulos del libro de Daniel están escritos en dos idiomas. La sección comprendida entre el capítulo 2, versículo 4, y el capítulo 7 está escrita en arameo; el resto del libro está escrito en hebreo. Se sabe que el hebreo era el idioma de los judíos, y las porciones que están destinadas a ellos les fueron dadas en su idioma. El arameo, que es una rama de los idiomas semíticos, y está estrechamente relacionado con el hebreo, era el idioma oficial

Introducción

del Oriente Medio durante los tiempos de Daniel. Era el idioma universal de la diplomacia y del comercio del mundo antiguo, tal como en nuestros días el inglés es el idioma “universal”. Las profecías de Daniel que hablan del juicio de Dios sobre los poderes mundiales existentes fueron escritas en arameo, el idioma que las naciones del mundo podían comprender.

Bosquejo

El libro de Daniel es una parte fascinante de la palabra de Dios, que fue escrita para nuestra enseñanza. Los capítulos 1-6 comprenden la *sección histórica* del libro que describe los acontecimientos históricos que ocurrieron en Babilonia en un período que duró más o menos sesenta años.

Los capítulos 7 a 12 representan la *sección profética* que describe una serie de sueños que Dios le reveló a Daniel, y que eran visiones de eventos futuros.

EL HOMBRE DE DIOS EN LA CORTE DEL REY DANIEL 1

1 En el tercer año del reinado de Joacim, rey de Judá, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jerusalén, y la sitió.

2 El Señor entregó en sus manos a Joacim, rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios.

En el Oriente Medio, en el año 605 a.C., el Imperio Asirio estaba en decadencia; seis años antes Nínive, su orgullosa capital, había sido derrotada. Por más de una década Babilonia ¹ y Egipto habían tratado, cada uno por su cuenta, de reemplazar a Asiria como la primera potencia mundial. A principios del verano del año 605 a.C. esos dos poderosos enemigos libraron una batalla en Carquemis (2 Crónicas 35:20; Jeremías 46:2), una ciudad importante localizada entre la frontera de lo que hoy es Turquía y Siria. Babilonia obtuvo una decisiva victoria sobre Egipto (2 Reyes 24:7). Ese evento cambió por completo el curso de la historia mundial, afectando profundamente al pueblo de Dios.

El comandante babilonio que obtuvo la aplastante victoria sobre Egipto fue Nabucodonosor, joven príncipe de la corona que iba a llegar a ser rey ese verano, a la muerte de su padre. Al término de la batalla se adentró con su ejército unos 625 km hacia el sur (tal vez persiguiendo al remanente de las fuerzas egipcias que iban en retirada) y atacó Jerusalén.

Daniel dice que fue en “el tercer año del reinado de Joacim”, que era el rey de Judá en ese tiempo. Los críticos bíblicos sostienen que han encontrado una discrepancia entre esta afirmación y la del profeta Jeremías sobre la fecha en que tuvo lugar la batalla de Carquemis “en el año cuarto de Joacim” (Jeremías 46:2). La aparente discrepancia se puede explicar por el hecho de que los historiadores antiguos utilizaban diferentes sistemas para registrar la duración del reinado de cada rey.

Joacim, el antepenúltimo rey de Judá, fue un rey impío. Aunque era hijo del piadoso rey Josías, “hizo lo malo ante los ojos de Jehová” (2 Crónicas 36:5). El profeta Jeremías, que vivió durante el reinado de Joacim, dijo que este era un rey que vivía “para (la) avaricia, para derramar sangre inocente y para oprimir y hacer agravio” (Jeremías 22:17). Tenemos un claro ejemplo de la perversidad de este hombre cuando quemó los rollos de las profecías de Jeremías por el hecho de que predecían el juicio de Dios sobre Judá y sobre su malvado gobernante (Jeremías 46:23). La conducta del rey fue aún más perversa en vista de que su primera obligación como rey de Israel era la de mantener a los ciudadanos fieles a Jehová, su Dios Salvador.

El propósito de la primera campaña de Nabucodonosor en contra de Judá y de su capital Jerusalén no fue el de destruirlos, sino más bien el de atemorizarlos hasta el punto de que se sometieran pacíficamente al yugo, haciendo de esa nación un estado vasallo. Era de gran interés para Babilonia tener un estado seguro que sirviera como amortiguador entre ella y Egipto.

“El Señor entregó en sus manos a Joacim”. No fue la fuerza de los ejércitos babilónicos lo que entregó al malvado rey Joacim en sus manos, fue el Señor quien permitió que el impío rey Joacim cayera en las manos de los babilonios. Es significativo que aquí a Dios no se le llame “SEÑOR” (Jehová), el nombre del Antiguo Testamento que lo describe como el Salvador, sino como el “Señor”, el nombre que lo describe como el soberano Señor de todas las cosas. Joacim no debió oponer mucha resistencia, porque los babilonios le permitieron que gobernara a Judá durante otros ocho años.

De acuerdo con la creencia pagana, la victoria de Babilonia sobre Judá mostraba que Bel, el dios babilonio, era superior a Jehová, el Dios de Israel. Para pregonarlo, Nabucodonosor tomó todos los utensilios sagrados del templo de Jehová en Jerusalén, los llevó a Babilonia y los puso en el templo de Bel. Un siglo antes el profeta Isaías había predicho que así iba a acontecer (39:6).

Ahora esa profecía se estaba cumpliendo: “He aquí vienen días en que será llevado a Babilonia todo lo que hay en tu casa,... ninguna cosa quedará, dice Jehová.”

³ Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajera de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, ⁴ muchachos en quienes no hubiera tacha alguna, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, sabios en ciencia, de buen entendimiento e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñara las letras y la lengua de los caldeos. ⁵ Y les señaló el rey una porción diaria de la comida del rey y del vino que él bebía; y que los educara durante tres años, para que al fin de ellos se presentaran delante del rey. ⁶ Entre ellos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá. ⁷ A estos el jefe de los eunucos puso nombres: a Daniel, Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.

Nabucodonosor también le ordenó al gobierno títere de Jerusalén que le enviaran a Babilonia a algunos de los jóvenes judíos más brillantes, con el fin de prepararlos para ocupar puestos en el gobierno. Ese honor exigía requisitos muy especiales: primero, que los adolescentes fueran miembros de la familia real o de las más distinguidas de Israel. Josefo, un historiador judío del siglo primero a.C., dice que los cuatro jóvenes que se mencionan aquí formaban parte de la familia real, aunque la Biblia no dice nada sobre eso.

Los jóvenes escogidos para preparación especial debían ser “muchachos en quienes no hubiera tacha alguna, de buen parecer...” Si estaban destinados para la corte del rey, debían de ser de buena apariencia y sin defecto físico. Algunos de los requisitos físicos que debían llenar los aspirantes al servicio en el gobierno se ilustran en un antiguo texto babilonio “...que no tengan imperfección del cuerpo ni de la cara, cuyos ojos no tengan

defecto, que no les falte ningún diente, que no hayan perdido un dedo, cuya apariencia no fuese enfermiza ni que tuvieran acné...” (Contenau, G., *Vida diaria en Babilonia y Asiria*, p. 281).

Para poder estudiar la literatura babilónica, los jóvenes tendrían que aprender el caldeo, que era un idioma muy diferente a su hebreo nativo, que se escribía con caracteres cuneiformes que representaban varias sílabas, no como el hebreo que tenía sonidos individuales. Por lo tanto, esos adolescentes debían ser inteligentes y rápidos en el aprendizaje. Se cree que los tres años de preparación probablemente incluían estudios de astronomía y astrología, matemáticas (los antiguos babilonios habían dividido el círculo en 360 grados, la hora en 60 minutos), historia natural, mitología, agricultura y arquitectura. Es indudable que los mejores estudiantes eran los escogidos para los puestos más importantes dentro del gobierno.

La afirmación “de los hijos de Israel” parece implicar que los jóvenes escogidos para ser capacitados en Babilonia procedían de los países conquistados por Nabucodonosor.

Pongámonos en el lugar de los cuatro jóvenes judíos. A temprana edad fueron arrancados de su hogar, de su familia y sus amigos, y fueron sumergidos en una cultura pagana. Aun así, podemos ver en esta aparente tragedia la oportunidad que Dios les estaba dando a esos jóvenes hijos suyos para llevar a cabo uno de los propósitos que tenía en mente, el de sacar adelante a la nación israelita. Israel iba a servir como luz para las naciones, para proclamar la reputación del único y verdadero Dios.

Muy pronto esos adolescentes tuvieron que tomar decisiones fuera de lo común. En particular, tenían que actuar rápidamente ante los tres cambios mayores que los paganos babilonios querían imponer en su vida. Como ya se ha dicho, primero se tuvieron que sumergir en el estudio de esa *cultura pagana*. Segundo, tuvieron que adoptar *nombres paganos* que los ayudaran a establecer una nueva identidad en su nueva patria. Podemos reconocer el significado de su nombre hebreo, cada uno de ellos contiene una

u otra forma de los nombres del Dios de Israel. En el nombre de Daniel, “el” es uno de los nombres hebreos para Dios; el elemento “-iah” es una abreviación hebrea de Jehová. Daniel significa “Dios es mi juez”; Misael quiere decir “¿Quién es comparable a Dios?” Ananías significa “Jehová es benigno”; y Azarías significa “Jehová me ayuda”. Los nuevos nombres babilónicos que recibieron Daniel y sus amigos no han sido identificados con certeza, aunque parece que la primera sílaba del nombre que recibió Daniel es el del dios principal de los babilonios, al cual consideraban gobernador de la tierra.

La tercera petición que los babilonios les hicieron a los cuatro jóvenes fue que comiesen de las viandas del rey, *comida pagana*. Durante los tres años de su preparación debían comer “una porción diario de la comida del rey y del vino que él bebía”.

¿Qué hicieron los jóvenes ante esos cambios? Lo primero, aprender la cultura y el idioma caldeo no fue problema. Los cuatro jóvenes comprendieron que Dios los había trasplantado a una cultura pagana, y que podían seguir el ejemplo de Moisés que había sido educado “en toda la sabiduría de los egipcios” (Hechos 7:22), así que también podían aprender el idioma y la literatura de los babilonios sin creer las falsedades de sus enseñanzas.

Daniel y sus amigos no protestaron cuando les cambiaron de nombre. Era Dios quien los había puesto bajo el poder de los babilonios; y ellos bien podían llamarlos como mejor les pareciese. Sin embargo, otra cosa totalmente diferente fue la tercera petición que se les hizo.

⁸ Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligara a contaminarse. ⁹ Puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos; ¹⁰ y el jefe de los eunucos dijo a Daniel:

—Temo a mi señor el rey, que asignó vuestra comida y

vuestra bebida; pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, haréis que el rey me condene a muerte.

¹¹ Entonces dijo Daniel a Melsar, a quien el jefe de los eunucos había puesto sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías:

¹²—Te ruego que hagas la prueba con tus siervos durante diez días: que nos den legumbres para comer y agua para beber. ¹³ Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la porción de la comida del rey, y haz después con tus siervos según veas.

Daniel “propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino”. Los israelitas del Antiguo Testamento vivían bajo una serie de reglas que Dios les había dado desde el monte Sinaí, las cuales debían guardar estrictamente. Una de esas reglas era que al pueblo judío le estaba permitido comer sólo de los animales considerados como “limpios”. (Levítico 11 describe con detalle qué animales, peces y aves eran aceptables para comer).

Además, antes de que un judío pudiera comer la carne del animal limpio, se debía asegurar de que hubiera sido adecuadamente sacrificado y que hubiera sido apropiadamente desangrado, porque Dios le había prohibido a su pueblo comer sangre. Los babilonios, por supuesto, no observaban esas leyes. Con el fin de permanecer fieles al pacto establecido por Dios en el monte Sinaí, Daniel y sus tres amigos se tuvieron que negar a la orden del rey.

Hubo una segunda razón por la cual Daniel no quiso comer de las viandas del rey. Si leemos en el capítulo 5, versículo 4, las estatuas de los dioses eran llevadas a los banquetes festivos en Babilonia. Un comentarista ha señalado: “Todas las comidas que se servían en la mesa del rey eran sacrificadas... en honor de los dioses. Una porción de la carne que se servía le era ofrecida

primero en sacrificio a algún ídolo. Comer de la comida restante significaba compartir la comida sacrificial, lo cual por supuesto era en honor de algún dios” (Leupold, *Exposición de Daniel*, p. 66). Una parte del vino de la mesa real también se podía derramar como ofrenda a los dioses de Babilonia. Una comida así tenía el aspecto de una celebración dedicada a los dioses paganos, y Dios había dicho muy claramente que su pueblo escogido no debía participar de ninguna adoración a los ídolos (Éxodo 34:15). Por lo tanto, Daniel se tuvo que preguntar: “Si yo aceptara la comida de la mesa del rey, ¿podría dar la impresión de que les estoy rindiendo honor a los dioses falsos?” La pregunta se responde por sí misma, y los cuatro jóvenes pidieron que los eximieran de obedecer esta petición del rey.

También hoy en día hay ciertas actividades en las que tal vez se nos pida participar, pero que como cristianos de buena conciencia no lo debemos hacer. Pudo haber sido fácil para Daniel y sus amigos aceptar el mandato del rey con la excusa de: “No tengo opción. Estoy cautivo aquí y debo obedecer.” Daniel pudo haber dicho: “Deseo hacer de mi estancia en Babilonia lo mejor que sea posible y desobedecer el primer mandato del rey es la peor forma de empezar.” Pero Daniel comprendió que aunque estuviera lejos de su patria, no era libre para desobedecer a Dios. Aprendemos que la meta en la vida es glorificar a Dios, sin que importe dónde vivamos.

Daniel expresó sus peticiones con mucha diplomacia. Sólo pidió permiso de no contaminarse él mismo. Aun así habría sido natural que los funcionarios reales se impacientaran ante lo que parecía una insolencia por parte de los jóvenes israelitas. El funcionario le pudo haber dicho a Daniel: “Oye, ¿quién eres tú para dar órdenes? ¿Acaso has olvidado que tan sólo eres un cautivo?” O simplemente le pudo haber dicho: “No seas tan remilgoso, debes estar agradecido de estar con vida y de tener algo que comer. ¡Y qué comida, nada menos que de la comida real! ¡Tus amigos en Jerusalén no son tan afortunados, así que come!”

Pero el funcionario no dijo nada, no se impacientó ni se enojó con Daniel, porque “Puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos”. El hombre lo quería ayudar, pero estaba con las manos atadas. Sabía que no era posible cambiar el decreto del rey, y así se lo hizo saber a Daniel explicándole que no lo podía excusar de comer la comida real. Sabemos por el relato de los tres hombres en el horno de fuego (Daniel 3) y de Daniel en el foso de los leones (Daniel 6) que los reyes de ese entonces odiaban que se les desobedeciera; el jefe de los eunucos no estaba exagerando cuando dijo: “Temo a mi señor el rey... pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, haréis que el rey me condene a muerte.” Si Daniel, al haber escogido esa dieta, palidecía o se veía enfermizo, el rey podría investigar y enterarse de que uno de sus funcionarios había desobedecido sus órdenes, lo cual le costaría al oficial la vida. Nabucodonosor, como rey, tenía el poder de vida o muerte sobre sus súbditos (Daniel 2:5).

Aquí le hubiera sido fácil a Daniel decir: “Bueno, al menos lo intenté. Realmente no quiero obedecer las órdenes del rey, pero ahora no tengo alternativa.” Pero Daniel no lo dijo, y sin darse por vencido, lo intentó una vez más. Esta vez se dirigió al guardia que les había sido asignado y le suplicó: “Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días: que nos den legumbres para comer y agua para beber. ... Y haz después con tus siervos según veas.” La comida que se negaban a probar era la carne y el vino de los sacrificios por parte del rey en honor a su dios. Las legumbres no eran problema, y eso era lo que Daniel pedía. La palabra que se traduce como “legumbres” en realidad significa “cosas que son productos de la tierra”, por lo tanto, se podían incluir cereales en grano. El pan se podía incluir en el menú. Daniel hizo a propósito la duración de la prueba de pocos días, para que el guardia no pudiera rechazar su propuesta. Dios bendijo los esfuerzos de Daniel y el guardia accedió a su petición.

Son impresionantes algunos aspectos de la petición de Daniel. Por una parte su absoluta renuencia a desobedecer la expresa

palabra de su Señor Dios. Para Daniel la verdad era más importante que las consecuencias. Y la verdad de todo es que Dios nos designó para vivir *bajo* él como sus hijos, no *a su lado* como iguales, como alguien que tiene el derecho de estar en desacuerdo con él. Dios no le otorga a nadie permiso para contradecirlo.

Otra cosa que admiramos del joven Daniel es su *fe*. Mediante el profeta Isaías Dios había prometido que aquél que confía en él no será avergonzado (50:7; 54:4), y Daniel tenía la absoluta confianza en que el Señor le iba a ayudar a guardar las leyes alimenticias que le había dado a su pueblo del Antiguo Testamento desde el monte Sinaí. Esa fue su voluntad revelada, y Dios se ha comprometido por completo ayudarnos a llevarla a cabo. Daniel confiaba en que, con la bendición de Dios, una dieta tan sencilla como ésta haría que él y sus amigos se vieran más saludables y mejor nutridos. Hasta confiaba en que los funcionarios del rey pudieran reconocer esto ¡en dos semanas!

¹⁴Consintió, pues, con ellos en esto, y probó con ellos durante diez días. ¹⁵Y al cabo de los diez días pareció el rostro de ellos mejor y más robusto que el de los otros muchachos que comían de la porción de la comida del rey. ¹⁶Así, pues, Melsar se llevaba la porción de la comida de ellos y el vino que habían de beber, y les daba legumbres.

Y así, por diez días, Daniel y sus amigos comieron su dieta especial, a pesar de que debieron haber pasado vergüenzas por ello. No hay duda de que comían en un lugar especial. Los demás compañeros cautivos ciertamente les han de haber visto como algo raro, ¿y a qué adolescente le gusta que lo señalen como diferente? Tal vez los compañeros pensaron que eran hasta unos fanáticos religiosos. ¿Acaso alguien, en su sano juicio, se negaría a comer los manjares preparados para el rey?

Pero Daniel y sus amigos estaban viviendo la verdad de que Dios apoya a sus hijos que no sacrifican sus principios ni sus conciencias, y que desean ser leales a la fe que confiesan. No

puede ser más que un milagro el que después de diez días los cuatro jóvenes se vieran más saludables y mejor nutridos que los otros jóvenes que comieron de la mesa del rey.

Cristo nos dice: “No os angustiéis, pues, diciendo: ‘¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué nos vestiremos?’... Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:31,33). Tenemos esta solemne promesa de nuestro Señor: “Cristianos, pónganme en primer lugar en su vida, y yo les garantizo que no carecerán de lo necesario para el cuerpo y el alma.”

Cuando el guardia vio los resultados de la dieta que los jóvenes habían pedido, les permitió seguir comiendo igual, aunque no sabemos si fue durante todos los años de su entrenamiento. No hay duda de que si hubiese visto algún deterioro en la apariencia física de los jóvenes, inmediatamente les hubiera dado de la comida del rey, les gustara o no. Y así fue que los jóvenes judíos pudieron comer el pan de cada día con una buena conciencia. Pese a las miradas de burla o desaprobación que seguramente recibieron de sus otros compañeros, al salir del comedor, sabían que el Señor les estaba sonriendo.

¹⁷A estos cuatro muchachos, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños. ¹⁸Pasados, pues, los días al fin de los cuales había dicho el rey que los llevaran, el jefe de los eunucos los llevó delante de Nabucodonosor. ¹⁹El rey habló con ellos, y no se hallaron entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, permanecieron al servicio del rey. ²⁰En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino.

El Señor dio más evidencias de que estaba bendiciendo a estos cuatro hijos suyos que estaban en el exilio. Damos por sentado que

así como habían sido fieles en las cosas importantes relacionadas con su Dios, también lo fueron en las cosas pequeñas como las largas horas de estudio que se esperaba de ellos durante el programa de adiestramiento. Los jóvenes eran estudiantes inteligentes de por sí, y ahora Dios bendecía a sus hijos fieles con más sabiduría de la que poseían sus maestros. Sus conocimientos y entendimiento eran más que una mera acumulación de datos, tenían también la rara habilidad de usar esta información de la manera adecuada para distinguir entre la presunción y la humildad, entre la verdad y el error, entre lo honesto y lo falso.

Y como Dios tenía planes especiales para Daniel, le dio la muy particular habilidad de entender e interpretar sueños y visiones de toda índole. Debemos recordar que en la antigua Babilonia el rey servía no sólo como rey sino también como sumo sacerdote. Para determinar cuál era la voluntad de los dioses, tenía que depender de hombres entrenados especialmente en las artes de la interpretación de sueños y en la práctica de la astrología. La habilidad que le fue dada Daniel para anunciar lo que Dios les quería comunicar mediante los sueños o las visiones podría ser de gran valor para los reyes que ahora gobernaban sobre el cautivo pueblo de Dios.

La habilidad que tenía Daniel para interpretar los *sueños* (los cuales normalmente ocurren mientras la persona duerme) y las *visiones* (las cuales suceden cuando la persona está despierta) no era el resultado de una mente activa ni de una viva imaginación ni se debía a las largas horas de estudio. Era un don especial de Dios, y así lo reconoció Daniel. No se ufanaba ni se jactaba de ello, simplemente estaba enfatizando la verdad de que todo buen don proviene de lo alto, del Padre celestial.

Dios hizo de Daniel algo que él por sí mismo nunca podría haber conseguido. Más adelante en este libro se dan ejemplos de cómo Daniel usó su don tan especial de acuerdo con la voluntad y con los planes de Dios, con el fin de predecir el futuro para humillar a los orgullosos pecadores y para consolar al pueblo de Dios.

Al término de los tres años de capacitación, el rey mismo entrevistó a los jóvenes, para ver lo que habían aprendido y para poder decidir cuál iba a ser el puesto adecuado para cada uno de los candidatos. Daniel y sus tres amigos se habían graduado como los primeros de la clase. Para poder apreciar en todo lo que vale ese logro, recordemos que todos los jóvenes que estaban siendo capacitados en el programa del rey procedían de lo más selecto entre los estudiantes. Y pese a ello, gracias a las bendiciones de Dios, “no se hallaron entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, permanecieron al servicio del rey.”

En vista de las dificultades bajo las cuales habían empezado su preparación tres años antes, nadie podría haber adivinado que esos cuatro jóvenes iban a terminar sus estudios con tanto éxito. La razón es que eran importantes para los planes de Dios. Otros exiliados judíos pronto habrían de llegar a Babilonia, y para entonces el Señor habría colocado a sus hombres en puestos claves dentro del gobierno. No tan sólo entraron estos cuatro jóvenes al servicio del rey, sino que fueron destinados a ocupar cargos influyentes: Daniel en la corte del rey, los otros tres como administradores de provincias (2:49).

La evaluación que el versículo 20 hace de los cuatro jóvenes parece que se refiere no sólo al día de la graduación sino también al tiempo después de su designación a los cargos en el gobierno: “...los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino.” En el mundo donde los reyes supersticiosos consultaban regularmente con magos y astrólogos para recibir consejo antes de tomar decisiones referentes a asuntos de política, la conclusión que sacó Nabucodonosor sobre los jóvenes judíos fue de gran importancia. No hay duda de que Dios estaba con ellos.

²¹ Así continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro.

El capítulo termina con una nota sorprendente. ¡El hombre que había sido subyugado y deportado a Babilonia sobrevivió a la

nación que le había tomado cautivo! Daniel continuó sirviendo en la corte real a lo largo de todos los años del Imperio Babilónico, y aun después.

Las palabras: “Así continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro” no se deben entender como que Daniel no vivió más allá de esta fecha. El énfasis del versículo no es en *cuándo murió* sino en *cuánto tiempo vivió*.

Dios había puesto a Daniel en una situación sumamente beneficiosa porque mediante su influyente posición le pudo hablar al pueblo de Dios y ayudar a sus compatriotas no sólo durante los setenta años que duró el cautiverio, sino también después, cuando Ciro, el rey medo persa, conquistó al Imperio Babilónico y liberó a los exiliados.

En medio de tantas intrigas como las que abundan cuando hay un cambio de gobierno, a pesar de toda la enemistad que sin duda rodeó a los exiliados judíos en esa tierra inhóspita, y las muchas dificultades en que un hijo de Dios se ha de haber visto en un país pagano, Daniel continuó siendo un hombre de Dios. Fue puesto por Dios en un cargo estratégico para darle gloria al único y verdadero Dios, y para ayudar a su pueblo.

Notas

¹ Algunas veces el término Babilonia se utiliza para designar a la ciudad capital, pero también se aplica a la nación. Hay que tener en mente esta distinción. El término Caldea es otra palabra para Babilonia.

² De acuerdo con una explicación, Jeremías (46:2) usó un sistema que calculaba la duración del gobierno de un rey desde el primer día de su oficio. Por el contrario, el método babilónico calculaba la duración del gobierno de un rey desde el primer día del año hasta el primer día del año siguiente. Cualquier período de tiempo que hubiera servido como rey antes del primer día del año como rey vigente no contaba. Es evidente que habrá una

diferencia de un año en cuanto a la duración de los reinados, y eso dependía de cuál de los dos sistemas usó el escritor bíblico.

Una explicación alterna es que los judíos utilizaban dos diferentes tipos de calendario. Uno era el calendario religioso con su primer mes (Nisán) en la primavera. Escribiendo de Jerusalén, el centro religioso de la nación, Jeremías utilizó este calendario para marcar el reinado del rey. El otro calendario era el calendario agrícola, y que empezaba en el primer mes (Tishri) en el otoño con el cual se daba inicio a la estación agrícola israelita. Daniel utilizó este último al dar la fecha de la batalla de Carquemis, resultando en una aparente, pero no verdadera, diferencia de fechas.

CUATRO IMPERIOS TEMPORALES Y UN NUEVO REINO ETERNO

DANIEL 2

Uno de los factores que hacen que la lectura del libro de Daniel sea tan interesante, pero que con frecuencia nos deje perplejos, es que las profecías de Daniel usualmente se expresan en imágenes y en símbolos (nos vienen a la mente, por ejemplo, los animales que se mencionan en los capítulos 7 y 8, o los misteriosos números que se utilizan en el capítulo 9). En este capítulo se nos dice que el rey de Babilonia, Nabucodonosor, tuvo un sueño misterioso en el cual aparecía una estatua. El rey estaba perturbado por su sueño y temía que tuviese un significado simbólico; sus dioses bien podían estar tratando de decirle algo mediante el sueño.

El sueño de Nabucodonosor tenía un mensaje especial, pero el mensaje no venía de los dioses de Babilonia. El Dios del universo estaba anunciando algo, y no sólo al rey Nabucodonosor. El mensaje de Daniel 2 es un mensaje que el antiguo pueblo de Dios necesitaba oír, pues representa el programa global que Dios tiene para las naciones. Y este es el mismo mensaje que también hoy en día el pueblo de Dios necesita oír.

2 En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, tuvo Nabucodonosor sueños, y se turbó su espíritu y se le fue el sueño. ² Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y caldeos, para que le explicaran sus sueños. Vinieron, pues, y se presentaron delante del rey. ³ El rey les dijo: —He tenido un sueño, y mi espíritu se ha turbado por saber el sueño.

Se nos habla de un acontecimiento importante que sucedió durante el segundo año del reinado de Nabucodonosor. Al parecer Daniel aún no había completado sus tres años de entrenamiento (1:5) cuando Dios le dio la oportunidad poco común de usar los

dones especiales que él mismo le había dado.

“Tuvo Nabucodonosor sueños, y se turbó su espíritu y se le fue el sueño.” La Biblia habla de los sueños ordinarios o comunes, la clase de sueños que toda persona experimenta cuando duerme; a esa clase de sueños la Biblia no les da un significado religioso. Pero también sabemos que en los tiempos antiguos Dios con frecuencia le revelaba sus designios y le daba información especial al pueblo mediante los sueños. Por ejemplo, recordemos cómo Dios le informó al faraón egipcio mediante dos sueños que el país de Egipto iba a tener siete años de cosecha abundante, seguidos por siete años de hambre (Génesis 41). Recordemos que antes que naciera el niño Jesús, Dios le envió un mensaje a José mediante un sueño (Mateo 1:20,21).

Esta fue la clase de sueños especiales que tuvo el rey Nabucodonosor. De hecho fueron varios sueños, uno de los cuales finalmente lo despertó y lo turbó. El rey no pudo conciliar de nuevo el sueño; quedó tan turbado que ya no le fue posible dormir. El rey estaba convencido de que sus sueños de alguna forma presagiaban el futuro de Babilonia. Y como él no sabía cuál era su significado, mandó llamar a sus sabios para que se lo interpretaran.

“Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores, y caldeos” Para entender el oficio que desempeñaba esa clase de personas, debemos recordar que los babilonios adoraban cerca de cuatro mil dioses diferentes. Había un padre de todos los dioses, así como una madre divina. Los babilonios adoraban al dios sol y a la diosa luna, a un dios del cielo y a un dios de la tierra, al dios del agua y a la diosa del amor, para citar sólo algunos. Con el fin de saber cuáles eran los deseos de los dioses, los babilonios consultaban a personas especializadas en busca de esa información.

Para el hombre caldeo, que vivía en un mundo de dioses y demonios, debía existir también un medio para contrarrestar las fuerzas del mal; y eso requería otra clase de especialistas. Esos eran los encantadores, que aseguraban que eran capaces de

ablandar el corazón de los dioses con cantos. Aquí se mencionan cuatro grupos diferentes de hombres sabios al servicio del rey y algunos otros se mencionan en otra parte del libro de Daniel.

Los consejeros religiosos eran sumamente respetados; los consultaban para todo, desde los asuntos relacionados con la agricultura de Babilonia hasta sus nexos con la política exterior. En la antigüedad los reyes los consultaban regularmente antes de tomar una decisión importante. Esa es la razón por la que el rey Nabucodonosor acudió a ellos preocupado por su sueño.

⁴ Entonces hablaron los caldeos al rey en lengua aramea:

—¡Rey, para siempre vive! Cuenta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación.

⁵ Respondió el rey y dijo a los caldeos:

—El asunto lo olvidé; pero si no me decís el sueño y su interpretación, seréis hechos pedazos y vuestras casas serán convertidas en estercoleros. ⁶ Pero si me decís el sueño y su interpretación, de mí recibiréis dones, favores y gran honra. Decidme, pues, el sueño y su interpretación.

“Hablaron los caldeos al rey en lengua aramea: ‘¡Rey, para siempre vive! Cuenta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación.’” Un hecho interesante que al lector de la Biblia en español no le debe pasar inadvertido es que empezando aquí y continuando hasta el capítulo 7, el idioma del libro no está en hebreo sino en arameo. El hebreo era el idioma del pueblo judío; el arameo era la lengua que se utilizaba en todo el Imperio Babilónico. Esta lengua está estrechamente relacionada con el hebreo, es una rama de la familia semítica de idiomas. Es importante notar que el mensaje que Daniel tenía que anunciarle a Babilonia no fue dado en el idioma de los judíos sino en el idioma mejor conocido por ese poder mundial.

Los astrólogos de Nabucodonosor respondieron con la cortesía que se acostumbraba cuando se dirigían a un monarca absoluto:

“¡Rey, para siempre vive!” Agregaron una petición que nos parece perfectamente razonable: “Cuenta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación.”

Nabucodonosor, sin embargo, no les contó el sueño; en vez de eso insistió en que le dijeran qué era lo que había soñado. La razón que da el rey no es muy clara; de acuerdo con la Nueva Versión Internacional (en su versión inglesa) el rey les dijo a sus sabios: “Esto es lo que yo tengo firmemente decidido” (literalmente: “el asunto ya ha sido decidido por mí”). En cambio la versión Reina-Valera traduce: “El asunto lo olvidé”. Según esta traducción, el rey verdaderamente había olvidado el sueño y quería que sus sabios utilizaran sus artes mágicas para adivinar cuál era el sueño que tanto lo había atemorizado, y que ahora no recordaba, para que después interpretaran su significado. El problema que aquí se presenta es lo incierto del significado de una palabra aramea. La mayoría de los diccionarios están de acuerdo con la primera traducción, y no con la Reina-Valera.

El rey estaba probando a sus encantadores y magos. Dios le había dado a Nabucodonosor el sueño de tal forma que el rey no tuviera dudas de su significado poco usual. El rey estaba convencido que el sueño contenía un mensaje especial para él, pero en forma velada y oscura, por lo tanto necesitaba que alguien se lo interpretara.

Pero surge otro problema. ¿Cómo podría estar seguro el rey de que la interpretación que le dieran sus sabios era la única verdadera y no sólo producto de su viva imaginación? Así que decidió que cualquiera que interpretara su sueño debería antes que nada demostrar su habilidad para repetir los detalles del sueño que era la causa de su turbación e insomnio. Si un hombre era capaz de hacer esto, el rey estaría seguro de que su interpretación era la correcta.

El rey ofreció una generosa recompensa para los sabios que fueran capaces de repetir y explicar su sueño: “de mí recibiréis dones, favores y gran honra”. El rey más poderoso de su tiempo podía muy bien cumplir esa promesa.

Pero lo que no les agradaba a los sabios de Babilonia era el hecho de que ese mismo rey también era muy capaz de cumplir sus amenazas sin problema alguno: “Si no me decís el sueño y su interpretación, seréis hechos pedazos y vuestras casas serán convertidas en estercoleros.” Por lo que sabemos del rey Nabucodonosor con toda seguridad podía llevar a cabo esa venganza. En el siguiente capítulo de este libro de Daniel se nos dice que este mismo rey sentenció a tres jóvenes a morir en un horno de fuego porque se negaron a postrarse ante una imagen de oro que él había erigido. Casi veinte años más tarde, cuando la ciudad de Jerusalén cayó ante los ejércitos de Babilonia y el rey judío Sedequías trató de escapar, fue capturado y llevado ante la presencia de Nabucodonosor. El profeta Jeremías nos dice que Nabucodonosor mató a los hijos de Sedequías en su presencia, para luego sacarle los ojos y deportarlo encadenado a Babilonia donde murió en prisión (Jeremías 52:10,11). Los magos caldeos sabían que las amenazas del rey no eran en vano; y que los mataría sin vacilar si no le repetían los detalles del sueño y además le daban una explicación.

⁷ Respondieron por segunda vez, y dijeron:

—Cuenta el rey el sueño a sus siervos, y le daremos la interpretación.

⁸ El rey respondió y dijo:

—Yo conozco ciertamente que vosotros ponéis dilaciones, porque veis que el asunto se me ha ido. ⁹ Si no me contáis el sueño, una sola sentencia hay para vosotros. Ciertamente prepararéis una respuesta mentirosa y perversa que decir delante de mí, entre tanto que pasa el tiempo. Contadme, pues, el sueño, para que yo sepa que me podéis dar su interpretación.

¹⁰ Los caldeos respondieron delante del rey y dijeron:

—No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey. Además, ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni

caldeo. ¹¹ Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no está entre los hombres.

¹² Por esto el rey, con ira y con gran enojo, mandó que mataran a todos los sabios de Babilonia. ¹³ Se publicó, pues, el edicto de que los sabios fueran llevados a la muerte; y buscaron también a Daniel y a sus compañeros para matarlos.

Aunque los incentivos, tanto positivos como negativos, fuesen muy convincentes, no había forma de que los sabios pudieran satisfacer las exigencias del rey. Por lo tanto, le repitieron la petición de que él les dijera el sueño para poder explicar su significado. Arguyeron: “No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey”. ¡Y tenían mucha razón! Con gran respeto acusaron al rey de que era injusto: “Ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo.” Se defendieron diciendo que la información que Nabucodonosor pedía la tenían los dioses y no los seres humanos. “No hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no está entre los hombres.”

Pero nada de lo que adujeron cambió la decisión del rey; los acusó de conspiradores, mentirosos y malvados. “Contadme, pues, el sueño, para que yo sepa que me podéis dar su interpretación.” Nuevamente estas palabras parecen indicar que el rey no había olvidado el sueño, sino que quería probar la habilidad y la veracidad de sus sabios. Después de todo, ¿acaso no contaban ellos con sus supuestas artes mágicas para ponerse en contacto con los dioses y obtener la información que estaba oculta para los demás? Aunque los sabios eran honestos con el rey, éste sospechaba que le eran desleales, y mandó que se cumplierse su amenaza: “Se publicó, pues, el edicto de que los sabios fueran llevados a la muerte”. El decreto real era tan general que incluía a Daniel y a sus tres amigos, aunque para ese tiempo es posible que aún no hubieran terminado el período de preparación.

Piense usted por un momento en la terrible situación en la que se encontraban esos cuatro jóvenes; recuerde que habían sido llevados cautivos de su patria contra su voluntad. En Babilonia habían permanecido fieles al Dios de sus padres, aun a costa de dificultades personales. Y ¿qué habían conseguido? Una visita de los verdugos reales, los mismos que se iban a encargar de llevar a cabo el decreto de ejecutar a todos los sabios, ¡incluyéndolos a ellos! Lo que los cuatro jóvenes no podían saber es que Dios había escogido esa forma para llevarlos delante el rey y para asegurarles una posición prominente en el gobierno de Babilonia. Martín Lutero resumió una vez una valiosa verdad cuando dijo: “Esta es la forma de actuar de Dios, es decir, vaciarnos antes de llenarnos con sus bendiciones. Antes de que Dios nos lleve a la luz permite que experimentemos las tinieblas; antes de que podamos gozar las bendiciones de la vida, debemos saber lo que es la muerte.”

¹⁴ Entonces Daniel habló sabia y prudentemente a Arioc, capitán de la guardia del rey, que había salido para matar a los sabios de Babilonia. ¹⁵ Habló y dijo a Arioc, capitán del rey:

—¿Cuál es la causa de que este edicto se publique de parte del rey tan apresuradamente?

Entonces Arioc hizo saber a Daniel lo que había; ¹⁶ y Daniel entró y pidió al rey que le concediera tiempo, que él daría al rey la interpretación.

La respuesta inmediata de Daniel ante el peligro crítico que se cernía tanto sobre él como sobre sus tres compañeros fue preguntarle a Arioc, capitán del rey, la razón por la que se les sentenciaba a muerte. Habló con prudencia y tacto, y el capitán del rey le explicó la razón del decreto real.

La respuesta de Daniel fue verdaderamente notable. En primer lugar, estaba seguro que hasta ahora Dios había bendecido su preparación; además, estaba convencido de que Dios tenía otra razón al haberlos llevado a él y a sus tres amigos a Babilonia y no

tan sólo para dejarlos morir allí. Pero, ¿cómo podía Daniel cambiar el decreto que el verdugo del rey había anunciado? Y como nadie podía en ese entonces acercarse a un rey sin haber sido invitado primero, el siguiente paso que Daniel tomó fue pedir una audiencia con el monarca. Como Nabucodonosor aún estaba turbado por el sueño y anhelaba su interpretación, accedió a la petición y Daniel fue llevado ante la presencia del rey más poderoso del mundo.

En vez de sentirse intimidado, Daniel tranquilamente le pidió al rey que le diese tiempo para darle el contenido y significado de su sueño. La petición le fue concedida, y la sentencia de muerte fue aplazada.

A primera vista podría parecer extraño que el rey, que había acusado a sus propios sabios de darle largas al asunto, accediera ahora a la petición de este adolescente judío. Pero por el capítulo anterior sabemos que el rey se había sentido agradablemente impresionado por los cuatro jóvenes judíos. Y no debemos olvidar que la mano de Dios estaba cambiando la manera de pensar del rey. También se debe notar que a diferencia de los sabios babilonios, que le habían dicho al rey que no podían interpretar su sueño a menos que les dijese cuál era, Daniel pidió tan sólo tiempo para decirle cuál había sido el sueño y darle al rey el significado.

Requirió mucho valor por parte de Daniel el hacer esta petición, y Dios se lo concedió. La promesa de interpretar el sueño del rey requería de fe, y el Señor también se la concedió. En ese momento Daniel no tenía ninguna idea de lo que el rey había soñado, mucho menos el significado del sueño. Aun así estaba convencido que el Dios de Israel había bendecido su preparación hasta ahora, y “tuvo entendimiento en toda visión y sueños” (1:17). Ahora confiaba que el mismo Dios que lo había guiado y bendecido hasta esa nueva tierra, iba a permanecer a su lado en esta hora de peligro mortal. La confianza de Daniel no estaba depositada en su propia habilidad, sino en Dios que le había puesto en esa situación. Su confianza no estaba mal fundada.

¹⁷ Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, lo que sucedía ¹⁸ para que pidieran misericordias del Dios del cielo sobre este misterio, a fin de que Daniel y sus compañeros no perecieran con los otros sabios de Babilonia.

¹⁹ El secreto le fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo. ²⁰ Habló Daniel y dijo:

«Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría.

²¹ Él muda los tiempos y las edades, quita reyes y pone reyes; da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos.

²² Él revela lo profundo y lo escondido, conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz.

²³ A ti, Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has revelado lo que te pedimos, pues nos has dado a conocer el asunto del rey.»

Una vez que Daniel hubo terminado la audiencia con el rey, regresó a su casa con sus amigos y les dijo lo que había ocurrido. Después los instó a orar al Dios celestial, pidiéndole información sobre el sueño del rey, que aún era un misterio para ellos. La sabiduría humana no servía para mucho en esta crisis. Los sabios del reino más poderoso de la tierra se sentían impotentes ante este dilema. Si había alguna ayuda, tendría que venir del cielo, del verdadero Dios, no de los falsos e inútiles ídolos caldeos.

Fíjese con cuidado en las palabras de Daniel: “para que pidieran misericordias del Dios del cielo sobre este misterio”.

Daniel se dio cuenta de que Dios no tenía ninguna obligación de darles la información que buscaban; si él disponía revelarles lo que le pedían (y necesitaban con el fin de permanecer con vida), lo haría no porque lo merecieran, sino sólo por causa de su gran amor. Y así, los cuatro jóvenes oraron fervientemente, oraron con confianza. Los sabios de Babilonia habían perdido toda esperanza de conseguir ayuda de sus dioses, pero los cuatro jóvenes adoraban al Dios que se había revelado a la humanidad pecadora como un Dios de misericordia.

Por lo visto Dios no respondió de inmediato a las oraciones de sus leales hijos, pero sí a su debido tiempo. Su respuesta la dio en la forma de una visión. “El secreto le fue revelado a Daniel en visión de noche.” Milagrosamente Dios le reveló a Daniel el sueño que tanto había perturbado al rey.

Daniel estaba tan agradecido por esta revelación que prorrumpió en un himno de alabanza parecido al de los salmos del Antiguo Testamento. “Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos.” El nombre de Dios no es tan solo un título que él se da a él mismo, las palabras que usamos cuando nos dirigimos a él. El nombre de Dios es su reputación; es todo lo que él hace y dice para que sepamos quién es él y cuáles son sus amorosos planes para nosotros. Los jóvenes rogaron pidiendo la misericordia del Señor, y él en su gran amor escuchó las oraciones de sus siervos que estaban en Babilonia. En efecto, en la primera frase de su himno de alabanza Daniel canta: “¡Señor, nos has mostrado tu misericordia!”

Daniel también alabó al Señor por haberle revelado la verdad acerca del sueño del rey: “A ti, Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque... me has revelado lo que te pedimos.” Ya en su oración Daniel nos dio un indicio de lo que el Señor le había revelado sobre el sueño del rey. Dios le había dado a entender que el sueño tenía que ver con la sucesión de reyes y reinos. Daniel alabó a Dios, que “muda los tiempos y las edades,” que “quita reyes y pone reyes”. Este es el Dios de los cielos que determina la

secuencia de los acontecimientos humanos. Los imperios no existen por mera casualidad, ni su historia es determinada por las estrellas, como afirmaban los astrólogos babilónicos (y como hoy todavía muchos creen), sino que es determinada por Dios. “El revela lo profundo y lo escondido, conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz.”

Este es el meollo del himno de alabanza de Daniel: existen algunas cosas que permanecen ocultas a la mente del hombre, cosas que únicamente Dios puede revelar. El sueño de Nabucodonosor era uno más de los muchos misterios que ningún hombre caldeo o judío, por más sabio que fuera, podía haber descifrado por sí solo si no le hubiera sido revelado por Dios mismo. Las grandes verdades sobre la relación de Dios con los pecadores son también un misterio para el hombre pecador. San Pablo enfatiza este hecho en su primera carta a los Corintios: “Nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:11).

La oración de gratitud de Daniel refleja su felicidad de saber que Dios no lo mantuvo en la oscuridad. Ciertamente que aquí hay también algo de mucho consuelo para nosotros. El Dios a quien amamos y servimos no es el Dios al que guste retener información que nosotros ignoremos. A través del milagro de la revelación, Dios ha retirado el velo y ha descubierto muchos de sus sagrados secretos. Nos ha mostrado verdades que de otra forma nunca podríamos haber conocido, verdades por las cuales sabemos quiénes somos y quién es Dios; cuál es su amoroso plan para nosotros y lo que hemos hecho para arruinar ese plan, y lo que él ha hecho para restaurarlo.

Esta es la gran diferencia esencial entre el cristianismo y todas las demás religiones. El cristianismo es una religión *revelada*; tenemos las verdades del cristianismo porque han sido descubiertas para nosotros por el milagro especial de que Dios así lo ha querido. Todas las otras religiones son religiones *naturales*; se originan en la mente del hombre pecador.

24 Después de esto fue Daniel a Arioc, al cual el rey había puesto para matar a los sabios de Babilonia, y le dijo: —No mates a los sabios de Babilonia; llévame a la presencia del rey, y yo le daré la interpretación.

25 Entonces Arioc llevó prontamente a Daniel ante el rey, y le dijo así:

—He hallado un hombre de los deportados de Judá, el cual dará al rey la interpretación.

26 Respondió el rey y dijo a Daniel, al cual llamaban Beltsasar:

—¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación?

Una vez que Daniel se ocupó de lo más importante, que era darle gracias a Dios por su misericordia, comprendió que no tenía tiempo que perder. La vida de muchas personas estaba en juego, muchos sabios iban a morir si él no hablaba. Así pues, habló nuevamente con Arioc, el hombre responsable de hacer cumplir el decreto real de ejecución, y le pidió que lo llevara ante el rey. “Llévame a la presencia del rey, y yo le daré la interpretación.”

Aquí tenemos un aspecto interesante de la naturaleza humana. Arioc mismo escoltó a Daniel ante la presencia del monarca, y pidió que se le diese crédito por haber hallado un intérprete del sueño del rey, aun cuando él no había hecho nada al respecto para encontrar a Daniel.

Ante la presencia del rey, naturalmente que a Daniel se le llamaría por su nombre babilonio. El nombre Daniel lo identificaba como israelita y Beltsasar lo identificaba como un siervo del poderoso rey de Babilonia. El rey pareció sorprenderse de que este joven judío fuese capaz de darle la respuesta que sus veteranos y experimentados consejeros habían sido incapaces de dar. El rey preguntó: “¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación?”

²⁷ Daniel respondió al rey diciendo:

—El misterio que el rey demanda, ni sabios ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey. ²⁸ Pero hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los últimos días.

¡Qué tentación debió haber sido para Daniel que se le reconociera de alguna forma, por la información que estaba a punto de exponer, aunque fuera alardear un poco! Pero Daniel no hizo nada de eso. En primer lugar, admitió humildemente que los astrólogos y los sabios del rey estaban en lo cierto: no había ningún hombre sobre la tierra que pudiese decirle al rey lo que deseaba saber. Daniel destacó en el discurso que le dirigió al rey que la información que le iba a dar no era producto de su propia sabiduría.

Pero vemos en Daniel más que su humildad. Dios, que es el único que debe ser adorado, lo había llevado a Babilonia con un propósito mucho más elevado. En ese país pagano Daniel habría de dar toda la gloria al único y verdadero Dios. Esta era su gran oportunidad para testificar, y nada menos que ante el mismo rey. Sin temor aparente, Daniel supo aprovechar la oportunidad al máximo.

“El misterio que el rey demanda, ni sabios... lo pueden revelar al rey. Pero hay el Dios en los cielos que revela los misterios.” ¡Qué valiente testimonio! Los sabios del rey, que les rendían culto a los dioses de Babilonia, habían sido incapaces de decirle lo que quería saber, pero un joven judío que adoraba al verdadero Dios le pudo dar al rey la respuesta. Y ¿por qué? Porque hay el Dios en los cielos, el Dios sobre el cual Nabucodonosor no sabía nada, pero que podía revelar secretos que los sabios de Babilonia no podrían encontrar en sus dioses. Si Nabucodonosor quería resolver su problema, tendría que acudir al verdadero Dios, no a sus inútiles dioses babilónicos. Ese era un testimonio hermoso y directo para



La estatua en el sueño

ser declarado ante un pagano, y Daniel no vaciló en hacerlo. Daniel estaba a punto de aclararle el significado de su sueño, y quería que el rey entendiera sin duda alguna de dónde provenía la respuesta.

“(Dios) ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los últimos días.” Aquí está la clave de la respuesta de Daniel. Por medio del sueño del rey, el Dios de los cielos le manifestaba lo que iba a suceder (literalmente, “los postreros días”). La expresión se refiere al futuro en general y en particular a los días del Mesías en el período final de la historia de la humanidad. Realmente el período de la historia del sueño de Nabucodonosor es bastante extenso, pues va desde los días de este rey hasta el fin del mundo.

Éstos son tu sueño y las visiones que has tenido en tu cama:
²⁹»Estando tú, rey, en tu cama, te vinieron pensamientos por saber lo que había de suceder en lo por venir; y el que revela los misterios te mostró lo que ha de ser. ³⁰Y a mí me ha sido revelado este misterio, no porque en mí haya más sabiduría que en los demás vivientes, sino para que se dé a conocer al rey la interpretación y para que entiendas los pensamientos de tu corazón.

³¹»Tú, rey, veías en tu sueño una gran imagen. Esta imagen era muy grande y su gloria, muy sublime. Estaba en pie delante de ti y su aspecto era terrible. ³²La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; ³³sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido.

Pudo ser que el rey Nabucodonosor, antes de dormirse, haya estado pensando sobre el futuro que le esperaba a él y a su reino. Siendo aún un hombre joven, había ayudado a ganar batallas militares importantes que habían hecho de Babilonia un poder mundial. ¿Le deparará el futuro éxitos similares? ¿Continuará

siendo Babilonia una nación prominente? De repente aparecieron en su mente visiones en las que Dios, el Revelador de misterios, le mostraba lo que le iba a ocurrir no sólo a su reino babilónico en el futuro inmediato sino a todos los reinos del mundo en el futuro distante.

Daniel ahora procedió a describir el sueño del rey, dando pruebas de la autenticidad de su interpretación. En su sueño el rey vio una estatua, aparentemente la de un hombre. Lo primero que le impresionó de la imagen fue su tamaño, era inmensa. Era resplandeciente, de metal brillante. Nabucodonosor recordó el terror que sintió al contemplarla, no sólo por su tamaño sino también por su apariencia.

Daniel repasó brevemente los detalles de la imagen, que estaba hecha de materiales que en nuestro mundo se consideran preciosos y perdurables. La cabeza era de oro puro, el pecho y los brazos eran de plata, el vientre y los muslos eran de bronce y las piernas eran de hierro. Sin embargo, lo sorprendente era que los pies que soportaban la imagen eran en parte de hierro y en parte de barro cocido. Esos dos materiales no se mezclan; además el barro cocido es un material quebradizo y débil. La estatua gigantesca que Nabucodonosor vio se apoyaba sobre unos pies sumamente frágiles. En vista del tamaño de la imagen y la debilidad de la base en que se sustentaba, la imagen podía caer fácilmente en cualquier momento sin previo aviso.

³⁴ Estabas mirando, hasta que una piedra se desprendió sin que la cortara mano alguna, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. ³⁵ Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra.

El sueño de Nabucodonosor tuvo un final sorprendente. Mientras el rey miraba, una piedra se desprendió desde una montaña (vea el versículo 45), un evento nada común en Babilonia. La roca no fue lanzada por alguien, fue lanzada “sin que la cortara mano alguna”. Era obra de Dios. La roca que había sido cortada rodó montaña abajo y golpeó a la estatua en los pies; el impacto los quebró, y en consecuencia la inmensa estatua se cayó a su vez y se hizo añicos. Sin embargo, los trozos de metal no terminaron en un montón de escombros, ellos eran tan pequeños que el viento los dispersó como paja hasta que ya no hubo trazas de la estatua. Mientras tanto la piedra que había quebrado la imagen se convirtió en una montaña alta que llenó y dominó toda la tierra.

El rey se dio cuenta de que Daniel había satisfecho la primera parte de su tarea. Le acababa de describir su sueño, hasta el último detalle.

³⁶»Éste es el sueño. También la interpretación de él diremos en presencia del rey. ³⁷Tú, rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad.

³⁸ Dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tus manos, y te ha dado el dominio sobre todo. Tú eres aquella cabeza de oro. ³⁹ Después de ti se levantará otro reino, inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. ⁴⁰ Y el cuarto reino será fuerte como el hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, así él lo desmenuzará y lo quebrantará todo.

⁴¹ »Lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; pero habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste el hierro mezclado con barro cocido. ⁴² Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, este reino será en parte fuerte y en parte frágil. ⁴³ Así

como viste el hierro mezclado con barro, así se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.

Daniel ahora procedió a satisfacer la segunda demanda del rey. “También la interpretación de él diremos en presencia del rey.” Aunque el sueño y su interpretación le habían sido mostrados tan solo a Daniel, él comprendió que había sido en respuesta a las oraciones de los cuatro jóvenes hebreos. Antes, en su himno de gratitud, Daniel había orado: “A ti, Dios de mis padres,... me has revelado lo que te pedimos”. Y ahora, ante la presencia del rey, Daniel modestamente compartió el mérito con sus amigos. Ningún sueño había revelado antes tanto sobre la historia del mundo. De la forma en que Daniel ahora explicaba el sueño real, éste abarcaba desde el reinado de Nabucodonosor hasta el fin de los tiempos en la tierra.

La interpretación de Daniel comenzó con el mismo Nabucodonosor: “Tú, rey, eres rey de reyes... tú eres aquella cabeza de oro.” Así como la cabeza es la parte más importante del cuerpo, también Nabucodonosor era el más poderoso de los gobernantes, y su reino el más espléndido de los reinos terrenales. La interpretación de Daniel dejó en claro que eso no era obra de Nabucodonosor, sino de Dios que le había dado poder y gloria. Nabucodonosor era el “rey de reyes”, en otras palabras, el más poderoso, el más grande de su tiempo.

A primera vista las palabras de Daniel podían parecer exageradas. ¿Era realmente el reino de Nabucodonosor superior a todos los otros reinos? Cuando uno mira en un mapa la situación que ocuparon los antiguos reinos, es evidente que el Imperio de Babilonia no se compara en tamaño, por ejemplo, al Imperio Asirio que lo precedió, ni con los imperios persa o griego, ni con el romano que le siguieron.

Aunque no haya sido el más grande en tamaño, el Imperio de Babilonia tenía otras razones para afirmar que era el primero.

Según lo que nos dice Génesis 10:10, este imperio fue el primero en obtener la supremacía comenzando poco después de los días del Diluvio. Es cierto que había habido otros imperios de importancia en los tiempos antiguos, pero ninguno con una fuerza de organización igual a la de Babilonia. Además, Nabucodonosor fue uno de los gobernantes más capaces de la historia. “Tú eres aquella cabeza de oro.”

La interpretación de Daniel describe cuatro poderes mundiales que se iban a suceder consecutivamente. La descripción sucesiva de las partes de la estatua desde la cabeza de oro hasta los pies de barro era para indicar el desarrollo del tiempo. “Después de ti se levantará otro reino, inferior al tuyo.” Nabucodonosor, con todo su poder, iba a morir algún día, como también les iba a ocurrir a sus sucesores. Sabemos por la historia que, después de que la dinastía de Nabucodonosor llegó a su fin, otro imperio, el Medo Persa, llegó a dominar el mundo. Ese nuevo imperio sería “inferior”, de la misma manera como la plata es inferior al oro, y como el pecho y los brazos están por debajo de la cabeza. Nabucodonosor gobernó como monarca absoluto, en cambio en el Imperio Medo Persa, que se prolongó por doscientos años, el poder del rey gradualmente se vio limitado por el creciente poder de la nobleza.

“Y luego, un tercer reino de bronce... dominará sobre toda la tierra”, sobre el mundo entonces conocido. Este iba a ser el Imperio Griego, a la cabeza del cual se iniciaría Alejandro el Grande, conquistando Persia y dominando al mundo por dos siglos. Ahora sabemos que lo que Daniel predijo realmente *ocurrió*.

El cuarto reino en el sueño del rey estaba representado por las piernas de hierro y los pies de barro de la estatua. Iba a ser tan fuerte como el hierro y rompería y quebraría a todos los otros reinos. Por la historia sabemos que ese fue el Imperio Romano, que en el año 146 a.C. reemplazó a Grecia como la nación líder del mundo. Roma fue el poderoso líder mundial durante el tiempo

en que el Hijo de Dios vino a la tierra. Ese poderoso imperio permaneció en el poder por más de 600 años. Los pies y los dedos en parte de hierro y en parte de barro apuntan al hecho de que el Imperio Romano estaba compuesto por elementos fuertes pero también por elementos débiles que más tarde iban a precipitar su caída.

Fueron varias las razones que produjeron el colapso del Imperio Romano. En parte, el imperio se autodestruyó por causa de la corrupción y de la inmoralidad de su cultura. Daniel menciona una segunda razón: “(Los pueblos) se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro”. Un factor que contribuyó a la caída de Roma fue la migración de los pueblos germanos y eslavos del interior de Europa hacia áreas controladas por Roma. Hubo matrimonios entre personas de diferentes razas, “un experimento de mezcla de razas pero el injerto resultante no era del mismo material del que estaba hecho el imperio”. (Leupold, *Exposición de Daniel*, p. 120). La fuerza más poderosa, sin embargo, que produjo el colapso de este imperio fue el cristianismo. El mensaje, la perspectiva y la vida de la comunidad cristiana condenaron la corrupción romana y aceleraron su caída.

Cuando Daniel explicó el sueño, sólo uno de los imperios de los cuatro reinos mencionados había hecho su aparición en el escenario mundial; los otros tres aún no existían. ¿Cómo pudo saber de ellos? Daniel aclaró esto cuando le dijo al rey: “Hay un Dios de los cielos que revela los misterios” (2:28). Dios debió haberle revelado la información, pues de otro modo Daniel nunca hubiera predicho con tanta precisión lo que el futuro le deparaba a la humanidad en los siglos venideros. Debemos hacer notar que lo que Daniel anunció aquí a grandes rasgos se explicará con más detalle en sus visiones de los capítulos 7 a 12.

⁴⁴ En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos,

pero él permanecerá para siempre, ⁴⁵ de la manera que viste que del monte se desprendió una piedra sin que la cortara mano alguna, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación.»

Para algunas personas la historia del mundo no es más que una sucesión monótona y continua de poderes mundiales- algunos dominan por décadas, otros por siglos- pero todos finalmente se tambalean, se desmoronan y quedan reducidos a polvo. Pero la interpretación que hace Daniel del sueño de Nabucodonosor demuestra que la historia es más que eso, señala que un poder que va mucho más allá de los seres humanos le pondrá fin no sólo al Imperio Romano sino a todo lo que el ser humano ha logrado, para reemplazarlo con lo divino y eterno. Ese poder es la roca que echó abajo la estatua y vino a constituirse en una montaña alta que llenó toda la tierra.

Los días del Imperio Romano fueron días en los cuales se estaba estableciendo la iglesia cristiana. En los primeros siglos de la era cristiana el Dios de los cielos estableció un reino que nunca será destruido.

Vemos un cumplimiento parcial de las profecías de Daniel en las conquistas que el evangelio de Jesucristo ha logrado. El evangelio, el poder de Dios para rescatar a los pecadores, ha continuado victoriosamente a lo largo de los siglos sin usar la violencia ni el derramamiento de sangre, sino liberando las conciencias de la culpa y del poder del pecado. Hace siglos que los cuatro imperios que se describen en el sueño de Nabucodonosor quedaron reducidos a polvo, pero la iglesia de los creyentes reunidos por el evangelio de Cristo sigue en pie y no será destruida. Cristo ha prometido que las puertas del Hades no la dominarán (Mateo 16:18). Esta iglesia con su poderoso mensaje ha llenado el mundo entero destruyendo el poder del diablo y



Daniel y los sabios

salvando a la gente para constituirlos en la familia celestial del Padre.

Sin embargo, el pleno y total cumplimiento de la profecía de Daniel permanece aún en el futuro más distante. En el gran día del Juicio Dios enjuiciará y aplastará de una vez por todas a todo lo que se oponga a su gobierno de gracia; se llevará consigo a su pueblo ante su presencia para gobernarlo para siempre. El apóstol Juan vio esto en una visión que narra para nosotros en el último libro de la Biblia. En Apocalipsis 11:15 Juan nos dice que él escuchó voces que anunciaban en voz alta: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.”

Una vez más Daniel se negó a vanagloriarse por el mensaje que le había llevado al rey Nabucodonosor. “El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo porvenir”. Lo dijo sin titubeos ni engaños de ninguna clase. Con las palabras finales le aseguró al rey: “El sueño es verdadero, y fiel su interpretación.” ¿Por qué? Porque Dios mismo estaba detrás de todo esto.

⁴⁶ Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro, se humilló ante Daniel, y mandó que le ofrecieran presentes e incienso. ⁴⁷ El rey habló a Daniel, y dijo: —Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, Señor de los reyes y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio.

⁴⁸ Entonces el rey engrandeció a Daniel, le dio muchos honores y grandes dones, y lo hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia. ⁴⁹ Daniel solicitó y obtuvo del rey que pusiera sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abed-nego; y Daniel estaba en la corte del rey.

El rey estaba impresionado y reconoció de inmediato que la interpretación de Daniel le había sido dada por Dios. Este poderoso rey tuvo incluso que reconocer que se encontraba ante un poder

mucho más grande que el suyo. Al postrarse ante Daniel, honró al Dios de Daniel. Sus palabras demostraron claramente que al ofrecerle incienso y regalos a Daniel no estaba adorando a la persona de Daniel, (lo que tampoco Daniel hubiera permitido). “Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, Señor de los reyes.” Con esas palabras Nabucodonosor no estaba confesando su fe como cristiano; no es nada extraordinario que un hombre que cree en la existencia de muchos dioses admita la existencia de un dios más. Este es el punto culminante de toda la narración. Dios guió a un poderoso rey pagano a dar testimonio público de la grandeza del Dios de Israel. Sin embargo, pese a sus nobles y sinceras palabras, Nabucodonosor no se sometió en arrepentimiento ni en fe al verdadero Dios, y más tarde Dios tuvo que tratar duramente a este orgulloso rey.

El rey era un hombre de palabra. Había prometido regalos y grandes honores a cualquiera de sus sabios que le interpretara el sueño, y ahora estaba dispuesto a cumplir con su promesa. Le dio a Daniel, no uno, sino dos altos cargos en el gobierno. Primero, “le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia”. Esa provincia del imperio incluía la ciudad capital. En segundo lugar, el rey puso a Daniel a la cabeza de todos los sabios de Babilonia. Este último pudo haber sido el más importante de los dos cargos. En su nuevo puesto gubernamental Daniel iba a tener acceso a frecuentes reuniones con el rey y con sus consejeros, además de permanecer en un cargo estratégico para aconsejar al rey e influir en sus decisiones.

Los primeros versículos de este capítulo nos informan que eso se llevó a cabo en el segundo año del reinado de Nabucodonosor, al parecer fue *antes* de que terminaran los tres años del adiestramiento de Daniel. Sin embargo, de acuerdo con el capítulo 1, versículos 18 y 19, el nombramiento de Daniel al servicio del rey fue *después* de su graduación, lo que parece que ocurrió fue que para ese tiempo el rey ya había designado el cargo que Daniel iba a ocupar. El nombramiento pudo haber tenido efecto después que Daniel y sus amigos hubieran terminado su capacitación.

Además, el rey accedió a la petición que le hizo Daniel de tener a Sadrac, Mesac y Abed-nego como gobernadores en la provincia de Babilonia. No debemos pensar que Daniel se estaba aprovechando de su posición y de su influencia para conseguir un favor especial para sus amigos. Daniel sabía que los tres hombres habían recibido un especial conocimiento y sabiduría de Dios (1:17), y quería que fueran colocados en cargos donde sus talentos fueran usados apropiadamente. Con sus tres amigos ayudándole en los asuntos administrativos de la provincia, Daniel iba a emplear más tiempo en la corte del rey; esto garantizaría no sólo que fuera escuchada ampliamente la religión del verdadero Dios sino que también Daniel iba a gozar de un puesto clave para ayudar a sus compatriotas judíos exiliados.

Es interesante notar que miles de años antes, cuando Israel comenzó su historia como nación, Dios también puso a un hombre en la corte del rey de Egipto. Ese fue el joven José. Ahora, una vez más, en un tiempo crítico de la historia del pueblo del Antiguo Testamento, Dios también puso a un joven hijo suyo en la corte real, en esta ocasión en Babilonia, el centro mismo del imperio más poderoso del mundo antiguo. Daniel habría de permanecer aquí todo el tiempo que los judíos permanecieran en el exilio y sirvió desde el reinado de Nabucodonosor, alrededor del año 590 a.C., hasta el reinado de Ciro, alrededor del año 530 a.C.

El mensaje que Daniel le llevó al rey Nabucodonosor es un mensaje que también nuestro mundo necesita oír. Es notable que invariablemente cada gobierno y cada poder que dependen de la fuerza y de la habilidad humana estén destinados a morir algún día. Esa es una verdad que los israelitas del Antiguo Testamento con mucha frecuencia perdieron de vista. Cuando las poderosas naciones invadieron la tierra prometida de Israel, destruyendo su ciudad, matando, esclavizando o deportando a sus moradores, bien podría haber parecido que el pueblo de Dios estaba siendo condenado así como también su esperanza del Mesías prometido por Dios. Mediante la interpretación de Daniel, Dios habló, antes que nada para tranquilizar a *su pueblo*.

Pero la interpretación que hizo Daniel del sueño del rey implicaba también a las naciones *paganas*. (Recordemos, una vez más, que este capítulo fue escrito en arameo, el idioma que hablan los babilonios). En vista de que sus sacerdotes paganos y sus magos no pudieron dar con el sueño mismo, y mucho menos con la interpretación requerida, Dios les hizo saber que cualquiera que se opusiera a él estaba destinado a fracasar rotundamente.

Dios tendrá la última palabra en la historia, así como tuvo la primera palabra en la creación. Los planes de Dios para el futuro permanecen escritos, y nadie tiene excusa para no conocerlos.

LA IMAGEN DE ORO Y EL HORNO DE FUEGO

DANIEL 3

3 El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos y la anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia. ²Y ordenó el rey Nabucodonosor que se reunieran los sátrapas, los magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y todos los gobernadores de las provincias, para que vinieran a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado. ³Se reunieron, pues, los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y todos los gobernadores de las provincias, para la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado; y estaban en pie delante de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor.

Hoy en día las personas con frecuencia se olvidan de muchas cosas. La gente de la antigüedad también, tal como lo vemos con el rey Nabucodonosor. Cuando Daniel interpretó el sueño del rey (Daniel 2) le explicó al rey: “El Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad” (2:37). Además, Dios le dio a Nabucodonosor un vislumbre del futuro que le esperaba tanto a él como a su nación. El rey supo que su imperio se iba a derrumbar y que otros reinos iban a seguir el mismo destino que el suyo, y que finalmente el Dios del cielo establecerá un reino que destruirá a todos los demás; supo que ese reino jamás será destruido.

Desafortunadamente, con el paso del tiempo, el rey olvidó su sueño y su solemne mensaje.

El olvido puede ser más que sólo una debilidad de la memoria, también puede ser el resultado del orgullo. En vez de aprovechar la información que Dios le había revelado mediante el profeta Daniel, el rey Nabucodonosor orgullosamente continuó adorando a dioses falsos. Peor aún, utilizó la autoridad que Dios le había

dado para desviar al pueblo del verdadero Dios. Al hacerlo, desafió al Dios que lo había creado y que le había dado todo lo que tenía.

“El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, cuya altura era de setenta codos y la anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia.” Es probable que la enorme estatua fuera de madera tallada y cubierta con láminas de oro, del mismo modo que el altar del incienso en el Tabernáculo del Antiguo Testamento, que se menciona como “el altar de oro” (Éxodo 40:5), que fue hecho de madera de acacia y cubierto de oro (Éxodo 37:25 s). Algunos dieron por sentado que la gran estatua de Nabucodonosor era una estatua del rey mismo. Lo más probable es que la imagen fuera un símbolo de la gloria del poderoso Imperio Babilónico o bien que representara a los dioses de Babilonia.

Las dimensiones de la estatua que aquí se describen han recibido críticas por su enormidad. Se argumenta que no es posible que la estatua fuera diez veces más alta que ancha, (en comparación con la proporción seis a uno de la figura humana). A eso se puede responder que los 27 m de altura bien podrían incluir el pedestal sobre el que la estatua estaba puesta. Es interesante que hace varios años, en una de las excavaciones de la antigua Babilonia, los arqueólogos descubrieron una plataforma de ladrillo, de trece m y medio de ancho por seis m de alto (Wood, *Daniel*, p. 46).

Si la estatua erigida por Nabucodonosor representaba realmente a los dioses de Babilonia, es muy probable que tuviera dos razones para construirla. En primer lugar, manifestaba la lealtad a los dioses de Babilonia, creía que ellos habían hecho de Babilonia la nación líder del mundo, y él lo proclamaba de esa forma.

El rey muy bien pudo haber tenido otra razón: sus victorias anteriores le habían dado a su país miles de prisioneros. La fastuosa ceremonia en la llanura de la ciudad de Dura pudo tener el propósito de que los recién llegados vieran que los dioses de Babilonia eran superiores a los dioses de las naciones que

Nabucodonosor había conquistado. Y al mismo tiempo el rey se dio cuenta de que entre sus funcionarios reales había también extranjeros recién graduados de su programa especial de entrenamiento. Había gente entre ellos que no solo venía de otros países, sino que tenía otras creencias religiosas. La gran fiesta de dedicación tenía el propósito de impresionarlos e inspirarles respeto hacia los dioses caldeos.

El impresionante cuerpo de funcionarios, todos los que eran alguien en Babilonia, postrándose ante la monstruosa imagen demostraría un solemne juramento de lealtad a los dioses de Babilonia y al rey. Ocho títulos se mencionan para describir a los diferentes funcionarios que estuvieron presentes en la dedicación, y el significado de algunos de los títulos no está claro. Como la lista está encabezada por los “sátrapas” que eran los líderes de las provincias del imperio, los nombres bien pudieron ser dados en orden jerárquico, desde el más importante hasta el más insignificante.

No es difícil imaginar la fastuosa e impresionante ceremonia de dedicación. Fila tras fila de funcionarios permaneciendo en solemne atención ante la inmensa estatua, esperando que la orquesta del rey anunciara el momento de postrarse.

⁴Y el pregonero anunciaba en alta voz: «Se os ordena a vosotros, pueblos, naciones y lenguas, ⁵que al oír el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; ⁶y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiente.»

⁷Por lo cual, al oír todos los pueblos el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado.

A la hora designada, comenzó la ceremonia. Un heraldo anunció el decreto del rey, que mostraba lo pronto que el rey había olvidado lo que Dios le había dicho. Al oír la señal, todos los ciudadanos de Babilonia, así como todos los extranjeros que vivían en Babilonia, se debían postrar para mostrar fidelidad a los dioses de Babilonia. Lo que el rey Nabucodonosor exigía era suficientemente claro: “Que... os postréis y adoréis la estatua de oro”.

Por supuesto que el rey se dio cuenta de que con esa orden no podía obligar a nadie a creer en sus dioses. Pero lo que el rey sí podía exigir, y lo hizo, era que cada uno de los presentes llevara a cabo un acto de adoración a sus dioses. La orquesta de instrumentos de viento y cuerda darían la señal durante la cual los que escucharan no sólo se *postrarían* ante la imagen de oro, sino que la *adorarían* en señal de sumisión a los dioses que habían hecho de Babilonia el poder mundial que ahora era.

Cualquiera que se negara a postrarse sería considerado culpable de un doble crimen: desobediencia al rey y deslealtad a Babilonia y a sus dioses. El castigo, que consistía en morir en el horno ardiente, sería instantáneo; ser arrojado en un horno que al parecer ya había sido preparado. Todos los que habían escuchado el decreto del heraldo sabían que el rey cumplía con sus promesas. El profeta Jeremías menciona los nombres de algunos judíos a los que Nabucodonosor sentenció a morir en el fuego (Jeremías 29:22).

El decreto del rey dio resultado. Cuando comenzó la música, los babilonios y los extranjeros, tanto los funcionarios como la gente del pueblo, “se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado”. No hay duda de que tenían varios motivos para hacerlo, los babilonios adoraron en multitud al dios de oro en su ciega ignorancia. Sin embargo, debieron haber sido muchos los que se postraron sólo por instinto de conservación: Uno hace lo necesario para conservar la vida. Muchos hoy en día aprobarán esta actitud y se preguntarán: “¿Después de todo, acaso sobrevivir no es lo más importante?”

Pero en la planicie de Dura se encontraban tres hombres convencidos de que había una meta más alta en esta vida que tan sólo sobrevivir. Los tres permanecieron de pie cuando todos a su alrededor estaban postrados.

⁸ Por esto, en aquel tiempo algunos hombres caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos. ⁹ Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor:

—¡Rey, para siempre vive! ¹⁰ Tú, rey, has dado una ley que todo hombre, al oír el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, se postre y adore la estatua de oro; ¹¹ y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiente.

¹² Hay unos hombres judíos, a los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos hombres, oh rey, no te han respetado; no adoran a tus dioses ni adoran la estatua de oro que has levantado.

Cuando ocurre que todo mundo está postrado y usted es el único que permanece de pie, es muy difícil pasar inadvertido. Sadrac, Mesac y Abed-nego eran tres fieles creyentes a quienes ya conocimos en el primer capítulo del libro de Daniel. Después de este capítulo, los tres hombres ya no se mencionan más. Sin embargo, en este capítulo son la figura central, debido a que ellos simplemente se negaron a obedecer la orden del rey. Eran hombres jóvenes; ya que con toda seguridad el rey erigió la imagen de oro a principios de su reinado, cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego tenían probablemente veinte años. Humanamente hablando, tenían toda una vida por delante. Aunque sólo tenían pocos momentos para decidir y su vida peligraba, tomaron una decisión sin vacilar.

Surge la pregunta: “¿Dónde estaba Daniel? ¿Por qué sólo estos tres hombres se habían negado a obedecer la orden del rey?” La Biblia no nos lo dice. ¿El puesto gubernamental de Daniel era tan elevado que no era necesario un juramento de lealtad de su parte?

¿Estaba ausente por enfermedad en el día de la dedicación? ¿O tal vez estaba fuera de la ciudad ocupado en los negocios del rey? Es suficiente para nosotros saber que Daniel mismo escribió este relato y que omitió mencionar su ausencia por no venir al caso.

Se dio la señal para que los hombres se levantaran una vez más, e inmediatamente unos hombres se aproximaron al rey. Se les describe como “algunos hombres caldeos”, astrólogos y funcionarios del rey. Tal vez eran antiguos aprendices del rey que, durante los tres años del programa de adiestramiento, habían observado que: Sadrac, Mesac y Abed-nego no se habían contaminado con las costumbres paganas, sino que habían permanecido fieles al Dios de sus padres. Esos hombres ahora se acercaron al rey aparentemente preocupados por su monarca y el país (“¡Rey, para siempre vive!”), y procedieron a denunciar la deslealtad de los tres jóvenes, pero no precisamente por desinterés.

No era un patriotismo honesto lo que motivaba a estos informantes a quejarse ante el rey. Era la envidia. Escuche sus acusaciones: “Hay unos hombres judíos, a los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia....”. Los acusadores aún estaban disgustados porque el rey había promovido a esos extranjeros advenedizos como supervisores sobre algunos de sus consejeros. El rey probablemente se sorprendió y luego se irritó, cuando recordó que Sadrac, Mesac y Abed-nego eran los mismos hombres por los que Daniel había intercedido (2:49). Por recomendaciones de Daniel el rey Nabucodonosor los había promovido a posiciones de importancia y responsabilidad. ¡Y ahora los ingratos le pagaban desobedeciendo su decreto, y negándose a adorar sus dioses! ¡Esto sí que era el colmo!

Para los reyes paganos, como Nabucodonosor, la petición que les hizo a sus súbditos no era irrazonable. Pero Sadrac, Mesac y Abed-nego sabían en su corazón que la petición del rey era algo terriblemente equivocado. Sabían lo que Dios había dicho: “A Jehová, tu Dios, temerás, a él sólo servirás” (Deuteronomio 6:13).

Ser leal al gobierno establecido no es un pecado; también hoy en día un cristiano puede en buena conciencia rendirle honor a su

país y a su bandera. Pero lo deshonesto era darles a los dioses de Babilonia la gloria por la grandeza del país. Era un asunto totalmente equivocado, y los tres jóvenes concluyeron: “Nuestra lealtad al verdadero Dios nos impide dar la impresión de que obedecemos el decreto del rey. El primer mandamiento de Dios prohíbe temer, amar o confiar en ninguna persona o cosa; pues sólo Dios merece ser temido, amado y es digno de confianza.”

La naturaleza humana de los tres jóvenes hebreos, tal como la de cada uno de nosotros, era pecaminosa. Y podemos estar seguros de que esa naturaleza los tentó a llegar a una conclusión diferente a la que se acaba de describir. Fácilmente pudieron haber recapacitado: “El rey no nos está pidiendo que seamos paganos, ni siquiera que nos unamos a adorar en un templo pagano. Todo lo que nos pide es un simple acto de devoción que nos toma poco tiempo. Ni siquiera es necesario que estemos convencidos de lo que hacemos. Y si nos postramos, sólo para escapar del horno, Dios lo entenderá. Después de todo, nuestro trabajo como administradores de la provincia de Babilonia recién empieza y aún tenemos mucho por hacer. ¿No seremos más útiles para Dios y para su pueblo si permanecemos con vida que si perecemos en el horno? ¿Por qué perder inútilmente nuestro trabajo y nuestra vida?”

Pudieron haber razonado de esa forma, pero no lo hicieron. Comprendieron que la meta en la vida no es sólo sobrevivir, sino glorificar a Dios. Los tres jóvenes hebreos comprendieron que a Dios no se le glorifica postrándose ante ídolos; si obedecían el decreto del rey deshonrarían a Dios, no lo glorificarían. Como se puede ver, Dios nos pide no sólo que lo *amemos* y que *confiemos* en él sino que le *temamos* por sobre todas las cosas. Le tememos cuando le damos toda la gloria a él, cuando tememos hacer cualquier cosa que lo decepcione o lo deshonre.

Con esa perspectiva ¡qué fácil es tomar una decisión! Y qué fácil sería nuestra elección cuando al decidir sobre cosas de la vida diaria nos preguntáramos siempre: “¿Estoy glorificando a Dios? ¿Si hago esto me verá el Señor con amor gozoso o con tristeza?”

¹³ Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajeran a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos delante del rey. ¹⁴ Habló Nabucodonosor y les dijo: —¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios ni adoráis la estatua de oro que he levantado? ¹⁵ Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que, al oír el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adoráis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiente, ¿y qué dios será el que os libre de mis manos?

El más poderoso rey que había sobre la tierra se puso furioso cuando escuchó el mensaje que le llevaron los informantes. Por supuesto que recordaba a los tres jóvenes que habían aprobado su programa de preparación con los más altos honores. Sus calificaciones habían sido excepcionales (1:20). ¿Cómo los podría olvidar? ¿Y ahora, sería verdad que se negaban a obedecerle y a adorar a sus dioses? Ordenó que fuesen traídos ante él inmediatamente para interrogarlos detalladamente. La interrogación del rey demostró que Sadrac, Mesac y Abed-nego estaban en lo correcto cuando se negaron a postrarse ante la imagen. De la misma boca del rey ahora escucharon lo que ese acto involucraba. “¿Es verdad... que vosotros no honráis a mis dioses?”

Por lo visto el rey no estaba dispuesto a perder a estos tres jóvenes tan prometedores, así que les dio una oportunidad de retractarse de la actitud que habían tomado y salvar así su vida. “¿Estáis dispuestos para que... os postréis y adoréis la estatua que he hecho?” La furia del rey lo condujo a decir algo que en otras circunstancias no hubiera dicho si se hubiera acordado de lo que antes había aprendido de Daniel. Después de que Daniel interpretó su sueño, Nabucodonosor le había dicho: “Ciertamente el Dios vuestro es Dios de los dioses, Señor de los reyes”. Pero ahora dijo ante los amigos de Daniel algo completamente diferente: “Seréis

echados en medio de un horno de fuego ardiente, ¿y qué dios será el que os libre de mis manos?” Estaba desafiando descaradamente al Todopoderoso.

¹⁶ Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo:

—No es necesario que te respondamos sobre este asunto.

¹⁷ Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos librará. ¹⁸ Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.

Sadrac, Mesac y Abed-nego pudieron haber respondido con un simple “¡No! ¡Ni podemos ni queremos postrarnos ante tu imagen!” y en dos segundos pudieron haber sido echados al horno ardiente. Por lo tanto no respondieron de inmediato con un franco rechazo.

Empezaron: “No es necesario que te respondamos sobre este asunto.” A primera vista estas palabras parecen desafiantes, casi un insulto al rey que justamente los acababa de amenazar. Pero realmente las palabras fueron escogidas con gran cuidado. Por un lado, los tres hombres admitieron su desobediencia; no se habían postrado ante la imagen del rey. Pero lo más importante es que la respuesta fue elaborada en tal forma que les permitiría darle al rey un magnífico testimonio de su Dios.

Nabucodonosor había preguntado: “Seréis echados en medio de un horno de fuego ardiente, ¿y qué dios será el que os libre de mis manos?” Respondieron: “Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos”. Vemos aquí dos verdades muy enfáticas, una con respecto a Nabucodonosor, la otra con respecto a Dios. La máxima autoridad gubernamental sobre la tierra de esos días presumía que podía jugar el papel de Dios. El rey había tratado de abrumar su conciencia forzándolos a un culto falso, a lo que ellos se negaron. Estaban convencidos de que el rey, al forzarlos a hacer algo que Dios había prohibido, había perdido el derecho de exigir

obediencia. Y como el rey no les dejaba otra alternativa, se decidieron a obedecer a Dios antes que a los hombres, aunque esto significara morir como mártires en el fuego.

El rey Nabucodonosor tenía el derecho de saber cuál era la actitud de los tres *hacia él*, y ahora lo sabía. El rey también necesitaba saber cuál es la actitud apropiada *hacia Dios*, y ahora lo supo.

“Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarlos... Y si no,... no serviremos a tus dioses”. Los tres jóvenes no se atrevían a indicarle a Dios cómo debía concluir este asunto. No tenían ninguna promesa de un milagro especial, ni lo pedían, ni lo esperaban. Simplemente sabían que Dios siempre los ayudaría, sostendría y dirigiría a su destino final, al lado de él. Pero más allá de eso nada sabían. Junto con el apóstol Pablo bien pudieron haber dicho: “Yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1:12).

Si Dios juzgaba conveniente librarlos de las llamas, bien; podrían seguir sirviéndole como los funcionarios responsables que eran del gobierno de Babilonia, si es que el rey los restituía su antiguo puesto. Si Dios no intervenía para salvarlos, bien; era asunto *suyo*. El asunto *de ellos* era serle fieles y tenerlo en primer lugar en su vida. O Dios los liberaba, y el asunto quedaba resuelto, o por razones mejor conocidas por él mismo Dios consideraría que no era conveniente liberarlos. Sabían que Jehová es el Dios de *constancia absoluta*. Su amor es leal, es firme; y sus hijos pueden confiar en eso.

Pero Jehová es también el Dios de *independencia absoluta*. “Él hace según su voluntad en el ejército del cielo y en los habitantes de la tierra” (Daniel 4:35). Dios no puede ser forzado ni presionado por nuestra fidelidad y obediencia. Su misericordia es libre y actúa según su voluntad. La misericordia de Dios no necesita excusas. Aun cuando el amoroso SEÑOR determinara no liberarlos del horno de fuego que Nabucodonosor tenía preparado, aun así ellos tendrían que negarse a obedecer el mandato del rey. Su fidelidad a Dios no dependía del buen fin que tuvieran. El

objeto de su devoción era Dios, sin depender del trato que él decidiese darles.

¡Qué testimonio tan espléndido! Y ¡qué buen ejemplo de sumisión de un creyente a la voluntad del Padre celestial, entregando cuerpo y alma en sus manos seguras y protectoras!

¹⁹ Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, cambió el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado. ²⁰ Y ordenó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiente. ²¹ Así pues, estos hombres fueron atados con sus mantos, sus calzados, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente. ²² Y como la orden del rey era apremiante, y habían calentado mucho el horno, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. ²³ Estos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiente.

Nabucodonosor estaba furioso. Su rostro se contorsionó por la ira que sentía hacia los jóvenes, ¡y extranjeros además!, que no sólo osaban desafiarlo, sino que le hacían quedar en ridículo en plena celebración pública, frente a todos sus vasallos.

En su enojo, Nabucodonosor exageró su reacción. Por una parte ordenó que el horno, que ya estaba suficientemente caliente para la ejecución, fuera calentado siete veces más de lo que se acostumbraba. De acuerdo con una vieja tradición, el rey hacía que sus hombres echaran nafta y brea dentro del horno para intensificar el fuego. Entonces el rey neciamente ordenó a algunos de sus soldados más fornidos que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego de manos y pies y los echaran al horno con todo y vestiduras. La necia ira del rey se hizo más patente cuando las candentes lenguas de fuego, que salían del horno, alcanzaron y consumieron a sus siervos que estaban llevando a cabo la necia orden del rey.

Mientras tanto los tres fieles hijos de Dios, firmemente atados, cayeron en las llamas del horno. Se mencionan varios detalles de su vestidura, debido a que éstas se iban a sumar al milagro que Dios iba a obrar. Cada prenda de ropa de los hombres ayudaría a avivar las llamas. Se puede describir mejor el horno como hecho de piedra o ladrillo, con una abertura en la parte superior por la cual se arrojaba a las desafortunadas víctimas. Parece que también había una abertura lateral en forma de ventana casi al nivel del suelo, que servía tanto para proveer una corriente de aire para atizar el fuego, como para satisfacer la morbosa curiosidad del populacho que presenciaba el horrible espectáculo.

¿Qué consiguió Nabucodonosor con sus deseos de venganza? Consiguió dos cosas. Por una parte, perdió a varios de sus mejores soldados en las llamas que ahora saltaban del horno, y en segundo lugar, hizo más impresionante el milagro que hizo Dios al liberarlos. Con el calor adicional y con la fuerza de sus hombres más fuertes el orgulloso rey esperaba probar su jactancia de que nadie, ni siquiera Dios, podría librar a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Pero Nabucodonosor estaba equivocado, y ahora la nación entera lo iba a saber.

24 Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo:

—¿No echaron a tres hombres atados dentro del fuego?

Ellos respondieron al rey:

—Es verdad, oh rey.

25 Y él dijo:

—Sin embargo, yo veo cuatro hombres sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a un hijo de los dioses.

26 Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiente, y dijo:

—Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid.

Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego.

²⁷ Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey para mirar a estos hombres, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos y ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas, intactas, ni siquiera olor de fuego tenían.

Nabucodonosor se sentó a prudente distancia del horno y se preparó a disfrutar, aunque fuera un poco, de un día que había sido por demás amargo. Al menos ahora tendría la torva satisfacción de ver que los tres hebreos iban a pagar por su crimen con su propia vida.

Pero aun esa satisfacción le fue negada al rey, porque de pronto vio algo que lo hizo saltar de sorpresa. Los tres hombres, que se esperaba que para entonces estuvieran carbonizados e irreconocibles, ¡seguían con vida! ¡El fuego no había sido capaz de hacer lo que el rey esperaba que sucediera! Aunque les habían atado las manos y los pies, el rey los vio caminando dentro del horno. Para su mayor consternación, los tres hombres nada habían perdido en el fuego excepto sus ataduras. Eso era lo único que el fuego había sido capaz de consumir. Pero había otra cosa que le molestaba al rey Nabucodonosor. Había una cuarta persona en el horno, y el rey sabía que sólo a tres había sentenciado a muerte.

Sin habérsele dicho, supo que el aspecto de la cuarta persona era “semejante a un hijo de los dioses”. Todo lo que el rey quería decir con esa expresión lo vemos en su explicación: “Dios... envió su ángel y libró a sus siervos.” El Dios que Nabucodonosor había desafiado dominó sus diminutas fuerzas y libró a sus siervos que habían preferido la muerte antes que desagradarle.

Con las palabras “Sadrac, Mesac Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid”, el rey admitió su derrota. Nabucodonosor, que se había jactado de que su poder de destrucción era más grande que el poder del Todopoderoso para rescatar, ahora dijo que Dios es “el Dios Altísimo”. Y al decir “salid y venid” se vio obligado a

retractarse de la supuesta sentencia de muerte que originalmente había decretado al arrojar a los jóvenes al horno.

¿Y mientras tanto qué hacían los funcionarios del rey? Sólo minutos antes se habían unido al rey en su idolatría, ahora se encontraban en una situación completamente distinta. Esos hombres, funcionarios responsables del gobierno caldeo, ahora eran testigos oculares del gran milagro que el SEÑOR había ejecutado. Se agolparon alrededor de los tres hombres que habían estado en el horno para convencerse de que lo que habían visto era verdad. Aunque originalmente se habían congregado para adorar a los dioses paganos, ahora se veían obligados a reconocer el poder del Dios verdadero, que había librado a sus hijos que confiaron en él.

Ya era bastante sorprendente que los tres hombres todavía estuvieran con vida, pero el milagro de Dios fue aún más allá. Ninguno de los tres tenía quemaduras ni en las manos ni en los brazos ni en la cara ni en las piernas; ni siquiera un cabello de la cabeza estaba chamuscado; ni su ropa; y, tal vez lo más sorprendente de todo, ni siquiera olían a humo.

Para los funcionarios eso era un milagro sorprendente, del que hablarían por el resto de su vida; para el rey Nabucodonosor el milagro de Dios fue una experiencia humillante, ¡y en presencia de sus súbditos! Pero para Sadrac, Mesac y Abed-nego la experiencia fue una bendición de Dios demasiado maravillosa. Parecía que sólo minutos antes habían sido injustamente sentenciados a una espantosa muerte; habían sido echados sin esperanza dentro de un ardiente infierno de llamas. Atados de manos y pies, habían caído al fondo del horno, listos para que las llamas hicieran su trabajo. Su muerte en el fuego era cuestión de segundos, y luego su alma estaría con el Señor en los cielos.

Pero de pronto les aconteció algo similar a lo que siglos antes le había ocurrido al profeta Jonás después de que los marineros ya lo habían echado al mar y había sido tragado por un pez. Dentro del pez Jonás de pronto comprendió: “¡No me ahogué! ¡Estoy vivo! ¡Dios me ha rescatado!” Los hombres que estaban en el



El horno de fuego

horno también de pronto comprendieron que *no habían muerto*. Lo que es más, *ya no estaban atados*, se podían levantar y caminar sin restricciones dentro del horno y alrededor de las llamas. Y, lo más maravilloso de todo, se dieron cuenta de que *no estaban solos*. Dios había enviado a su mensajero celestial para que los protegiera. En su propio cuerpo habían experimentado la verdad afirmada en el salmo:

Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza,
al Altísimo por tu habitación,
no te sobrevendrá mal
ni plaga tocará tu morada,
pues a sus ángeles mandará acerca de ti,
que te guarden en todos tus caminos.

(Salmo 91:9-11)

Ahora Sadrac, Mesac y Abed-nego comprendieron por qué Dios había permitido que fueran arrojados en el horno, y no querían que fuera de otra forma. Esta experiencia los enriqueció espiritualmente.

²⁸ Y Nabucodonosor dijo: «Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, los cuales no cumplieron el edicto del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. ²⁹ Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que diga blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en estercolero; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste.»

³⁰ Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia.

El capítulo termina describiendo la reacción del rey Nabucodonosor ante el milagro que había presenciado. En primer lugar, bendijo al Dios que había liberado a Sadrac, Mesac y Abed-

nego. En Nabucodonosor tenemos un claro ejemplo de la ceguera del paganismo. Este rey orgulloso acababa de ser testigo de un sorprendente milagro de Dios. Y aun así, ante ese milagro no glorificó a Dios al llamarlo “el Dios de Sadrac, Mesac y Abadengo”. Pudo haberle dicho al pueblo que le escuchaba: “El Dios de Israel es el único Dios verdadero”. Pero su devoción a los dioses falsos lo impulsó a resistirse al Espíritu Santo de Dios que mediante el milagro le estaba dando un poderoso testimonio.

Es cierto que el rey se vio forzado a retractarse de su primer decreto. En su lugar decretó que cualquiera que hablase en contra del Dios hebreo moriría. Pero en realidad el rey sólo estaba diciendo: “¡No insulten a ese Dios! ¡No queremos que use su poder contra nosotros y contra nuestra nación!” Esto no es lo que la Biblia llama fe.

No se nos dice si el hecho de que Dios enviara a su ángel para frustrar el malvado decreto del rey llevase por lo menos a algunos babilonios a la fe en el verdadero Dios, sino que esta fue la forma que Dios utilizó para rescatar a sus hijos fieles. Y también trajo bendiciones para el resto de los judíos exiliados. Al menos por ahora no iba a ser forzado a violar su conciencia por tener que practicar un falso culto de adoración.

La segunda reacción de Nabucodonosor ante el sorprendente milagro fue promover a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Sus enemigos habían tratado de ponerle fin a su carrera, pero Dios cambió sus malvados propósitos, pues lejos de acarrearle desgracias por la devoción a su Dios, se llenaron de bendiciones. El mal que querían sus enemigos sobre estos jóvenes se tornó en bien al ser ascendidos en su trabajo en el gobierno para beneficio de sus compatriotas exiliados que desde ahora se iban ver libres del problema que sus tres jóvenes hermanos habían afrontado.

Se levantarán los reyes de la tierra,
y príncipes conspirarán
contra Jehová y contra su ungido...
El que mora en los cielos se reirá;

el Señor se burlará de ellos.

(Salmo 2:2,4)

¿Nos sorprende esto? El que sostiene en su mano los destinos no sólo de las naciones sino también de los individuos nos asegura a cada uno de nosotros: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [lo que comemos... bebemos... vestimos] os serán añadidas” (Mateo 6:33). En otras palabras Dios les dice a sus hijos: “Cristianos, pónganme a mí en primer lugar y yo les prometo que no les faltará nada de lo necesario para el cuerpo y alma.”

El capítulo 3 de Daniel tiene un significado especial para los cristianos que viven en lo que la Biblia llama “los últimos días”. Nuestro Señor nos dice que se nos puede pedir que enfrentemos lo que Sadrac, Mesac y Abed-nego enfrentaron. En un sermón que predicó en la primera Semana Santa, Jesús les dijo a sus discípulos que a medida que pasara el tiempo las cosas iban a empeorar en vez de mejorar. En ese sermón de Mateo 24, Cristo realmente nos dio un anticipo de algunas de las cosas desagradables que iban a ocurrir en el futuro a sus hijos. Habló de que habría confusión religiosa y de engaños que desviarán a muchos. Les advirtió que a medida que el mundo fuera avanzando hacia su fin, el amor de los seres humanos se iba a ver reemplazado por el egoísmo.

Una advertencia particular que hizo Jesús, advertencia que muchas personas consideran terrible, es ésta: “Entonces os entregarán a tribulación... y seréis odiados por todos por causa de mi nombre” (Mateo 24:9). Treinta años después esta advertencia resonó en las palabras del apóstol Pablo cuando escribió: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12).

Los cristianos que viven bajo un gobierno que les garantiza libertad de religión pueden sentir que el peligro de persecución es relativamente pequeño, pero los cristianos que viven en países amenazados por gobiernos militares que se oponen al cristianismo se van a ver en situaciones muy precarias. Las presiones se

incrementarán sobre ellos para que renuncien a su fe o de lo contrario sufrirán las consecuencias. En los países dominados por las religiones orientales, es muy frecuente que los que abrazan el cristianismo sean condenados al ostracismo por los familiares y los amigos.

Cuando se está escribiendo el último capítulo de la historia del mundo, ¡qué consoladora verdad les trae a los hijos de Dios la narración del horno de fuego! Esa narración nos asegura que ningún poder terrenal, por hostil que sea, puede hacer peligrar la seguridad del pueblo de Dios. El Salvador les ha dicho a sus discípulos: “No temáis a los que matan el cuerpo, pero el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). Cada vez que se nos pida confesar al Dios verdadero, como se les pidió a Sadrac, Mesac y Abed-nego, podemos tener la confianza de que estamos bajo la constante protección del Todopoderoso que nos ha prometido:

No temas, porque yo te redimí;
te puse nombre, mío eres tú.
Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo...
Cuando pases por el fuego,
no te quemarás ni la llama arderá en ti.
Porque yo, Jehová, Dios tuyo,
el Santo de Israel, soy tu Salvador.
(Isaías 43:1-3)

LA VANAGLORIA DEL REY Y SU LOCURA

DANIEL 4

El mensaje central del libro de Daniel es la superioridad del Dios de Israel sobre todos los ídolos de las naciones paganas. El capítulo 4 hace énfasis en esta verdad. El Dios de Israel es el soberano del universo entero, todas las naciones y todos los reyes paganos están sujetos a su voluntad. Pero lo que es diferente en este capítulo es que aquí el testimonio al verdadero Dios procede de la boca de un rey pagano. También hay que recordar que este capítulo está en la sección del libro de Daniel que fue escrita en arameo, el idioma del Imperio Babilónico. Este capítulo contiene un mensaje que el pueblo pagano necesitaba oír y Dios lo dio a conocer en el idioma del pueblo. Es, en verdad, un mensaje para todos los pueblos del mundo de todas las épocas.

4 «Nabucodonosor, rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada.

²»Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ³ ¡Cuán grandes son sus señales y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno; su señorío, de generación en generación.

Estas palabras presentan el mensaje del capítulo como un edicto real anunciado por el gran rey Nabucodonosor. El autor real dirige su edicto “a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra”. A pesar de que Nabucodonosor sabía que existían regiones del mundo sobre las que no tenía ninguna autoridad, como soberano principal de sus días afirmó que era el gobernador del mundo. Y ahora tenía un importante mensaje que darles a todos los súbditos de su vasto reino.

El rey más fuerte del mundo había tenido una experiencia traumática. Se había exaltado a él mismo; orgullosamente se había

adjudicado la gloria que sólo a Dios le correspondía, y Dios lo había humillado apropiada y públicamente. El edicto real les informaba a los ciudadanos de Babilonia los detalles de lo que había ocurrido en los meses precedentes y terminaba con un himno de alabanza al Dios Altísimo: “¡Cuán grandes son sus señales y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno; su señorío, de generación en generación.”

Muchos eruditos bíblicos se niegan a aceptar esta parte del libro de Daniel como legítima. Un comentarista inclusive opina que: “Como edicto, el documento es históricamente absurdo” (Montgomery, James A., *Comentario crítico internacional sobre el libro de Daniel*, p. 222). Según esta crítica, el lenguaje de la proclama demuestra que las palabras no son de un caldeo sino de un autor judío. Es cierto que el anuncio real muestra familiaridad con la ideología bíblica, pero, ¿no se podría deber a las instrucciones y a la influencia de Daniel, el hijo de Dios y el estadista más importante del imperio, bajo cuya guía Nabucodonosor narró su historia? Se ha sugerido que Daniel pudo haber sido el escriba real que más tarde registró las palabras del rey después de su humillante experiencia. De cualquier forma, el Espíritu de Dios se aseguró de que Daniel incluyera la historia del rey en el libro de Daniel.

¡Y qué historia tiene el rey para contar!

⁴»Yo, Nabucodonosor, estaba tranquilo en mi casa, floreciente en mi palacio. ⁵Tuve un sueño que me espantó; tendido en la cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron. ⁶Por esto mandé que vinieran ante mí todos los sabios de Babilonia para que me dieran la interpretación del sueño. ⁷Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les conté el sueño, pero no me pudieron dar su interpretación,

El escritor nos lleva al palacio de la antigua Babilonia donde nos presenta una tranquila y cotidiana escena. Los años de lucha

del rey Nabucodonosor ya habían terminado, y ahora estaba disfrutando de años de paz. Había aniquilado a sus enemigos, había consolidado su poder, y dice que ahora está viviendo tranquilo y sin preocupaciones; por lo tanto, lo que le aconteció fue algo totalmente inesperado. Nabucodonosor ni siquiera se imaginaba la humillante experiencia que le esperaba.

“Tuve un sueño que me espantó.” Por la explicación que nos da Daniel sabemos que Dios le envió a Nabucodonosor un sueño que lo aterró y le quitó el sueño. El hombre ante quien temblaban los reyes, el rey cuyo mandato había destruido los muros de Jerusalén, había quemado su Templo y había cegado a su rey, ahora temblaba de miedo. Aunque Nabucodonosor no sabía cuál era el significado exacto del sueño, presentía que eran noticias desagradables.

Se recordará que años atrás en la vida de Nabucodonosor Dios le había dado un sueño donde aparecía una gran estatua. Mediante ese sueño Dios predijo el levantamiento y caída de las naciones, incluyendo a Babilonia. Nabucodonosor mismo había sido simbolizado en ese sueño como la cabeza de oro de la estatua. La interpretación que Daniel le dio de la visión le señaló al monarca que su reino iba a caer y que sería reemplazado por otro. Tristemente, con el paso de los años Nabucodonosor olvidó la advertencia de Dios, pero el Todopoderoso se lo recordó de nuevo en su intento de hacer volver al rey de sus orgullosos e impíos caminos.

El rey llamó a los consejeros reales para que escucharan los detalles de su extraño sueño y le dijeran lo que significaba. Estos sabios, “magos, astrólogos, caldeos y adivinos” eran especialistas capacitados en las artes secretas. Eran los hombres que estaban en la corte del rey para darle consejo en todo asunto referente al bienestar de la nación.

Por segunda vez Daniel dice que el rey Nabucodonosor convocó a todos sus sabios a reunión extraordinaria. Muchos de ellos, sin duda, todavía recordaban la primera vez que fueron llamados a una reunión extraordinaria, quizás hacía unos veinte

años, cuando los sabios de la corte fueron amenazados de muerte si no le daban al rey la información que deseaba. En esa ocasión (vea el capítulo 2) los sabios le habían suplicado diciendo: “Cuenta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación”. Sin embargo, en esta ocasión fue diferente, el rey les dio todos los pormenores, pero aun así fueron incapaces de descifrar lo que significaba el sueño.

Por alguna razón Daniel fue el último de los consejeros en ser llamado ante la presencia del rey. No sabemos por qué fue así. ¿Estaría muy ocupado reuniendo a los consejeros del rey desde todos los ámbitos del imperio? ¿O es que el rey Nabucodonosor tenía mala memoria? ¿Acaso ya se había olvidado que sus magos y sus sabios no le pudieron dar la interpretación del primer sueño que tuvo, y que fue Daniel el único que le pudo dar los detalles y la interpretación de ese sueño? ¿O es que Nabucodonosor buscó deliberadamente la solución primero en sus sabios caldeos, esperando encontrar la respuesta en esta ocasión sin la ayuda del Dios de Israel? Algunos han sostenido que Daniel esperó a propósito hasta que los mejores sabios de Babilonia tuvieran la oportunidad de interpretar el sueño y se vieran finalmente forzados a admitir su incapacidad. En tal caso Daniel quiso tener una oportunidad más para demostrar públicamente la superioridad del Dios de Israel.

Pero bien pudo haber otra razón por la cual Daniel no fue llamado primero. Es difícil creer que el rey, que temblaba de espanto por el sueño que había tenido, olvidara que él mismo había puesto a Daniel como jefe de todos los sabios de Babilonia. Nabucodonosor bien pudo haberse acordado de que el Dios de Daniel había profetizado su caída y la de su imperio. Por su sueño, quizás, comprendió que el Dios hebreo estaba por humillarlo una vez más; por lo tanto, no quería tener nada que ver con él. Fue sólo cuando sus dioses y sus sabios le fallaron por completo que el orgulloso monarca se resignó a llamar a Daniel para pedirle su ayuda.

8 hasta que entró ante mí Daniel, cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño, diciendo:

9 “Beltsasar, jefe de los magos, ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación. ¹⁰ Éstas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama:

»”Me parecía ver en medio de la tierra un árbol cuya altura era grande.

¹¹ Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra.

¹² Su follaje era hermoso, su fruto abundante

y había en él alimento para todos.

Debajo de él, a su sombra, se ponían las bestias del campo, en sus ramas anidaban las aves del cielo y se mantenía de él todo ser viviente.

Finalmente apareció Daniel. El rey se dirigió a él por su nombre caldeo Beltsasar, con el cual era conocido por los súbditos babilonios, a quienes iba dirigido este edicto. El rey se refiere a Daniel como uno en quien mora el “espíritu de los dioses santos”. El rey seguía pensando y hablando como el politeísta pagano que era.

Nabucodonosor le contó a Daniel los detalles de su espantoso sueño. En el sueño el rey había visto un árbol muy alto. Sabemos por la interpretación de Daniel que el árbol personificaba al rey mismo, un hombre cuyo poder y prestigio no tenían rival en su tiempo. El árbol continuó creciendo hasta que su copa llegó al cielo; y era visible desde todos los confines de la tierra. La influencia del gobierno del rey Nabucodonosor se dejaba sentir

sobre todo el mundo conocido de esa época. Así como las aves y las bestias encontraban comida y refugio en el árbol del sueño del rey, así también mucha gente se había beneficiado en su gobierno. Dios había tenido un propósito al establecer el Imperio de Babilonia, así como también hoy en día lo tiene para cualquier gobierno que establece. El Señor de las naciones, al permitir que los gobernantes lleguen a ser poderosos, lo hace con el propósito de beneficiar al pueblo y específicamente para dar camino al evangelio. En el plan de Dios los reyes no gobiernan para su beneficio personal; los gobiernos existen para ayudarle al pueblo y para darle las condiciones que le permitan vivir en paz (Romanos 13:4; 1 Timoteo 2:2).

13 »»Vi en las visiones de mi cabeza, mientras estaba en mi cama, que un vigilante y santo descendía del cielo.

14 Clamaba fuertemente y decía así:

**»»«Derribad el árbol y cortad sus ramas,
quitadle el follaje y dispersad su fruto;
váyanse las bestias que están debajo de él,
y las aves de sus ramas.**

**15 Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra,
con atadura de hierro y de bronce
entre la hierba del campo;
que lo empape el rocío del cielo,
y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra.**

**16 Su corazón de hombre sea cambiado
y le sea dado corazón de bestia,
y pasen sobre él siete tiempos.**

**17 La sentencia es por decreto de los vigilantes
y por dicho de los santos la resolución,
para que conozcan los vivientes
que el Altísimo gobierna el reino de los hombres,
que a quien él quiere lo da
y sobre él constituye al más humilde de los hombres.?**

18 »»Yo, el rey Nabucodonosor, he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, darás su interpretación, porque ninguno entre los sabios de mi reino lo ha podido interpretar; pero tú puedes, porque habita en ti el espíritu de los dioses santos.»»

En su sueño, el rey Nabucodonosor vio un mensajero, un ángel que descendía del cielo. El nombre que aquí se le da al ángel es un nombre fuera de lo común; se le describe como el que está “alerta” o “vigilante,” preparado para hacer la voluntad de Dios. Las Escrituras mencionan muchas veces lo ansiosos que están los ángeles por servir al Señor y a su pueblo. La Biblia ofrece muchos ejemplos de que los ángeles les dan protección física a los hijos de Dios y que están interesados también en su bienestar espiritual. Por ejemplo, fueron los ángeles de Dios los que predicaron el primer sermón de la Navidad, así como también el sermón de la Resurrección.

La Biblia no detalla la forma en que Dios utiliza a sus ángeles cuando gobierna a los que no son sus hijos. El sueño de Nabucodonosor nos muestra que Dios también tiene a sus ángeles para controlar los reinos terrenales. El magnífico árbol que el rey vio en su sueño estaba a punto de ser cortado. En otras palabras, iba a venir su estrepitosa caída y el ángel iba a servir como el ejecutor del juicio divino. Cuando el ángel le sirve al Señor de esa manera, actúa como “vigilante”, y él observa todo con cuidado, también los errores persistentes del gran rey. Eso requería el juicio de Dios.

El ángel anunció el juicio de Dios: “Derribad el árbol... Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra”. El juicio había llegado para el terco y orgulloso rey. Hasta aquí no se había indicado con claridad lo que significaba el árbol. Pero ahora el ángel, sin dejar duda alguna, aclaró que aquel frondoso árbol simbolizaba una persona: “Que lo empape el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra.” Aquí comenzamos a entender por qué el rey había temblado de temor cuando tuvo ese sueño: de esa manera Dios le estaba anunciando su terrible juicio. El

orgullosa rey iba a ser humillado una vez más por el Señor. Su capacidad de razonar le iba a ser quitada. “Su corazón de hombre sea cambiado y le sea dado corazón de bestia.” Por un período determinado de tiempo el hombre sobre el que va a caer este juicio vivirá como vive una bestia en el campo.

En el sueño también había una explicación de por qué Dios pronunciaba tan terrible juicio sobre el rey: “... para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres”. Los seres humanos han sido designados por su Creador para vivir *bajo él* como sus criaturas, no *a su lado* como sus iguales o como sus rivales. Dios nunca designó a los seres humanos para ser criaturas independientes, que existan para ellas mismas. Cuando cualquier ser humano se niega a vivir para la gloria de Dios, se rebela contra la voluntad de Dios mismo, haciéndose merecedor de su juicio y de su castigo.

En el caso de que el rey se negara a tomar en serio el mensaje, diciendo: “Tan sólo fue una pesadilla”, el ángel añadió las solemnes palabras: “La sentencia es por decreto de los vigilantes y por dicho de los santos la resolución”. Asegurándole al rey que su sueño no era ninguna pesadilla insignificante ni algo que se pudiera tomar a la ligera, Dios estaba revelando el juicio que iba a caer sobre el rey.

“Yo, el rey Nabucodonosor, he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, darás su interpretación.” Nuevamente los funcionarios que eran intérpretes le habían fallado al rey, y el monarca se tuvo que dirigir al hombre que Dios había puesto en la corte de Babilonia para ocasiones como esa. Desafortunadamente el supersticioso rey sólo reconoció que Daniel tenía una sabiduría sobrenatural. El rey no tenía interés en el Dios que le había dado a Daniel esa sabiduría.

¹⁹ Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban. El rey habló y dijo:

—Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su interpretación.

Beltsasar respondió y dijo:

—Señor mío, el sueño sea para tus enemigos y su interpretación para los que mal te quieren. ²⁰ El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, cuya copa llegaba hasta el cielo, que se veía desde todos los confines de la tierra, ²¹ cuyo follaje era hermoso y su fruto abundante, en el que había alimento para todos, debajo del cual vivían las bestias del campo y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo, ²² tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra. ²³ En cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: “Cortad el árbol y destruidlo; más la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce en la hierba del campo; que lo empape el rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte hasta que pasen sobre él siete tiempos”,

Con la sabiduría que Dios le había dado, Daniel comprendió de inmediato que el rey era el personaje central del sueño. Aquí hay una ironía sutil en la repetición del nombre babilónico de Daniel: “cuyo nombre era Beltsasar”. Recuerde que Nabucodonosor fue el que le dio a Daniel ese nombre (“que Bel te proteja”) con el fin de mostrar el poder superior de Bel, el dios caldeo más importante. Y ahora este joven siervo, con el poder que el Dios verdadero le había dado, interpretaba el sueño que los representantes de los dioses de Babilonia habían sido incapaces de entender.

La reacción de Daniel, cuando hubo escuchado el sueño del rey, nos da una idea del gran corazón de este hombre de Dios. Por una parte, sabía que Nabucodonosor merecía el juicio divino que se le anunciaba mediante el sueño; pero aun así, Daniel estaba apesadumbrado por lo que iba a decir. Permaneció en silencio por unos minutos pues no era muy agradable darle las malas noticias a su monarca.

El rey animó a Daniel para que hablara, y él lo hizo, aunque con desgana. “Señor mío, el sueño sea para tus enemigos.” Entonces procedió a repetirle el sueño casi en las mismas palabras que el rey había usado. Le dio el significado en la forma más clara y breve posible: “El árbol... tú mismo eres, oh rey”. El árbol en el sueño representaba al rey con toda su grandeza, que por entonces estaba en su pleno apogeo. Su imperio abarcaba desde su capital, cerca de la cabeza del golfo Pérsico hasta Asia Menor al oeste (lo que hoy en día conocemos como Turquía); al norte incluía Armenia y Siria. En un tiempo Nabucodonosor también controló Egipto.

El rey había pedido que le dijera las malas noticias del sueño; ahora Daniel se las dio con detalle. “En cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: ‘Cortad el árbol y destruidlo’”. Aunque Nabucodonosor era el rey más poderoso de su tiempo, Dios lo iba a sacar del trono. En el lenguaje del sueño, el enorme árbol, cuya copa tocaba el cielo y era visible desde todos los confines de la tierra, del que se alimentaban también las aves y los animales del campo, iba a caer estrepitosamente a tierra bajo el juicio de Dios.

Sin embargo, la cepa de las raíces del árbol no iba a ser destruida sino que iba a permanecer en el campo con atadura de bronce y de hierro. Daniel no dio ninguna explicación acerca de lo que significaban las ataduras, y varían las opiniones sobre esta parte del sueño.

Algunos han pensado que el rey, después de ser destronado, perdió la razón, y que realmente fue necesario atarlo con cadenas para que no se autodestruyera ni dañara a otros. Esa explicación parece poco probable, ya que al hablar con el rey Belsasar algunos años más tarde, Daniel recordó que “con los asnos monteses fue su habitación (de Nabucodonosor)” (Véase Daniel 5:21). Esos animales no estaban encadenados, sino que corrían libres por el monte. Otros estudiosos piensan que las cadenas de hierro y bronce se refieren al cuidado especial que los cortesanos del rey le iban a dar a su amo mientras estuviera temporalmente incapacitado.

²⁴ ésta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor, el rey: ²⁵ Que te echarán de entre los hombres y con las bestias del campo será tu habitación, con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere. ²⁶ Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, después que reconozcas que es el cielo el que gobierna. ²⁷ Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: redime tus pecados con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad.

El rey escuchó los terribles detalles del veredicto. Y para que no pensara que era tan sólo una interpretación muy personal, Daniel le enfatizó que todo era un decreto de Dios. El rey se debía dar cuenta de que el mensaje no tan sólo era desagradable, sino indiscutible.

Dios, que no comparte su gloria con nadie, iba a aislar al orgulloso rey de la compañía humana y lo iba a forzar a vivir como un animal salvaje. Se apacentará y se comportará como los animales. “Con el rocío del cielo serás bañado.” El rey más poderoso de la tierra iba a ser humillado hasta la condición de los animales monteses, al grado de que ni siquiera buscará albergue durante la noche.

El único rayo de esperanza para el rey en esta sombría profecía era que el juicio de Dios iba a ser temporal. El tronco del árbol conservará la raíz, aunque el resto será cortado, lo cual le daba al rey la esperanza de que Dios, a su debido tiempo, le pudiera permitir al rey que ocupara de nuevo el trono. “Tu reino te quedará firme, después que reconozcas que es el cielo el que gobierna.”

“Y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres.” Algunos han

entendido que la expresión “siete tiempos” significa que la extraña locura del rey iba a durar siete años. Sin embargo, sabemos que en el libro de Daniel con mucha frecuencia se usan los números en forma simbólica. Algunos han preguntado: “Ya que algunas veces el siete es el número de Dios, ¿describe el siete, tal vez en esta ocasión, el juicio sobre Nabucodonosor como un acto *de Dios*?” ¿O se está enfatizando simplemente que Dios había determinado un período de tiempo no señalado, pero preciso, para que el rey viviera como bestia del campo?

Una cosa es clara: la enfermedad que atacó al rey por juicio divino iba a continuar hasta que reconociera que era después de todo una criatura, y hasta que aprendiera a darle a Dios toda la gloria. “Tu reino te quedará firme, después que reconozcas que es el cielo el que gobierna.” Esta es la única ocasión en todo el Antiguo Testamento en que se usa la palabra “cielo” para referirse a Dios. Aquí se usa para convencer a Nabucodonosor de que el verdadero poder que está detrás de los reyes y de los reinos terrenales está muy por encima de este mundo y va más allá de él.

Como un siervo obediente, leal a su rey, Daniel había cumplido con el mandato real; había interpretado el sueño. Daniel, interesado en el bienestar del rey, hizo algo que no se le había pedido hacer. Lanzó una petición personal.

Su mensaje fue respetuoso, pero franco y abrupto: “Oh rey, acepta mi consejo: redime tus pecados con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias con los oprimidos”. El rey Nabucodonosor debió haber sido culpable de oprimir a los pobres y desamparados. Daniel le pidió que terminara con esa situación. Dios siempre ha querido que los gobiernos, incluidos los poderes mundiales, practiquen la justicia imparcialmente y que tengan compasión de los necesitados. En pocas palabras, el Todopoderoso había buscado evidencias en la vida del orgulloso rey de que ahora se estaba conduciendo humildemente delante el Señor de las naciones. Pero con su conducta arrogante y despótica, Nabucodonosor estaba precipitando la caída del Imperio Babilónico. Si el rey abandonaba la conducta que era tan ofensiva

para Dios, la prosperidad del imperio se prolongaría y el terrible juicio se pospondría.

Esa fue una medicina muy amarga para el rey, pero necesaria y saludable. Ahora podemos apreciar por qué Dios había puesto a Daniel en la corte del rey de Babilonia.

²⁸ Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor: ²⁹ Al cabo de doce meses, paseando por el palacio real de Babilonia,

³⁰ habló el rey y dijo: «¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?»

³¹ Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: «A ti se te dice, rey Nabucodonosor: “El reino te ha sido quitado; ³² de entre los hombres te arrojarán, con las bestias del campo será tu habitación y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.”»

³³ En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor: Fue echado de entre los hombres, comía hierba como los bueyes y su cuerpo se empapaba del rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila y sus uñas como las de las aves.

Pasaron doce meses y el orgulloso rey olvidó la advertencia que Dios le había dado, primero, mediante un mensajero celestial en su sueño, y después a través de Daniel personalmente. Ocurrió que el rey se paseaba por la terraza del palacio real, desde la cual podía observar la ciudad entera. Tal vez les mostraba a unos visitantes algunos puntos de interés de la ciudad capital del imperio (Hay que recordar que el mismo rey es quien está contando la historia). “Habló el rey y dijo: ‘¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?’”

En apariencia cualquiera podría pensar que Nabucodonosor tenía algo de qué jactarse. Babilonia era la ciudad más grande y más hermosa del mundo antiguo, tal como lo afirman los antiguos historiadores que son apoyados por las investigaciones arqueológicas. La ciudad capital de Nabucodonosor era un excelente ejemplo de planificación de las ciudades antiguas. La ciudad estaba dividida en una serie de rectángulos con amplias avenidas que llevaban los nombres de los dioses babilonios. Cerca del palacio real florecían los famosos Jardines Colgantes, que eran considerados como una de las siete maravillas del mundo antiguo. Un sistema de canales regulaba las aguas de los ríos Tigris y Éufrates para su uso en la irrigación. Cientos de templos, santuarios y altares de impresionantes proporciones dedicados a los dioses caldeos se podían ver a través de toda la ciudad. Los arqueólogos han descubierto los restos de dos altos muros que rodeaban la ciudad, cada uno con más de seis metros de espesor. ¿Se justifican entonces las palabras de Nabucodonosor sobre “la gran Babilonia”?

No se justifican por varias razones. Primero, se vanagloriaba de haber hecho de Babilonia lo que era. No se puede negar que Nabucodonosor era el gobernante más capacitado y más ambicioso de su tiempo. Todo lo que hay escrito sobre él en los antiguos archivos de la historia de Babilonia hablan de sus notables logros militares. Aun antes de subir al trono, Nabucodonosor había guiado a los ejércitos de Babilonia y había obtenido impresionantes victorias. Subyugó a Egipto, así como también a lo que una vez fue la gran nación de Israel. Si Nabucodonosor era famoso como militar, era aún más famoso como arquitecto.

Pero en su jactancia Nabucodonosor falló miserablemente al no reconocer que sus habilidades eran dones de Dios, que se debían recibir con gratitud y que se debían usar con responsabilidad en obediencia humilde a Dios. Por desgracia el monarca olvidó la verdad que el apóstol Pablo expresó de manera tan elocuentemente siglos después: “¿Qué tienes que no hayas

recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” (1 Corintios 4:7). Nabucodonosor no habría tenido ninguna destreza en asuntos militares ni como arquitecto si Dios no lo hubiera bendecido con esos dones. Nabucodonosor, cuando quiso ignorar de dónde provenían sus habilidades, usurpó la gloria del Creador y Dador de todas las cosas.

“¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué... *para gloria de mi majestad?*” había preguntado Nabucodonosor. Esas palabras indican la segunda razón por la que el Señor humilló al orgulloso rey; estaba tergiversando los designios que Dios tiene para la vida. La vida, ya sea la de un reino o la de una persona, tiene solo una meta, y es la de glorificar a Dios. La adopción como lema de vida: “¡gloria al hombre en las alturas!” es contaminar y prostituir la vida y los designios que Dios tiene para ella. Ya sea que Nabucodonosor se diera cuenta o no, estaba frustrando los buenos designios que Dios tenía para él.

Se ha dicho: “¡Los molinos de Dios muelen lentamente, pero muelen excelentemente bien!” Sin embargo, hay ocasiones en que los molinos del juicio divino muelen rápidamente; aquí tenemos una de esas ocasiones. Las jactanciosas palabras del rey aún estaban en sus labios cuando una voz del cielo anunció su juicio. El rey, que se había exaltado a él mismo hasta el grado de adjudicarse la gloria que sólo a Dios le pertenece, iba a ser humillado hasta por debajo de la dignidad humana. Quedará reducido al nivel de los animales.

La voz del cielo aún tenía otras malas noticias que comunicar: El juicio iba a perdurar por siete períodos de tiempo, hasta que Nabucodonosor estuviera listo para reconocer que el Altísimo es el soberano sobre todos los reinos terrenales. Nabucodonosor no quería admitir que los gobiernos se levantan y caen no por accidente sino por decreto de Dios. A esa actitud Dios replicó: “Muy bien, si no es por las buenas, va a ser por las malas, así que serás obligado a admitirlo aun *contra* tu voluntad. Pero sabrás que Dios es el Señor del universo”.

Cuando una persona se niega a reconocer la misericordia que Dios le ha mostrado, se niega a honrar a Dios como él merece, desconoce lo que Dios pide de ella, y se ha rebajado al nivel de un animal. Dios, por lo tanto, dejó que Nabucodonosor viviera como un animal. Una rara forma de locura (técnicamente conocida como boantropía, que viene de bo: bovino, y antropía: hombre, es decir, como un hombre bovino) atacó al rey. Estando bajo el juicio de Dios, Nabucodonosor perdió su identidad humana, realmente creyó que era un animal y actuó como tal. Comió pasto, imitando al animal que afirmaba que era. “Su cuerpo se empapaba del rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila y sus uñas como las de las aves.” El orgulloso rey pudo comprobar lo que el salmista dijo tan sabiamente:

Ahora, pues, reyes, sed prudentes;
admitid amonestación, jueces de la tierra.
Servid a Jehová con temor
y alegraos con temblor.

(Salmo 2:10,11)

Como es de esperar, se han suscitado objeciones contra este relato de la locura del rey Nabucodonosor, principalmente porque la enfermedad no está registrada en ningún documento babilónico de que tengamos noticia. En respuesta se ha señalado que estas son cosas que ningún historiador real reportaría de su rey. Las debilidades de los grandes hombres usualmente no se inscriben en su epitafio. Lo más cerca que un historiador babilonio ha mencionado en cuanto a la locura de Nabucodonosor es un comentario hecho por Beroso algunos siglos después: “Habiendo caído en debilidad, (Nabucodonosor) muere” (Wilson, *Estudios del libro de Daniel*, p. 291).

Otros arguyen que con toda seguridad habrían surgido disturbios sociales en Babilonia si el imperio hubiera estado sin gobernante durante siete años. Se debe notar, empero, que el texto que tenemos ante nosotros no dice que la enfermedad de

Nabucodonosor duró siete años. Y seguramente podemos asumir que, mientras el rey estaba cumpliendo su sentencia en el pastizal, sus consejeros reales tomaron temporalmente las riendas del gobierno. Tampoco se debe olvidar que Daniel, el principal consejero del rey, sabía cuánto tiempo iba a durar la locura del rey. Así, Daniel pudo haber compartido esa información con otros miembros del gabinete real, de modo que se pudieran hacer los arreglos temporales necesarios para que el gobierno marchara adecuadamente.

³⁴ «Al fin del tiempo, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo y mi razón me fue devuelta; bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre:

**»«Su dominio es sempiterno;
su reino, por todas las edades.**

**³⁵ Considerados como nada
son los habitantes todos de la tierra;
él hace según su voluntad
en el ejército del cielo
y en los habitantes de la tierra;
no hay quien detenga su mano
y le diga: ‘¿Qué haces?’”**

³⁶ »En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida.

³⁷ »Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.»

Cuando terminó el tiempo que había sido establecido por Dios, Nabucodonosor volvió a razonar normalmente. Dios, en su misericordia, le dio al rey en su humillante estado el entendimiento suficiente como para levantar los ojos al cielo y hacer una oración

de reconocimiento al Altísimo. Cuando lo hizo, se le permitió regresar a la normalidad.

Lo primero que hizo Nabucodonosor, después de recobrar la cordura, fue reconocer la grandeza del Dios de Israel. En contraste con los gobernadores terrenales, que van y vienen, la soberanía de Dios es eterna. Comparadas con Dios, las naciones de la tierra, incluyendo Babilonia, nada son. Nadie puede detener la mano del Todopoderoso. Ni aun el rey más poderoso de la tierra puede interferir con los planes del Creador.

Después de que el rey recobró la salud, sus consejeros reales acudieron a él para consultarle y para pedirle consejos. Nabucodonosor fue restablecido en su trono y llegó a ser aún más poderoso que antes.

Se ha planteado la pregunta: “¿La oración de Nabucodonosor es una prueba de que este rey pagano finalmente creyó en el verdadero Dios? ¿Acaso su humillante experiencia hizo de él un creyente?” Aunque hay varias respuestas para estas preguntas, las palabras que dijo el rey en esta oración no indican que haya confiado en la misericordia de Dios, lo cual es la esencia misma de la fe salvadora. Reconocer la soberanía y declarar la justicia de Dios no es lo mismo que confiar en su misericordia para el perdón de los pecados.

El capítulo 4 de Daniel es otra poderosa demostración de cómo el Señor alcanza con su mensaje a los paganos. Los antiguos babilonios escucharon de los mismos labios de su rey lo que Dios le había dicho. Si estas palabras los llevaron a la fe o no, no viene al caso. En el primer capítulo de la epístola a los Romanos, San Pablo habla acerca de los paganos que “detienen... la verdad”. Escribe: “Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa” (Romanos 1:20). Si los antiguos paganos, o, para el caso, los paganos de nuestros días, rechazan el mensaje de Dios y continúan en sus caminos autodestructivos, nadie puede culpar a Dios por ello.

EL BANQUETE DEL REY BELSASAR Y SU CONDENACIÓN

DANIEL 5

5 El rey Belsasar, hizo un gran banquete a mil de sus príncipes, y en presencia de los mil bebía vino. ² Belsasar, con el gusto del vino, mandó que trajeran los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor, su padre, había traído del templo de Jerusalén, para que bebieran de ellos el rey y sus grandes, sus mujeres y sus concubinas. ³ Entonces trajeron los vasos de oro que habían traído del templo de la casa de Dios, que estaba en Jerusalén, y bebieron de ellos el rey y sus príncipes, sus mujeres y sus concubinas. ⁴ Bebieron vino y alabaron a los dioses de oro y plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra.

Este capítulo nos lleva a unos treinta años después del incidente que se registró en el capítulo anterior; nos presenta a un nuevo rey babilonio, Belsasar. Y como las únicas referencias que se tenían de Belsasar eran las del libro de Daniel y las de los libros Apócrifos, a través de los años muchos estudiosos bíblicos habían negado la existencia de este rey. Sin embargo, hace aproximadamente un siglo se descubrió en las ruinas de la antigua Babilonia una piedra cilíndrica con el nombre grabado de Belsasar. En nuestros días contamos con una variada evidencia que identifica a Belsasar como el hijo y corregente del rey Nabónido de Babilonia.

Varias veces en este capítulo se dice que Belsasar es el “hijo de Nabucodonosor”. Hay que tener presente que la Biblia utiliza con frecuencia el título “hijo” en el sentido de “sucesor” o “descendiente”. Por ejemplo, Génesis 28:13 se refiere al abuelo de Jacob, Abraham, como su “padre.” Es posible que por su madre Nitocris, Belsasar fuera el nieto de Nabucodonosor.

Los nombres babilonios, así como los nombres hebreos, con frecuencia contienen el nombre de la deidad. Bel, también conocido como Marduc, era el dios principal de Babilonia. El nombre Belsasar probablemente significa “que Bel proteja al rey”.

Nabónido, el padre de Belsasar, estaba más interesado en excavar y reconstruir los antiguos templos que en ser rey. Y así, en el año 533 a.C., instaló a su hijo mayor, Belsasar, como corregente, mientras que él se fue a vivir a Arabia. Esa corregencia duró hasta 539 a.C., año en que cayó Babilonia ante el ataque de los ejércitos medo persa del rey Ciro. Fue en este mismo año que ocurrió el gran banquete que dio Belsasar y que ocupa el relato principal de este capítulo.

Los antiguos historiadores nos dicen que las fiestas reales eran con frecuencia colosales, muy a la par con la magnificencia y la pompa de los reyes orientales. En los primeros cuatro versículos se hacen cinco referencias a la ingestión de bebidas en el banquete que ofreció Belsasar. La primera impresión que tenemos es que el consumo de vino tenía un lugar muy importante en las celebraciones en las que participaban más de mil invitados. Según un escritor, “en esas fiestas el vino era el elemento predominante” (Young, *La profecía de Daniel*, p. 119). El consumo de bebidas embriagantes se menciona como el factor que desencadenó la maldad que se produjo a continuación.

Daniel nos dice que Belsasar bebió vino “en presencia de los mil”. Era una costumbre común en las fiestas de las cortes del antiguo Oriente, que el rey se sentara a una mesa separada sobre una plataforma elevada. Desde ahí no sólo podía observar a los invitados, sino que también les podía dar indicaciones a sus servidores. Aunque la ciudad de Babilonia había sido invadida unas semanas antes, y aunque los ejércitos medo persas estaban en ese mismo momento al pie de las murallas de Babilonia, listos para atacar, los nobles y sus damas, y aun las mujeres del harem real, veían a su rey bebiendo vino y festejando. A pesar de que el imperio y su ciudad capital estaban en gran peligro, el rey adoptó

una actitud despreocupada en el banquete. Un siglo después de esto, los historiadores griegos escribirían en los registros acerca de la celebración real y sobre la borrachera que tuvieron lugar en Babilonia la noche en que cayó la ciudad.

Sin embargo, el banquete de Belsasar era más que un acontecimiento social, tenía un toque religioso. Los invitados a la ceremonia alabaron a los dioses de plata y oro, de bronce y hierro, de madera y piedra. Una vez Martín Lutero dijo: “El corazón humano es una fábrica de ídolos”, y eso se puede ver claramente en la antigua Babilonia; adoraban a tantos dioses que sería imposible enumerarlos a todos. A Bel-Marduc, el padre de los dioses, se le consideraba como el creador del mundo. Istar era la gran diosa madre. Además de estos dos dioses principales, los babilonios adoraban al dios sol y a la diosa luna. Una deidad importante era el dios de la fertilidad, que hacía posible la agricultura. En verdad, la lista de los dioses babilonios contiene miles de nombres. La parte central del banquete de Belsasar consistía en rendirles culto a los dioses que supuestamente habían hecho de Babilonia la gran nación que era. Honrar a estos dioses era especialmente importante en esta ocasión, ya que los invitados sabían que los ejércitos enemigos estaban acampados al pie de los muros de la ciudad.

El rey comenzó a sentir los efectos del vino, y como perdió todo sentido de la decencia decidió profanar los vasos que habían capturado en el templo de Dios en Jerusalén. El capítulo 1 del libro de Daniel menciona el hecho de que medio siglo antes, cuando Nabucodonosor regresó a Babilonia con el botín de Jerusalén y del Templo, había puesto los vasos sagrados en el templo de su dios (Daniel 1:2). Ahora Belsasar ordenó que esas copas de plata y oro fueran llevadas al banquete, para que él y sus nobles, sus esposas y sus concubinas pudieran beber en ellos el vino consagrado a sus dioses.

El templo de Jerusalén fue el lugar donde el verdadero Dios había establecido su morada terrenal. Allí, mediante su Palabra, le

hablaba al pueblo y le respondía con su misericordia. En ese mismo lugar también el pueblo se aproximaba al Señor confesando sus pecados y pidiendo perdón. A su morada divina el pueblo llevaba sus sacrificios de sangre, mediante los cuales Dios le aseguraba el perdón y mediante los cuales ellos le dedicaban su vida a él. El templo de Jerusalén y cada pieza de su mobiliario habían sido dedicados a Jehová, y había sido apartado para sus santos designios. En sus oraciones a Dios en el día de la dedicación del Templo, el rey Salomón había establecido claramente cuál era el propósito del Templo y de cada objeto asociado con su servicio de adoración: “Para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman” (1 Reyes 8:43).

Y ahora, el hecho de que Belsasar usara estos vasos sagrados para alabar a los dioses paganos de Babilonia fue, antes que nada, evidencia de su devoción a dioses falsos. Pero peor aún, fue un insulto deliberado al verdadero Dios. Belsasar se estaba mofando públicamente del Dios de Israel, éste Dios que afirmaba que era el único, pero que aparentemente había sido incapaz de evitar que su pueblo fuera derrotado en batalla y subyugado, así como tampoco que su Templo fuera saqueado y destruido por los ejércitos babilonios. Belsasar intencionalmente olvidó que Dios había obrado repetidos milagros allí mismo (Daniel 2:47; 3:28; 4:33), milagros que habían forzado al rey Nabucodonosor, su abuelo, a reconocer el poder del Todopoderoso.

⁵ En aquella misma hora aparecieron los dedos de una mano de hombre que escribía delante del candelabro, sobre lo encalado de la pared del palacio real; y el rey veía la mano que escribía. ⁶ Entonces el rey palideció y sus pensamientos lo turbaron, se debilitaron sus caderas y sus rodillas daban la una contra la otra. ⁷ El rey gritó en alta voz que hicieran venir magos, caldeos y adivinos; y dijo el rey a los sabios de Babilonia: «Cualquiera que lea esta escritura y me dé su interpretación, será vestido de púrpura, llevará en su cuello

un collar de oro y será el tercer señor en el reino.»

⁸ Entonces fueron introducidos todos los sabios del rey, pero no pudieron leer la escritura ni dar al rey su interpretación.

⁹ Entonces el rey Belsasar se turbó sobremanera y palideció, y sus príncipes estaban perplejos.

La Biblia nos advierte: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gálatas 6:7). Belsasar aprendió esto de una manera dura.

Anteriormente en el libro de Daniel vimos cómo, en dos ocasiones, Dios había utilizado los sueños para darle su mensaje al pagano rey Nabucodonosor. En esta ocasión el Señor tenía también algo que decir no sólo para el rey Belsasar sino para todos los funcionarios importantes del reino que habían asistido al banquete real. Iban a escuchar algo desagradable, nada bonito para el oído, ya que el mensaje del juicio de Dios acerca del pecado nunca es cosa placentera para los oídos humanos. Era un mensaje de condenación.

La alegría y el jolgorio del banquete se detuvieron bruscamente, cuando de repente notaron los dedos de una mano que aparecieron y escribieron cuatro palabras sobre la pared encalada del salón del palacio. El escrito apareció sobre el muro próximo al candelero, donde lo podían ver tanto el rey como sus invitados. El hecho de que el rey viera sólo unos dedos escribiendo sobre la pared lo alertó inmediatamente y supo que estaba presenciando algo que estaba siendo escrito por un ser sobrenatural.

Podemos imaginar cómo el rostro del monarca, que un momento antes estaba enrojecido por el vino, palideció al instante. Y no se diga nada de la cara de los invitados, que con sus risas burlonas por las bromas obscenas pasaron a ser reemplazadas por rostros que estaban distorsionados por el terror. Uno se puede imaginar la escena, cómo el ruido discordante que había en el enorme salón del banquete fue seguido por un silencio prolongado

y sepulcral. Los dedos desaparecieron y ahora sólo quedaba lo escrito en la pared.

Todos los ojos se volvieron hacia el rey que estaba sobre su elevada plataforma. Pero lo que ahora contemplaban no era al atrevido y borracho blasfemo; sino a un hombre sobrio, descolorido que temblaba de miedo. Tanto era su terror que los músculos y coyunturas de sus extremidades inferiores no funcionaban de la forma en que el Creador las había diseñado. “Se debilitaron sus caderas y sus rodillas daban la una contra la otra.” Perdió la fuerza que sostiene el cuerpo y fue incapaz de mantenerse en pie. La voz bravucona que minutos antes les cantaba alabanzas a los dioses de Babilonia y se mofaba del Dios de Israel ahora temblaba pidiendo ayuda. Belsasar les pidió a los hombres más sabios, a los “adivinos, sabios y astrólogos” (DHH) que descifrarán la escritura y le dijeran su significado. A su miedo se añadía una conciencia culpable y, casi fuera de sí, gritó ofreciendo una generosa recompensa a quien fuera capaz de descifrar la misteriosa escritura. A esa persona se le vestiría de púrpura, el color real, que era usado sólo por el rey y sus nobles. Se le daría un collar de oro, un adorno real que únicamente los hombres de rango utilizaban como señal de nobleza o poder, alrededor de su cuello, y, la recompensa más elevada de todas, sería nombrado el tercer gobernante del reino. Parece que el desesperado rey estaba ofreciendo una posición equiparable con la suya y a la de su padre Nabónido. En otras palabras, el reinado podría llegar a ser un triunvirato.

En respuesta a las demandas del rey, los sabios caldeos acudieron al salón del banquete. Estos eran los hombres especializados del rey, acostumbrados a interpretar sueños y a predecir el futuro mediante la magia. Pero uno tras otro admitió ante el soberano que no sabía la respuesta.

Pasaba el tiempo. La consternación del rey crecía a medida que un sabio tras otro estudiaba la inscripción en el muro y confesaba que no sabía su significado. ¿Si los sabios caldeos más

eruditos de Babilonia no podían descifrar el mensaje, entonces quién? No había ninguna duda de que un poder sobrenatural había enviado este mensaje. ¿Pero, qué decía?

Se nos dice que los invitados al banquete real compartían el desconcierto y el temor del rey, estaban tan confundidos como él. El salón del palacio se convirtió en una escena de confusión y de pánico.

Por supuesto, no era una casualidad que los sabios del imperio no pudieran leer las palabras que habían sido escritas sobre la pared del palacio. Dios deliberadamente había retirado la clave que hacía falta para descifrar el misterioso mensaje. Cuando él lo decidiera, les diría lo que el mensaje significaba. Y cuando lo hiciera, no serían buenas noticias para Babilonia, y mucho menos para Belsasar.

¹⁰ La reina, por las palabras del rey y de sus príncipes, entró a la sala del banquete, y dijo:

—¿Rey, vive para siempre! No te turben tus pensamientos ni palidezca tu rostro. ¹¹ En tu reino hay un hombre en el que mora el espíritu de los dioses santos, y en los días de tu padre se halló en él luz, inteligencia y sabiduría, como la sabiduría de los dioses. El rey Nabucodonosor, tu padre, oh rey, lo constituyó jefe sobre todos los magos, astrólogos, caldeos y adivinos, ¹² por cuanto en él se halló más espíritu, ciencia y entendimiento para interpretar sueños, descifrar enigmas y resolver dudas; esto es, en Daniel, al cual el rey puso por nombre Beltsasar. Llámese, pues, ahora a Daniel, y él te dará la interpretación.

¹³ Entonces trajeron a Daniel ante el rey. Y dijo el rey a Daniel:

—¿Eres tú aquel Daniel de los hijos de la cautividad de Judá, que mi padre trajo de Judea? ¹⁴ Yo he oído de ti que el espíritu de los dioses santos está en ti, y que en ti se halló luz, entendimiento y mayor sabiduría. ¹⁵ Y ahora trajeron ante

mí sabios y astrólogos para que leyeran esta escritura y me dieran su interpretación; pero no han podido interpretarme el asunto. ¹⁶Yo, pues, he oído de ti que puedes interpretar y resolver dificultades. Si ahora puedes leer esta escritura y darme su interpretación, serás vestido de púrpura, llevarás en tu cuello un collar de oro y serás el tercer señor en el reino.

Por todo el palacio corrieron los rumores de la conmoción que había ocurrido en el banquete real. La reina también había escuchado acerca de lo que sucedió y se presentó ante el rey. Como las esposas de Belsasar estaban ya con él, es probable que esta dama fuera la reina madre, posiblemente la hija de Nabucodonosor, que vivía en el palacio.

De ser así, con toda certeza se podría explicar por qué estaba tan bien enterada de lo que había ocurrido en el pasado durante el reinado de Nabucodonosor y del papel tan destacado que Daniel había desempeñado medio siglo antes en la historia de Babilonia. Recordaría que había en el reino un hombre que tenía “el espíritu de los dioses santos”, que lo había capacitado para interpretar los sueños de Nabucodonosor. Además, “se halló en él luz, inteligencia y sabiduría, como la sabiduría de los dioses”. Nabucodonosor lo había nombrado jefe de los magos, encantadores, astrólogos y adivinos por causa de su habilidad sobrenatural para interpretar sueños, explicar acertijos y resolver problemas difíciles. La reina le aconsejó a Belsasar: “Llámesse, pues, ahora a Daniel, y él te dará la interpretación.”

Su sugerencia (“en tu reino hay un hombre...”) suscita una pregunta interesante. ¿Por qué no había sido llamado Daniel junto con los otros magos y sabios? La respuesta más lógica es que ya no ocupaba la posición para la que Nabucodonosor (y algunos reyes más) lo habían nombrado cincuenta años antes; en ese tiempo Daniel había sido jefe de los sabios del rey. Tal vez por causa de su edad había sido removido de ese puesto cuando subió

al trono el sucesor de Nabucodonosor. Aún tenía algún cargo en el gobierno (en 8:27 lo encontramos desempeñando algunos “negocios del rey”) pero no en el mismo puesto que tuvo cuando Nabucodonosor era rey.

Así pues, Daniel fue llamado y entró al comedor real. La conversación de Belsasar demostró que conocía la historia de Daniel, pero al parecer nunca antes lo había visto en persona. El rey debió haberse sentido incómodo ante la presencia de un hombre que representaba al Dios al que él había negado y deshonrado públicamente. Además el rey pudo haber recordado que cuando Daniel interpretó el primer sueño del rey Nabucodonosor, predijo la caída de Babilonia, y cuando interpretó su segundo sueño predijo su locura. Pero ahora Belsasar no tenía otra opción, necesitaba saber lo que significaban las palabras que habían sido escritas sobre la pared para él y para su reino. De seguro era algo desagradable, pero de todos modos tenía que saberlo. Así pues, le hizo a Daniel el mismo ofrecimiento que les había hecho antes a los otros sabios.

¹⁷ Entonces Daniel respondió y dijo al rey:

—Tus dones sean para ti; da tus recompensas a otros. Leeré la escritura al rey y le daré la interpretación.

¹⁸ »El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor, tu padre, el reino, la grandeza, la gloria y la majestad. ¹⁹ Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien le placía, mataba, y a quien le placía, daba vida; engrandecía a quien le placía, y a quien le placía, humillaba. ²⁰ Pero cuando su corazón se ensoberbeció y su espíritu se endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino y despojado de su gloria.

²¹ Fue echado de entre los hijos de los hombres, su mente se hizo semejante a la de las bestias y con los asnos monteses fue su habitación. Le hicieron comer hierba, como al buey, y su cuerpo se empapó del rocío del cielo, hasta que reconoció

que el Altísimo Dios tiene dominio sobre el reino de los hombres, y que pone sobre él al que le place.

Después de cincuenta años de servicio en el gobierno, Daniel había aprendido cómo dirigirse a un rey. Sin embargo, en esta ocasión, en la presencia de Belsasar omitió todo saludo formal. No estaba siendo descortés, aunque este despreciable rey con su conducta blasfema había perdido el respeto de sus súbditos. Daniel sabía bien que las horas de Belsasar estaban contadas y que no había tiempo que perder.

Lo primero que hizo Daniel fue rechazar los honores que el rey le ofrecía: “Tus dones sean para ti; da tus recompensas a otros.” Daniel tenía buenas razones para hablar así, por una parte no quería dar la impresión de que estaba ahí por el interés de la recompensa. No había incentivos que el rey le pudiera ofrecer para inducirlo a interpretar correctamente el misterioso escrito. Y lo que era más importante, Daniel no quería que hubiera duda de que bajo ninguna circunstancia estaba obligado a decirle al rey sólo lo que le gustara oír. Le dirá la verdad sin titubeos, fuera o no del agrado del monarca.

Una vez aclarado esto, sin perder tiempo se dispuso a decir el significado del manuscrito. Daniel comprendió que Dios lo había escogido como su representante en esta situación crítica; tenía la rara oportunidad de hacer que la voz de Dios fuera escuchada tanto por el rey como por todos los jerarcas congregados, y no la quería dejar pasar. “Leeré la escritura al rey y le daré la interpretación.”

Daniel comenzó la explicación diciéndole algunas cosas que aunque no eran de su agrado, era necesario que escuchara. Ciertamente el mensaje que Daniel llevó no aminoró el temblor de las rodillas del monarca. Le recordó al atemorizado rey la historia de su gran antecesor Nabucodonosor. Brevemente lo describió como el gran rey que fue. Dios no sólo le había dado el reino, sino también la capacidad para gobernarlo. Por sus grandes victorias en los campos de batalla en el exterior así como en



La escritura en el muro

Babilonia, se ganó la reputación y la gloria de ser un rey de primera clase. Fue un monarca absoluto; en sus manos tenía el poder de vida o muerte sobre todos sus súbditos.

Pero cuando ese gran rey se ensoberbeció, Dios lo destronó y lo removió de entre su pueblo, dándole la mente de un animal, y lo dejó vagar con los asnos salvajes. Vivió la vida de un animal hasta que humildemente reconoció al Altísimo como soberano absoluto de pueblos y naciones. El punto que Daniel quería que Belsasar comprendiera es que aun el gran rey Nabucodonosor tuvo que responder delante Dios por la forma en que utilizó su poder. Ahora Daniel le aplicó esta verdad a Belsasar.

²² Pero tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón sabiendo todo esto, ²³ sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido; hiciste traer ante ti los vasos de su Casa, y tú y tus grandes, tus mujeres y tus concubinas bebisteis vino de ellos; además diste alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven ni oyen ni saben; pero nunca honraste al Dios en cuya mano está tu vida y de quien son todos tus caminos.

²⁴ »Por eso, de su presencia envió él la mano que trazó esta escritura.

“Pero tú, su hijo [descendiente o sucesor] Belsasar, no has humillado tu corazón.” El contraste es muy marcado, es como si Daniel estuviera diciendo: “Tú, alteza, ocupas el mismo trono de Nabucodonosor, pero hasta aquí llega la semejanza. En tus años de reinado no has logrado nada ni remotamente parecido a los logros de tu famoso antecesor.”

Podemos seguir parafraseando el dramático discurso de Daniel al rey Belsasar:

“Hasta Nabucodonosor, con todos sus dones y con la impresionante lista de sus éxitos en campaña bélica y de estado, admitió humildemente que Dios gobierna sobre los asuntos

humanos, nombrando y derrocando reyes como a él le place. Pero tú, rey Belsasar, cuyos logros ni siquiera se asemejan a los de tu antecesor, te has ensoberbecido. ¿De qué *te* enorgulleces? Te has negado a humillarte ante el único y verdadero Dios, a pesar de que no desconoces lo que ocurrió con Nabucodonosor cuando se tornó altivo. No sólo has repetido su pecado, sino que lo has hecho a sabiendas de lo que hacías.”

“Por un lado, en este banquete has alabado a dioses imaginarios, inventados por mentes humanas y formados por manos humanas; les entregaste tu corazón; decidiste servirlos a ellos. Pero te has negado a darle honor a Dios que tiene en sus manos tu misma vida.”

“Y para empeorar las cosas, te has vuelto contra el Señor de los cielos. ¿Quién crees que eres que te atreves a tomar los vasos de oro que una vez fueron dedicados al servicio del único y verdadero Dios, y los usas como copas para beber en honor de tus dioses paganos?”

¡Qué profunda descripción del pecado nos presenta aquí Daniel! Pecar no sólo es hacer cosas perversas, no es meramente un error de juicio o una acción impulsiva que se hubiera podido evitar si tan solo nos hubiéramos detenido a contar hasta diez. La esencia del pecado es el hecho de rebelarse contra la voluntad de Dios. El pecado es la criatura diciéndole a su Creador: “Escucha, Dios, estoy hablando. Esto es lo que quiero para mí mismo. No importa lo que tú hayas decidido; esto es lo que yo quiero.”

¡Son palabras muy enérgicas las que un anciano de ochenta años, un viejo judío exiliado, le habla con dureza al rey en presencia de sus nobles! Daniel no le ofreció a Belsasar ningún perdón, ni consuelo, ni palabras de aliento, solo condenación. “Belsasar, para castigar tu perversidad es que Dios ha enviado la mano para escribir las misteriosas palabras.”

Daniel tuvo que armarse de valor para decir estas palabras ante una audiencia hostil; muchos reyes antiguos mandaron a la muerte a un hombre por mucho menos de lo que Daniel había dicho. Pero

este hombre de Dios comprendió que había sido puesto en ese lugar y en ese momento con un propósito, y ese propósito no era para ver qué era lo que más le agradaba oír al público ni para ganar ninguna popularidad. El propósito era dejar que se oyera la voz de Dios.

²⁵ Y la escritura que trazó es: “Mene, Mene, Tekel, Uparsin.”

²⁶ Ésta es la interpretación del asunto: “Mene”: Contó Dios tu reino y le ha puesto fin. ²⁷ “Tekel”: Pesado has sido en balanza y hallado falto. ²⁸ “Peres”: Tu reino ha sido roto y dado a los medos y a los persas.

Daniel dejó que la voz de Dios se escuchara clara y sonora ante un rey atónito y una sala atiborrada de súbditos. Con las misteriosas palabras aún iluminadas por la vacilante luz de las antorchas, Daniel anunció: “Por eso Dios ha enviado esa mano a escribir lo que allí aparece: *Mene, Mene, Téquel, Parsin*” (NVI).

Después de haber reprochado a Belsasar, Daniel señaló la inscripción e hizo lo que ni rey ni sabio caldeo habían sido capaces de hacer: la leyó. La inscripción consistía de sólo tres palabras considerando que la primera de ellas se repite.

Un murmullo apenas perceptible se extendió por el comedor del palacio cuando Daniel le explicó cada una de las palabras al aterrizado rey. Identificó las tres palabras como verbos, verbos pasivos: “contado,” “pesado,” “dividido” (LBLA).

“MENE, MENE”-“Contó, contó.” En solemne repetición Daniel le informó a Belsasar que el Señor de las naciones, a quien él había insultado, había contado los días de su reino y había determinado que habían llegado a su fin. No es que a Belsasar le había llegado el tiempo de jubilarse, sino que en el momento en que su reino llegue a su fin su vida también terminará. Belsasar había pensado que el Dios de Israel era un Dios inferior a los dioses de Babilonia, pero lo que olvidó es que lo importante no es lo que *nosotros* pensemos de *Dios*, sino lo que *Dios* piensa de *nosotros*.

“TÉQUEL” (NVI)-“Pesado.” Belsasar probablemente se consideraba a sí mismo merecedor de honores. Pero Dios no estaba de acuerdo. Dios le dijo: “Pesado has sido en balanza y hallado falto.” La gente que estaba en la sala del banquete miraba a Belsasar como su líder, pero Dios lo miraba como un pecador totalmente carente de valor moral. No había rendido la medida de lo que Dios espera de todos los hombres, sin mencionar lo que Dios espera de alguien que tiene un cargo de responsabilidad y de confianza, el cargo de ser rey.

“PERES”-“Roto”, o “dividido” (LBLA). El reino de Belsasar no iba a permanecer intacto, sino que iba a ser repartido y entregado a los medos y a los persas, cuyos ejércitos aún permanecían a las puertas de la ciudad de Babilonia.

Estas eran las noticias que Belsasar había temido desde el principio. El juicio que Dios había pronunciado sobre él era mucho más severo del que Dios había pronunciado sobre Nabucodonosor cincuenta años antes (4:31,32). El enemigo que estaba a las puertas de la ciudad iba a salir victorioso. La gran Babilonia estaba a punto de caer.

Note que Daniel interpretó la tercera palabra (“Peres”), dándole un doble significado. “Parsin” (NVI) también puede significar “persas”; por lo tanto, vemos que el misterioso manuscrito sobre la pared encalada era en parte un juego de palabras.

Otro juego de palabras pudo haber hecho más difícil que el rey leyera y entendiera la inscripción. Una Gramática Aramea (Rosenthal, *Gramática del Arameo bíblico*, p. 58), señala que las tres palabras también se pueden referir a unidades monetarias: *mina* (50 siclos), *siclo* y *medio siclo*. “Los tres términos parecían tener entonces los nombres de tres monedas, lo cual aumentaría la perplejidad del que leía” (Leupold, *Exposición de Daniel*, p. 236). Eso podría llegar a ser especialmente cierto si la persona que leía ya estaba un poco pasada de copas. ¿Qué sentido se le podría encontrar a una inscripción que parecía decir: “MINA, MINA, siclo, y medio siclos?”

Pongamos el juego de palabras como sigue:

	1	2	3
MENE	contado	mina	
TÉQUEL	pesado	siclo	
PERES/PARSIN	dividido	medio ciclo(s)	persas

Lo extraño es que los sabios caldeos no hubieran sido capaces de leer esas palabras, puesto que probablemente eran términos arameos bastante comunes. Pero Dios no les permitió que leyeran ni que entendieran el mensaje. Esto lo tenía reservado para su siervo Daniel.

La nación que causó la caída del Imperio Babilónico realmente era una combinación de dos naciones. Ciro, el persa, logró la unión de Media y de Persia. Este reino unido, que estaba destinado a convertirse en el poderoso líder mundial durante los próximos dos siglos, conquistó Babilonia, tal como Daniel lo había predicho.

²⁹ Entonces Belsasar mandó vestir a Daniel de púrpura, poner en su cuello un collar de oro y proclamar que él era el tercer señor del reino.

³⁰ La misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos.

³¹ Y Darío, de Media, cuando tenía sesenta y dos años, tomó el reino.

Belsasar, a pesar de sus rodillas temblorosas y de lo agitado de su corazón, demostró que era un hombre de palabra. En presencia de mil testigos había prometido que iba a recompensar al hombre que interpretara la escritura, y cumplió su promesa. Aunque Daniel no tenía ningún interés en la recompensa, no la rechazó cuando se la entregó; y tampoco había razón para que la rechazara. Ciertamente nadie lo podría acusar de haber interpretado el escrito de acuerdo a lo que el rey quería oír. Y fue así que Daniel recibió el collar de oro, las ropas reales y la elevada posición gubernamental. En un sentido los honores, especialmente éstos últimos, parecían ser completamente innecesarios, ya que esa misma noche el rey murió y el reino fue derrumbado.

El juicio de Dios no tardó en caer sobre Belsasar por su atrevida insolencia. Al menos cuatro fuentes diferentes registran los detalles de la caída de Babilonia. Los historiadores griegos Herodoto y Jenofonte narran cómo Ciro, el rey medo persa, sorprendió a la “inexpugnable” ciudad de Babilonia desviando el curso del río Éufrates, que corría bajo los muros de Babilonia y atravesaba la ciudad, por un nuevo canal. Eso le permitió al ejército medo persa invadir la ciudad sin tener que pelear, sino solamente cruzando las aguas poco profundas del lecho del viejo río. Nabónido, padre y corregente de Belsasar, así como Ciro han dejado registros de este acontecimiento.

Es conveniente hacer notar que el texto no dice que los ejércitos de Ciro invadieron la ciudad la noche del banquete. Herodoto reporta que Ciro había invadido previamente a Babilonia, y que los ejércitos de Babilonia habían avanzado para hacerles frente. Pero después de varias derrotas el ejército babilonio se retiró tras los muros de su ciudad capital. De acuerdo con Herodoto, la ciudad cayó mientras se celebraba una fiesta. Jenofonte, otro historiador griego, informa que uno de los líderes persas entró al palacio y asesinó al rey.

Darío el medo, el hombre que se apoderó del reino, es un nombre que aparece sólo en la Biblia. Por eso, algunos han concluido que no es un personaje histórico. Pero todo estudiante de la historia antigua sabe que los documentos del pasado son muy fragmentarios. Es un argumento sin validez concluir que una persona que aparece sólo en la Biblia no forma parte de la historia sólo porque su nombre no aparece en ningún otro documento. Eso no es científico ni convincente.

Y así cayó el que una vez fuera el orgulloso Imperio de Babilonia, tal como los profetas Isaías y Jeremías habían predicho que iba a ocurrir. Cuando las noticias de la caída del reino llegaron a oídos de los israelitas que estaban exiliados en Babilonia, recordaron la profecía de Jeremías, que había sido dicha medio siglo antes:

Anunciadlo en las naciones... ¡Conquistada ha sido Babilonia! ¡Bel está avergonzado! ¡Merodac está deshecho. ...! Te puse lazos, y sin darte cuenta caíste en ellos, Babilonia; fuiste hallada, y aun apresada, porque provocaste a Jehová (Jeremías 50:2,24).

Es seguro que los exiliados también recordaron la profecía de Isaías, que había sido dada más o menos dos siglos antes de la caída de Babilonia:

Y Babilonia, hermosura de reinos, gloria y orgullo de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, a las que trastornó Dios. Nunca más será habitada, ni se morará en ella de generación en generación (Isaías 13:19,20).

¿Y por qué cayó Babilonia? Isaías nos explica:

Tú que decías en tu corazón: “Subiré al cielo. En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono... y seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:13,14).

Nabucodonosor, el mismo rey de Babilonia, expresó bien esta verdad: “Porque todas sus obras [del Rey del cielo] son verdaderas y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia” (Daniel 4:37).

Esta verdad de ayer es la misma verdad de hoy: “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 Pedro 5:5). La humildad es la única actitud apropiada delante el Señor.

DANIEL EN EL FOSO DE LOS LEONES

DANIEL 6

6 Pareció bien a Darío constituir sobre el reino ciento veinte sátrapas que gobernarán en todo el reino. ²Y sobre ellos tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno, a quienes estos sátrapas dieran cuenta, para que el rey no fuera perjudicado.

La fecha data del año 538 a.C. Babilonia estaba controlada por un nuevo gobierno. El poder del Imperio Babilonio duró poco menos que un siglo dominando al mundo. Ese soberbio imperio se derrumbó ante el poder de los medo persas, encabezados por el rey Ciro.

La razón por la que la victoria de Ciro juega un papel tan importante en los registros del Antiguo Testamento es que Babilonia era el país donde el pueblo de Dios estaba viviendo en el exilio. Con la derrota de Babilonia, ocurrió un cambio para los exiliados cuando Ciro proclamó que los judíos ya no iban a ser siervos sino libres, y que cualquier judío que deseara regresar a su antigua patria estaba en libertad de hacerlo (Esdras 1:2-4).

La proclamación era extraordinaria porque iba acompañada de una serie de privilegios que se les otorgaban a los antiguos exiliados. No sólo estaban en libertad de regresar a su hogar, sino que cuando llegaran a Jerusalén, podrían reconstruir el Templo que había sido destruido por los babilonios. Incluso el rey Ciro ofreció fondos del tesoro real para llevar a efecto este proyecto de reconstrucción. Los judíos que optaron por permanecer en Babilonia fueron alentados para que ayudaran económicamente a los que regresaban a Israel. Además, todos los vasos de oro y de plata del Templo que habían sido saqueados por el ejército babilonio fueron reintegrados a su lugar de origen, Jerusalén.

Aunque cerca de 50,000 exiliados aceptaron el generoso ofrecimiento del rey Ciro y regresaron a Jerusalén, muchos miles

optaron por no hacerlo (las razones para eso se discuten en la introducción, en la página 4). Los judíos que permanecieron en Babilonia ya no eran considerados cautivos, sino gente libre. El capítulo 6 de Daniel afirma que aún bajo este nuevo estado de cosas, Dios se aseguró de tener a Daniel en un puesto clave dentro del gobierno medo persa, con el fin de beneficiar a sus hijos judíos. Ciertamente, las concesiones tan generosas del decreto de Ciro pudieron ser un resultado, al menos en parte, de la influencia de Daniel.

El versículo final del capítulo 5 de Daniel nos presentó a Darío el medo como el hombre que “tomó el reino”. La identificación de Darío presenta un problema histórico difícil de resolver por varias razones. Como antes se dijo fue Ciro, y no Darío, la cabeza del Imperio Medo Persa que derrocó a Babilonia. Se ha establecido que después de capturar la ciudad en el año 539 a.C., Ciro continuó al frente del gobierno por otros nueve años. A la dificultad se añade el hecho de que no aparece ningún rey medo llamado Darío en la historia secular.

Se han ofrecido diferentes soluciones como respuesta al problema. El nombre Darío puede ser un título del oficio, tal vez signifique “tenedor del cetro” (Wood p, 155). Una mejor explicación podría ser el hecho de que en la antigüedad los hombres con frecuencia tenían más de un nombre; algunos eruditos piensan que Darío es otro nombre para Gobryas o Gubaru, a quien Ciro había nombrado como gobernador de Babilonia cuando cayó la ciudad. De acuerdo con esta teoría, Darío gobernó sólo sobre lo que fue el centro del reino de Babilonia; como dice la Biblia, “se apoderó del reino” (NVI). Un estudio hecho por D.J. Wiseman sostiene persuasivamente que Darío simplemente es otro nombre para el mismo Ciro (*Notas sobre algunos problemas en el libro de Daniel*, D.J. Wiseman et al., pp. 9 ss). Aunque no conocemos la identidad exacta de Darío, eso no nos autoriza para dudar de su existencia o a poner en tela de juicio la veracidad de la historia que aquí registra Daniel.

Para poder gobernar el vasto imperio que los medos y los persas habían conquistado, Darío nombró a 120 gobernadores regionales llamados “sátrapas” (un título tomado de una antigua palabra persa que significa “protector del reino”). Esos 120 hombres les rendían cuentas a tres administradores, los que a su vez le tenían que dar cuenta directamente al rey. La razón que se da para explicar esa forma de organización fue “para que el rey no fuera perjudicado”. El vasto Imperio Medo Persa se extendía desde lo que ahora es Irán al este, hasta Turquía al oeste. El nuevo gobernador comprendió que lo extenso del imperio podría tentar a personas deshonestas a tomar ventaja del rey, y el tesoro real iba a sufrir. Podemos asumir que los tres administradores debieron haber sido personas seleccionadas con gran cuidado para darles una responsabilidad tan amplia y tan importante.

En cierta forma es sorprendente que Daniel fuera uno de los tres ministros, puesto que para entonces debió haber sido un octogenario. Pero por otro lado, quizás no sea tan asombroso el que fuera seleccionado para tan alto cargo; el rey seguramente habría investigado el desempeño tan destacado de este estadista judío, que había servido con honores al gobierno de Babilonia por más de sesenta años. Quizás hasta estuviera enterado de que Daniel había predicho que el Imperio Babilónico iba a caer y sería reemplazado por el Medo Persa. Detrás del nombramiento de Daniel vemos también la mano de Dios. Al no permitir que Daniel desapareciera en el olvido, Dios le estaba indicando que aún tenía trabajo importante por hacer. Dios quería a su fiel siervo en un lugar de influencia desde donde pudiera ayudar mejor a su pueblo tanto para los que habían optado salir de Babilonia, como para los que decidieran quedarse.

³ Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino. ⁴ Los gobernadores y sátrapas buscaron ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado con el reino; pero no podían hallar motivo

alguno o falta, porque él era fiel, y ningún error ni falta hallaron en él. ⁵ Entonces dijeron aquellos hombres: «No hallaremos contra este Daniel motivo alguno para acusarlo, si no lo hallamos contra él en relación con la ley de su Dios.»

No siempre ocurre que los hombres más sabios y mejor capacitados son colocados en los altos puestos del gobierno, pero Dios era el autor de todo esto. Para comenzar, Daniel contaba con cualidades excepcionales las cuales no eran de su hechura, sino un don que Dios le había confiado. En Babilonia había recibido años de capacitación bajo Nabucodonosor, un destacado rey. Durante su larga carrera al servicio del gobierno, Daniel se había destacado por su fidelidad y dedicación al servicio de una sucesión de reyes.

El desempeño ejemplar de Daniel continuó bajo el Imperio Medo Persa. El rey Darío quedó tan impresionado que estaba pensando en ponerlo como supervisor sobre todo el reino. Eso no es sorprendente; independientemente del trabajo que los hijos de Dios hacen, debemos esperar que lo hagan bien, ya que sólo ellos tienen la motivación verdadera para esforzarse en hacer lo mejor que puedan, buscando en todas las cosas servir y glorificar a Dios sirviendo a su pueblo. El apóstol Pablo instó a los creyentes de su día a trabajar de forma que “[se muestren] fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios, nuestro Salvador” (Tito 2:10). Cristo nos pide que como cristianos seamos favorablemente un reflejo de él, no sólo con lo que decimos sino también con lo que hacemos, para que otros “vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

En su elevada e importante posición Daniel continuaba buscando hacer la voluntad de Dios. Por su honestidad y rectitud en los asuntos gubernamentales se hizo merecedor de la confianza del rey. Ninguna corrupción o escándalo se asociaban a su nombre, ni fue negligente en sus obligaciones.

Como se mencionó antes, su intachable servicio ante el gobierno no pasó inadvertido para Darío, ni para los otros funcionarios. Cuando supieron que era candidato a ser promovido,

surgieron las envidias, y lo podemos entender. Como los otros funcionarios eran quizás en su mayoría persas, les enojó ver a ese extranjero promovido por encima de ellos. No hay duda de que a los resentimientos se agregaron razones religiosas. Los funcionarios persas eran fieles a sus muchos dioses, a quienes Daniel consideraba falsos. Y como Daniel no era un hombre que ocultara su fe, no vacilaba en dar testimonio de que el Dios de Israel es el Dios único y verdadero.

Y como otros administradores y sátrapas no podían competir con Daniel en cuanto a logros y a fidelidad, trataron de promover la causa de ellos atacándolo. Lo primero que hicieron fue investigar sus antecedentes en busca de errores, posibles evidencias de negligencias o corrupción en su trato con el pueblo.

Es seguro que Daniel sabía que se tramaba una conspiración en su contra. A través de la historia las intrigas han sido parte de las cortes reales, y como Daniel trabajaba a diario en presencia de Dios, le tenía muy sin cuidado el que alguien lo espíara, y de eso se percataron muy pronto sus enemigos. Dijeron: “No hallaremos contra este Daniel motivo alguno para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios.” ¡Qué elogio para este hijo de Dios! Con el fin de levantar cargos contra este hombre, sus enemigos estaban buscando la forma de crearle una situación donde su lealtad a Dios lo colocara en conflicto con las exigencias de su gobierno.

Le podemos dar gracias a Dios por el hecho de vivir como ciudadanos libres en un país libre, donde no se nos obliga a escoger entre la obediencia a Dios y la obediencia al gobierno. Pero si esa ocasión se nos presentara, como pasó con Daniel, podemos confiar en que Dios nos mostrará el camino que debemos seguir, tal como se lo mostró a Daniel.

⁶Entonces estos gobernadores y sátrapas se juntaron delante del rey, y le dijeron:

—¡Rey Darío, para siempre vive! ⁷Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han

acordado por consejo que promulgues un edicto real, y lo confirmes, ordenando que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, rey, sea echado al foso de los leones. ⁸ Ahora, pues, oh rey, confirma el edicto y fírmalo, para que no pueda ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia, que no puede ser abrogada.

⁹ Firmó, pues, el rey Darío el edicto y la prohibición.

Por lo tanto, una delegación de los enemigos de Daniel se acercó al rey Darío, destilando miel por la boca y hiel en el corazón. Le dijeron: “¡Rey Darío, para siempre vive!” Usualmente ese era un saludo que se decía con buena fe y como muestra de respeto hacia la persona a la que se le dirigía el saludo. “¡Vive para siempre!” Pero en los labios de los enemigos de Daniel era un saludo hipócrita. Aunque pronunciaron esas palabras como si estuvieran interesados en el bienestar de su rey, en realidad no era así. Ni tampoco les interesaba realmente el bienestar del imperio. Sólo una cosa les importaba y era su propio bienestar y lo que pudieran obtener en el futuro de su puesto de gobierno.

No sólo se dirigieron al rey engañosamente; sino que además sus peticiones fueron deshonestas. “*Todos los gobernantes del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real...*” La declaración simplemente no decía la verdad. Daniel, uno de los altos administradores del reino, no estaba de acuerdo y nunca habría aceptado esa proposición. Además, ¿cómo era posible que todos los 120 sátrapas dispersos a lo largo y ancho del imperio supieran del edicto? ¿Se habían reunido y acordado sobre el mismo?

Los conspiradores propusieron que el rey promulgara un edicto, que es una proclamación real, estableciendo que cualquiera que adorara durante los próximos treinta días a cualquier dios u hombre, fuera del rey, sería condenado a morir en el foso de los leones. Daniel nunca le habría hecho esa recomendación al rey, él sabía perfectamente que hacía 200 años Dios le había dicho a su

pueblo mediante el profeta Oseas: “Mas yo soy Jehová, tu Dios, desde la tierra de Egipto; no conocerás, pues, otro dios fuera de mí, ni otro salvador sino a mí” (13:4).

¿Verdad que hasta parece absurdo que el rey hubiera podido siquiera haber considerado la idea de aprobar una ley que obligara a la gente a adorarlo sólo a él por todo un mes? Pero la sugerencia tal vez no es tan absurda como parece a primera vista. En el antiguo Egipto, por ejemplo, el rey era considerado como hijo de los dioses, y esa actitud naturalmente fue adoptada por otras naciones. La misma idea muestra la baja opinión que tenían los paganos de sus dioses. Esta propuesta fue la que los políticos corruptos presentaron ante el rey Darío. Durante los siguientes treinta días el rey sería considerado como el único representante de los dioses aquí en la tierra, de modo que cualquier oración a ellos debería ser mediante él, y solamente por él.

No hay duda de que los conspiradores pensaron que su artimaña tenía buenas probabilidades de triunfar. Por una parte, apelaba a la vanidad del rey, y mejor aún, la ley no parecía ser más que una inocente propuesta para probar la lealtad de todos los súbditos.

Si cualquier persona fuese tan desleal al rey y al país que se negara a acatar esa sencilla prueba de lealtad, pagaría con su vida. La promulgación real advertía que se le arrojaría al foso de los leones. “Los persas se caracterizaban por haber heredado de los reyes asirios la costumbre de guardar esos animales en sus jardines zoológicos” (*Soncino libros de la Biblia: Daniel, Esdras y Nehemías*, p. 49). El foso donde eran guardados los leones consistía en un hoyo o cueva excavado especialmente para ese propósito, o tal vez una cueva natural que había sido reformada para este propósito. Solamente el pensamiento de ser echado en un pozo con leones hambrientos era suficiente para hacer temblar de miedo a cualquiera.

El lenguaje del santo escritor destaca el cuidado que se tomaron los conspiradores para que su plan marchara sin tropiezos hasta resultar en la muerte de Daniel. Se utilizan dos palabras

diferentes para la ley que querían que el rey promulgara. Era, antes que nada, *un edicto real*, un edicto que venía del mismo rey o cabeza del gobierno persa. Además, el *decreto* era de obligatorio cumplimiento para todos los súbditos. Por esa razón, en la visita al rey, los delegados no sólo lo instaron a *promulgar* el decreto, sino que también querían que lo *hiciera cumplir* enérgicamente. ¿Acaso temían que el rey no cumpliera el decreto al darse cuenta de que ese mandato le iba a costar la vida a su mejor ministro?

Los conspiradores se querían asegurar de que Darío ya no se pudiera retractar una vez que se percatara de la maldad que había escondida detrás del decreto. Y así, urgieron al rey para que lo firmara: “Confirma el edicto y fírmalo, para que no pueda ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia, que no puede ser abrogada.”

En Ester 1:19 la Biblia presenta otro ejemplo de lo inalterables que eran las leyes de los medos y de los persas. También tenemos el registro del historiador griego Diodoro cuando se refirió al caso del rey persa Darío III, que se arrepintió de haber aprobado la sentencia de muerte de un hombre llamado Caridemo: “Inmediatamente se arrepintió y se maldijo a sí mismo por haber errado grandemente. Pero no fue posible anular lo decretado por autoridad real” (citado por James A. Montgomery, *Comentarios críticos internacionales sobre el libro de Daniel*, p. 270). Los medos y los persas pensaban que el rey no se podía retractar de lo promulgado, pues sería tanto como admitir que se había equivocado; y el rey, por ser hijo de los dioses, era infalible. Por eso se escucha con frecuencia decir: “Tan inalterable como la ley de los medos y de los persas”.

El rey, sin sospechar nada, accedió ante la adulación de los conspiradores. Realmente no tenía nada en contra de ser el representante terrenal de sus dioses por treinta días. Tal vez por el hecho de ser novato en el puesto fue más susceptible a ceder a tal propuesta. Pensaba que esta acción le aseguraría el respeto del pueblo que él necesitaba para poder gobernar bien.

Y así “firmó... el rey Darío el edicto y la prohibición.” El gobierno persa no demandaba el abandono de sus creencias religiosas de ninguno de sus ciudadanos ni tampoco de ninguno de los extranjeros conquistados que vivían bajo su gobierno. Pero por el lapso de un mes debían aceptar a Darío como el mediador de sus oraciones y representante de los dioses aquí en la tierra, y solamente podían orarles a sus dioses por medio de él. Esa no era la primera ni la última vez en la historia en que los gobernantes necios emprenden un plan de acción como este, sólo para arrepentirse amargamente después.

¹⁰ Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa; abiertas las ventanas de su habitación que daban a Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, oraba y daba gracias delante de su Dios como solía hacerlo antes.

Daniel sabía sin duda que sus rivales estaban celosos de él y que habían estado investigando su desempeño en el gobierno. Sabía quiénes eran los responsables de esta nueva ley.

Ahora tenía que tomar una gran decisión. ¿Intentaría aventajar a sus oponentes? ¿Se daría por vencido y accedería a su plan? Esta idea debió acudir a su mente: “¿Debo arriesgar mi vida así como mi cargo en el gobierno? Si mañana soy devorado por los leones, ya no podré ayudar nunca más a mis compatriotas.”

¿Qué opciones tenía Daniel? ¿Orar a Dios mediante Darío? ¡Ni pensar! ¿Dejar de orar por un mes? ¡Menos! ¿Podría tal vez orar en secreto en vez de hacerlo con la ventana abierta mirando hacia Jerusalén como era su costumbre? Después de todo, Dios no había ordenado que sus hijos que se arrodillaran a orar con la ventana abierta. ¿Acaso no sería más inteligente que durante los siguientes treinta días orara en cualquier otro cuarto de la casa, lejos de las miradas curiosas de sus enemigos? Eso también era impensable para él. Siempre había adorado a su Dios abiertamente. Darles de pronto la impresión a sus enemigos de que había dejado

de orar como era su costumbre era tanto como negar a su Dios, y eso podría debilitar su testimonio ante los paganos. Si Daniel no había flaqueado cuando de joven se había negado a probar la comida de la mesa del rey, que era algo inaceptable para un judío, menos lo haría ahora a los ochenta años.

Cuando Daniel se enteró del decreto de Darío, no le tomó mucho tiempo decidir lo que iba a hacer. Subió a su aposento de la azotea, el cual usaba cuando deseaba estar a solas; allí, con la ventana abierta que miraba hacia Jerusalén, oró “como solía hacerlo antes”. Y no lo hizo con el propósito de desafiar la orden del rey, simplemente continuó con sus devociones diarias como siempre lo había hecho, sin interrupciones.

Oraba tres veces al día. Como muchos hijos de Dios, Daniel encontró que el apartar con regularidad cierto tiempo del día para sus devociones le ayudaba a concentrarse mejor en ellas. Las tres horas para la oración de cada día pueden haber sido las que mencionó el salmista David:

En la tarde, al amanecer y al mediodía oraré y clamaré,
y él oirá mi voz.

(Salmo 55:17)

¿Por qué oraba Daniel de cara hacia Jerusalén? El rey Salomón se había referido a esa costumbre como agradable a Dios cuando en su oración, en la dedicación del Templo, le había pedido a Dios que escuchara las oraciones de aquellos que “te suplican con el rostro hacia la tierra que tú diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre” (1 Reyes 8:48). El templo en Jerusalén era el lugar donde Dios venía a su pueblo con su misericordia, y donde ellos se acercaban a él en arrepentimiento y en fe. Para Daniel “orar con la cara hacia Jerusalén y el Templo era una seguridad y un fuerte recordatorio de que estaba orando al Padre reconciliado, ansioso por perdonar a sus hijos penitentes y listo para escuchar sus peticiones” (W.H. Franzmann, *Comentarios de historia bíblica*, Antiguo Testamento, p. 546).

Para Daniel hubiera sido fácil quejarse en esas circunstancias, pero si leemos con cuidado la descripción de sus oraciones hechas en la privacidad de su cuarto de la azotea, notamos que lo que menos pensaba hacer era quejarse de su amarga situación.

Primero que nada, se nos dice que *se arrodilló*. En lugar de tratar de que Dios le escuchara quejándose lastimosamente de su situación, Daniel se arrodilló con humildad. Aunque tenía una alta posición en el reino persa, gozando de poder, posición y prestigio, a los ojos de Dios era un pecador que nada merecía. Las oraciones de Daniel mostraban que reconocía humildemente que no tenía nada que reclamarle a Dios; Dios no le debía absolutamente nada.

Daniel oraba dando “*gracias delante de su Dios...*” Aunque se daba cuenta de que ese podría ser su último día sobre la tierra, y estando advertido del martirio que le esperaba, aun así Daniel encontraba razones para darle gracias a Dios. ¡Qué hermosa percepción en la mente de este hombre santo! Que aún diera gracias por la situación en que se encontraba. Usualmente le damos gracias a Dios *por las cosas que nos gustan*. ¿Pero no es esto realmente ingratitud? Decir: “Gracias Señor por algunas de las cosas que tú has permitido que vengan en mi vida, pero hay otras por las cuales honestamente no te agradezco.” Muchas veces fallamos miserablemente en entender lo profundo del amor divino, la sabiduría con la cual Dios ha planeado nuestra vida, el precio que paga para llevar a sus hijos a la gloria.

La oración de Daniel también es descrita como “*rogando en presencia de su Dios*”. La palabra que se usa aquí está relacionada con la palabra hebrea para “pedir misericordia”. En esos momentos difíciles de su vida, Daniel imploró la misericordia de Dios. Aunque no podía reclamar nada de él, sabía que el Dios de Israel se había revelado como Dios de amor inmerecido. Daniel apeló a la promesa que le había hecho el Señor de darle su gracia y fortaleza para enfrentarse a lo que le esperaba al día siguiente. Sobre todo porque esta podría ser su última oración. Y así oró para que Dios lo fortaleciera para no flaquear ante la persecución. ¡Qué

modelo de oración, y bajo condiciones que estaban muy lejos de ser las ideales!

¹¹ Se juntaron entonces aquellos hombres, y hallaron a Daniel orando y rogando en presencia de su Dios. ¹² Fueron luego ante el rey y le hablaron del edicto real:

—¿No has confirmado un edicto ordenando que cualquiera que en el espacio de treinta días pida a cualquier dios u hombre fuera de ti, rey, sea echado al foso de los leones?

Respondió el rey diciendo:

—Verdad es, conforme a la ley de Media y de Persia, que no puede ser abrogada.

¹³ Entonces respondieron y dijeron delante del rey:

—Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición.

¹⁴ Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarlo.

Dios no era el único testigo de la oración de Daniel, también los conspiradores conocían su costumbre de orar, y se acercaron a su casa para espiarlo. Encontraron lo que querían, y lo reportaron al rey.

El rey Darío quizás se sorprendió con la pregunta que le hacía este prominente grupo de funcionarios: “¿No has confirmado un edicto ordenando que cualquiera que en el espacio de treinta días pida a cualquier dios u hombre fuera de ti, rey, sea echado en el foso de los leones?” Pero no se quedó sin respuesta por mucho tiempo.

“Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti.” Si el rey ignoraba la conspiración contra Daniel, esas palabras ciertamente se lo hicieron saber. Sus enemigos se pudieron referir a él como “el que has nombrado a la cabeza de

ministros y sátrapas”. Pero al describirlo como uno “de los cautivos de Judá”, trataron de ponerlo en mal. El sólo hecho de mencionar sus antecedentes judíos ya lo señalaba como enemigo. Querían que el rey mirara a Daniel como ellos lo hacían; como un forastero, sin ninguna verdadera lealtad ni al rey ni al imperio.

El octavo mandamiento de Dios nos exhorta a interpretar de la mejor manera posible las palabras y acciones de nuestro prójimo, a tomar lo que él dice o hace de la manera más amable. Los acusadores de Daniel, sin embargo, le dieron la peor interpretación a sus acciones: “¿Continúa orando, oh rey, porque no tiene ningún respeto hacia ti!”

La reacción del rey no fue la que esperaban los conspiradores. “Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera.” Secretamente esperaban que se pusiera furioso porque uno de sus súbditos, y nada menos que un alto dignatario, se hubiera atrevido a desobedecerle. Pero Darío conocía muy bien a Daniel como para darle crédito a la acusación de su deslealtad. El rey no había pensado que su decreto le iba a exigir que Daniel comprometiera su fe. Lo último que el rey quería era persecuciones religiosas al iniciar su nuevo gobierno. Además del pesar que sentía, comprendió que su deseo de adulación le iba a costar la vida a su más fiel servidor público.

“Resolvió librar a Daniel” (literalmente, “se puso a pensar cuidadosamente cómo librar a Daniel”). En ese momento todo lo que el rey pensó fue en encontrar la forma de salvar a su fiel siervo. Percatándose de que no contaba con mucho tiempo, ya que la justicia oriental se caracterizaba por la rapidez con que llevaba a cabo las sentencias. Era costumbre ejecutar al criminal el mismo día en que se pronunciaba la sentencia. Así que el rey hizo todo lo posible hasta la hora de la puesta del sol para liberar a Daniel de la sentencia de muerte. No hay duda de que tenía asesores legales investigando todas las posibilidades existentes que cancelaran el cruel decreto que él mismo había firmado, o de que se hiciera una excepción en su caso. Demasiado tarde comprendió lo injusto de

la ley que había firmado. Era una ley medo persa y por lo tanto inquebrantable.

¹⁵ Pero aquellos hombres rodearon al rey y le dijeron:

—Sabes, oh rey, que es ley de Media y de Persia que ningún edicto u ordenanza que el rey confirme puede ser abrogado.

¹⁶ Entonces el rey ordenó que trajeran a Daniel, y lo echaron al foso de los leones. El rey dijo a Daniel:

—El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre.

¹⁷ Trajeron una piedra y la pusieron sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo acerca de Daniel no se cambiara. ¹⁸ Luego el rey se fue a su palacio, y se acostó en ayunas; no trajeron ante él instrumentos musicales, y se le fue el sueño.

En la mente del rey ya no quedaba duda de que sus mismos siervos lo habían involucrado en un complot contra la vida de Daniel. Esos conspiradores, primero que nada, lo habían persuadido para que proclamara el funesto decreto; luego, según sus propósitos, estuvieron vigilantes para ver orar a su víctima. Y ahora estaban presionando al rey para que ejecutara la pena de muerte sin dilaciones. Darío comprendió que había sido utilizado por esos hombres despiadados cuyo interés principal no radicaba en el bienestar del imperio sino en promover su propia carrera.

Mientras tanto, los corruptos políticos comprendieron inmediatamente que el rey sabía que había sido atrapado y ahora buscaba la forma de salvar a Daniel. Y para asegurarse de que el rey no hiciera ninguna excepción en este caso, le recordaron que el decreto que él mismo había firmado era absoluto e irrevocable.

Tremendamente apesadumbrado el rey Darío dio la orden de llevar a cabo la sentencia de muerte. Ordenó que los guardias arrestaran a su anciano y fiel siervo y que lo arrojaran al foso. Aunque Daniel estaba preparado para eso, debió haber sido un

gran golpe para él. No sólo estaba arrestado, sino también bajo sentencia de muerte. ¡Y todo su crimen había sido hablar con su Padre celestial!

En tanto que los guardias se preparaban para conducir a Daniel a la muerte, el rey le expresó este deseo: “¡El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre!” Recordemos que Darío habló como el pagano que era. De acuerdo con sus creencias, los dioses con frecuencia intervenían en los asuntos de los hombres. El rey trató de asegurarle a Daniel que si cualquier dios podía intervenir por un hombre digno, el dios de Daniel seguramente también lo haría por él. ¡Qué extraño que un rey pagano intentara consolar a quien enviaba a la muerte!

El foso tal vez era una cueva, seguramente que con una abertura en la parte de arriba y otra a un lado, como una puertecilla por la que se dejaba entrar a los animales. La persona que iba a ser el alimento de los leones se bajaba por la abertura superior. La entrada lateral fue bloqueada por una piedra y sellada. El sello, tal vez similar al que fue colocado en la tumba de nuestro Señor, estaba hecho de cera o arcilla con la impresión del sello real, el cual era comparable a una firma personal del rey y la de sus nobles. La piedra, por lo tanto, no podía ser removida a menos que se contase con la aprobación del rey y de sus funcionarios.

El rey regresó a su palacio muy afligido. Comprendía que era el responsable de la terrible injusticia de enviar a una muerte horrible a un hombre inocente. Se sentía tremendamente culpable, perdió el apetito y no podía dormir. La afirmación “no trajeron ante él instrumentos musicales” es confusa, primero porque los estudiosos bíblicos no están de acuerdo en el significado de la palabra aramea que se traduce como “instrumentos musicales” o “sin divertirse” (NVI). La traducción griega del Antiguo Testamento traduce “comida” como lo hace la Biblia alemana de Lutero. Los diccionarios dan varios significados: “Instrumentos musicales”, “bailarinas”, “concubinas”. El problema para los traductores se complica debido a que este es el único pasaje en que

se lee esa palabra en todo el Antiguo Testamento. Lo que sí estaba claro es que los asistentes del rey no le llevaron ninguno de los entretenimientos que acostumbraba, dado que estaba profundamente inquieto.

No es difícil imaginar algunos de los pensamientos que acudieron a la mente de Daniel la noche que estuvo en el foso de los leones. Fácilmente pudo haber creído que Dios lo había olvidado. Tal vez hasta pensó: “¡Qué forma tan extraña tiene el SEÑOR de terminar con toda una vida dedicada a su servicio! Por ochenta años he sido leal al Dios de mis padres. Fui deportado desde muy joven, he tenido que pasar la mayor parte de mi vida en esta tierra pagana. Y ahora voy a terminar en este lugar, ¡despedazado y comido por leones hambrientos!”

¹⁹ El rey se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones. ²⁰ Acercándose al foso, llamó a gritos a Daniel con voz triste, y le dijo:

—Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?

Al despuntar el alba, rey Darío estaba ante la entrada lateral del foso de los leones. En la débil luz llamó a Daniel, sin saber si le contestaría o no. “Daniel... el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?” El rey sabía que su fiel siervo no le había sido desleal, sino que había empleado toda su vida, incluyendo los sesenta años que había estado al servicio del gobierno, en continuo servicio a Dios.

Las palabras del rey fueron nuevamente las palabras típicas de un pagano. Aunque dijo que el Dios de Daniel es “el Dios viviente”, sólo estaba utilizando un nombre que había escuchado seguramente en boca de Daniel para referirse a Dios. Sin embargo, él personalmente no tenía la fe en este único y verdadero Dios como su Dios. Cuando dijo que Daniel había servido a Dios con perseverancia, sólo expresó la típica creencia del pagano que

piensa que la persona que ha cumplido diligentemente sus obligaciones para con los dioses tiene una buena oportunidad de ser recompensado por ellos. Esa no es la verdadera fe.

²¹ Entonces Daniel respondió al rey:

—¡Rey, vive para siempre! ²² Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hicieran daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo.

²³ Se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso. Sacaron, pues, del foso a Daniel, pero ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios.

El rey fue el primer sorprendido, y de la sorpresa pasó a la alegría de escuchar la respuesta de Daniel desde el profundo y oscuro pozo. “¡Rey, vive para siempre!” Sin duda esos no eran los quejidos de un moribundo despedazado por animales salvajes, era el respetuoso saludo de un hombre que sabía dirigirse a su rey. Daniel había sido acusado de deslealtad, pero aún en la situación tan tremenda por la que había pasado habló como el siervo sujeto a su monarca. No había deslealtad de su parte, ni tampoco resentimiento por el trato tan injusto que había recibido. ¡La alegre y respetuosa respuesta de Daniel indica que durmió mejor en el foso de los leones que el rey en su cómodo palacio!

“Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hicieran daño.” El único y verdadero Dios, el Dios que se reveló al antiguo Israel e inclusive les dio su Palabra escrita, había enviado a su ángel para rescatar a su fiel siervo y frustrar el malvado plan de sus enemigos. ¿Por qué había librado el Señor a Daniel de morir en las fauces de los leones? Medio siglo antes el profeta Jeremías claramente había establecido la razón cuando escribió:

Que por la misericordia de Jehová no
hemos sido consumidos, porque nunca
decayeron sus misericordias;
nuevas son cada mañana.

(Lamentaciones 3:22,23)

Daniel sabía esto, aunque no lo dijo aquí con todas las palabras. Lo que dijo mostraba que él sentía que era necesario aclarar otro malentendido. Su lealtad al rey había sido puesta en duda, lo que para un funcionario de su rango era un asunto sumamente serio. Daniel le explicó al rey: “Mi Dios envió su ángel... para que no me hicieran daño, porque ante él fui hallado inocente.” No estaba exento de pecado, sino que era inocente de las acusaciones que sus enemigos habían levantado tan injustamente contra él.

“Mi Dios envió a su ángel...” Los ángeles son espíritus que le sirven a Dios, a quienes él envía para servir a los que heredarán la salvación. Daniel lo sabía.

El ángel de Jehová acampa alrededor de los que lo temen
y los defiende. (Salmo 34:7)

Daniel, que estuvo rodeado toda la noche por las bestias salvajes, recordó la promesa del Señor:

Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza,
al Altísimo por tu habitación,
no te sobrevendrá mal
ni plaga tocará tu morada,
pues a sus ángeles mandará acerca de ti,
que te guarden en todos tus caminos.

(Salmo 91:9-11)

No sabemos si el ángel que cerró las fauces de los leones se le apareció visiblemente a Daniel en el foso, como lo hizo con sus tres amigos en el horno ardiente. Pero aunque Daniel no lo hubiese visto, él sabía que Dios había enviado un ángel para rescatarlo.

“¡Los leones... no me han hecho daño alguno!” (LBLA) El rey no podía creer lo que escuchaba. ¿Sería verdad lo que oía? Dio órdenes rápidamente para sacar a Daniel del foso y para que lo examinaran. No se encontró ni un solo rasguño en su cuerpo, “porque había confiado en su Dios”. El rey estaba convencido de que los severos requisitos de la ley medo persa habían sido cumplidos al pie de la letra. Un hombre había sido sentenciado a la muerte, pero Dios evidentemente había anulado la sentencia de muerte. Las manos *del rey* estaban atadas por el decreto, pero las manos *de Dios* estaban libres. *Darío* era incapaz de invertir el decreto real, pero *Dios* era capaz de anularlo.

24 Luego ordenó el rey que trajeran a aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados al foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos.

La mañana que le trajo buenas nuevas al rey Darío fue una mañana de malas noticias para las familias de los conspiradores. Una noche antes se habían ido a dormir con la plena confianza de que el odiado funcionario judío pronto iba a estar muerto. Para su asombro Daniel no sólo estaba vivo, sino que ahora ellos mismos iban a recibir el terrible destino que habían planeado para él.

Acostumbrados a nuestro sistema legal de justicia, nos parece extraña y hasta drástica la forma de justicia de los medos, que le imponía el castigo no sólo al criminal, sino aun a la esposa y a los hijos de los que habían urdido la muerte de Daniel. El historiador griego Herodoto nos describe este aspecto de las leyes persas: “Algunas leyes son abominables, mediante las cuales, por causa del crimen de una persona, todos sus familiares son condenados a la muerte.” El decreto del rey le iba a costar la vida a muchos de sus principales funcionarios; probablemente no a todos los 120 sátrapas, sino por lo menos a los cabecillas del complot contra

Daniel. Por lo visto, el rey sentía que alguien que hubiera sentenciado maliciosamente a muerte a un inocente no se le podía confiar un cargo en el gobierno.

Los hombres que habían planeado la muerte de Daniel fueron arrojados a los leones, junto con su familia. “Y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos.” Aquí no hay ninguna satisfacción maligna de parte del escritor, simplemente está reportando los horribles detalles, debido a que dan un vívido ejemplo de la justicia divina. Esos detalles también ilustran el gran milagro de la liberación de Daniel; si el ángel de Dios no hubiera cerrado las fauces de los leones, Daniel hubiera sufrido la misma suerte que sus enemigos.

El Salmista David, que había experimentado lo que es ser perseguido siendo inocente, escribió:

Pozo ha cavado y lo ha ahondado;
pero en el hoyo que hizo caerá.
¡Su iniquidad recaerá sobre su cabeza
y su agravio caerá sobre su propia coronilla!
(Salmo 7:15,16)

Los políticos envidiosos que habían tratado de cavar una tumba para Daniel en realidad habían cavado la suya propia. San Pablo expresó la misma verdad de la siguiente forma: “Todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gálatas 6:7).

La Biblia contiene docenas de relatos que ilustran cómo Dios libra a sus hijos de los peligros físicos, tal como lo hizo con Daniel. Sin embargo, tal vez se debe enfatizar que Dios no siempre recompensa la confianza de sus hijos de la manera como lo hizo con Daniel. Piense en Esteban, el primer mártir (Hechos 7); no fue liberado como pasó con Daniel. Dios tiene diferentes formas de liberar a sus hijos. Algunas veces nuestro Dios de gracia no permite que el peligro nos toque, pero otras veces sí deja que venga sobre nuestra vida (como lo hizo con su querido Hijo en el

Calvario) y lo hace para nuestro bien temporal y para nuestro bienestar eterno. De cualquier forma que el SEÑOR elija protegernos, el creyente orará:

En tu mano están mis tiempos...

No sea yo avergonzado, Jehová.

(Salmo 31:15,17)

²⁵ Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra:

«Paz os sea multiplicada. ²⁶ De parte mía es promulgada esta ordenanza: “Que en todo el dominio de mi reino, todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel.

**»”Porque él es el Dios viviente
y permanece por todos los siglos,
su reino no será jamás destruido
y su dominio perdurará hasta el fin.**

**²⁷ Él salva y libra,
y hace señales y maravillas
en el cielo y en la tierra;
él ha librado a Daniel
del poder de los leones.”»**

²⁸ Daniel prosperó durante los reinados de Darío y de Ciro, el persa.

Hay dos resultados notables de la milagrosa liberación de Daniel. Uno ya se ha mencionado. Los que tramaron contra Daniel sufrieron la muerte violenta que habían planeado para él. El segundo resultado se menciona aquí. El rey Darío proclamó un decreto honrando al Dios de Daniel.

Según las leyes medo persas, una vez decretado un edicto, ni el rey lo podía revocar. Pero puesto que claramente Dios las había anulado, el rey proclamó un nuevo decreto para reemplazar al anterior. Lejos de prohibir que se orara a Dios, el nuevo edicto les

mandaba a los súbditos, a través de todo el imperio, a que temieran y temblaran delante del gran Dios de Daniel. Puede ser que Daniel tuviera algo que ver con la reforma de esta nueva ley. La ley se enfocaba principalmente en la milagrosa liberación de Daniel y ordenaba que cada uno en el Imperio Persa tuviera en gran reverencia al Dios de Daniel.

¡Qué trágico que el gran milagro de Dios tuviese tan poco efecto sobre el rey! Darío, un pagano politeísta, no renunciaba a sus dioses paganos ni a la adoración de muchos dioses. Tampoco ordenó que la gente de su imperio adorara solamente al único y verdadero Dios. Sin embargo, dejó una cosa perfectamente clara: quería que los ciudadanos mostraran respeto al Dios de Daniel, no quería que nadie despertara la ira de este poderoso Dios.

Darío no confesó que el Dios de Daniel fuese el único Dios, sino que era sólo el más grande de entre los muchos dioses. A pesar de que no era un creyente del verdadero Dios, lo que proclamó es verdad: “Su reino no será jamás destruido y su dominio perdurará hasta el fin”. Dios proclama su verdad a veces hasta usando la boca de los mismos paganos. El decreto del rey iba a hacer más llevadera la vida de los judíos en su nueva patria.

“Daniel prosperó durante los reinados de Darío y de Ciro, el persa.” Dios aún tenía trabajo para Daniel. Como lo mencionamos en la introducción, muchos de los judíos exiliados decidieron no regresar a Judá cuando el rey Ciro lo autorizó. Aunque los enemigos de Dios trataron de arrebatarse a Daniel su puesto en el gobierno, Dios prosperó su carrera. El Señor lo capacitó para continuar trabajando en favor de los compatriotas suyos que decidieron hacer de Babilonia su hogar. Dios consideró apropiado prolongar el útil servicio de Daniel hasta el gobierno del rey Ciro, que por lo visto tomó el control directo del gobierno de la provincia de Babilonia después de la muerte de Darío.¹

Con este relato termina la sección histórica del libro de Daniel. El propósito del autor ha sido el de mostrar el milagroso poder del Dios de Israel entre un pueblo pagano que mantenía a su pueblo

en el exilio. Por medio de estos milagros Dios le brindó seguridad y aliento a su pueblo, hasta que consideró conveniente liberarlos.

Notas

¹ El versículo final de este capítulo también se puede traducir de esta manera: “Así Daniel prosperó durante el reinado de Darío, es decir, el reino de Ciro el Persa”. De acuerdo con esta traducción del versículo 28, Darío podría ser otro nombre para Ciro. Pero ya hemos hablado de eso en los primeros versículos del capítulo 6 de Daniel.

CUATRO BESTIAS, CUATRO REINOS Y UN GOBIERNO ETERNO

DANIEL 7

Con este capítulo se inicia la segunda parte del libro de Daniel. Los primeros seis capítulos del libro son básicamente históricos, con muy pocas profecías, los seis capítulos restantes son principalmente proféticos, con muy poca historia. Estos últimos capítulos comprenden cuatro diferentes visiones que Dios permitió que Daniel registrara (Capítulos 7, 8, 9 y 10-12).

La primera de las cuatro visiones cubre la mayor parte del tiempo; las tres visiones restantes se enfocarán en pequeñas partes del relato de la primera visión.

En general, la visión que Daniel tuvo en un sueño tiene que ver con el mismo asunto del primer sueño que Dios le dio al rey Nabucodonosor (capítulo 2), y que Daniel le interpretó al rey; ambos sueños hablan del levantamiento y de la caída de varias naciones. En el sueño de Nabucodonosor los cuatro reinos sucesivos fueron simbolizados por cuatro partes diferentes de una estatua; en el sueño de Daniel fueron representados por cuatro animales feroces que surgían del mar. Como en el capítulo 2, cuatro imperios sucesivos ascienden y caen, para ser seguidos por el establecimiento del reino eterno de Dios. Como estas visiones son el bosquejo del gran panorama de la historia del mundo, al libro de Daniel se le ha comparado con el Apocalipsis del Nuevo Testamento. Por ejemplo, el lenguaje figurado del capítulo 13 de Apocalipsis ha sido extraído del capítulo 7 de Daniel.

Pero, ¿por qué Dios le dio a Daniel esta visión que contenía una predicción detallada de lo que le espera al mundo, y en particular lo que les espera a los creyentes de los siglos venideros? Es bueno recordar que hacía casi setenta años el antiguo pueblo de Judá había sido llevado cautivo muy lejos de su hogar. Después de haber pasado todo ese tiempo en el exilio, posiblemente pensaron que Dios ya los había abandonado; así que para darle a

su pueblo la seguridad de que esto no era así, Dios le mostró a Daniel lo que le esperaba a su pueblo en el futuro, y le mandó que compartiera esa revelación con los exiliados judíos. Mediante esa visión especial que Dios le otorgó a Daniel, el pueblo de Dios iba a saber que no sólo iban a sobrevivir a la cautividad en Babilonia; sino que a su debido tiempo, cuando Dios lo juzgara conveniente, verán venir a la tierra al Mesías prometido. Y cuando regrese por segunda vez, en el día postrero para establecer su gobierno eterno, el pueblo de Dios gobernará con él. Lejos de estar a punto de extinguirse, al pueblo de Dios le esperaba un futuro brillante al lado del Señor.

7 En el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, tuvo Daniel un sueño y visiones de su cabeza mientras estaba en su lecho; luego escribió el sueño y relató lo principal del asunto.

La visión de Daniel tuvo lugar durante el primer año del reinado de Belsasar, el rey caldeo que ofreció el banquete del que se habla en el capítulo 5. En esa época Babilonia todavía era considerada como la nación líder en el mundo, pero su poder ya estaba entrando en decadencia. Belsasar fue el último de los reyes babilonios, el que ocupaba el trono cuando la gran capital cayó ante el ataque de los medo-persas comandados por Ciro. La visión que se describe en este capítulo ocurrió cuando Daniel tenía más o menos sesenta y cinco años de edad.

El sueño de Daniel consistió en varias visiones que Dios le permitió ver una noche mientras dormía. Su sueño no fue el producto de una viva imaginación ni de haber comido en exceso la noche anterior. Aquí se describe ese sueño como una serie de visiones que provenían de Dios. Por medio de ellas, Dios le estaba mostrando al profeta algo que de ninguna otra forma hubiera podido ver ni saber por él mismo.

Dios le reveló a Daniel una información de gran importancia tanto sobre el futuro cercano como sobre el lejano; esa información

les concernía no solamente a los imperios mundiales sino también al pueblo de Dios. Hablaba de naciones que se levantaban y caían, y de la venida del Mesías que venía a juzgar a sus enemigos y a rescatar a su pueblo para siempre. Daniel reconoció esa revelación como un mensaje sobrenatural de Dios.

Es importante repetir que esa revelación divina coloca al cristianismo como la religión verdadera aparte de todas las demás falsas religiones creadas por el hombre. Nos referimos a estas últimas como falsas religiones *naturales*, porque se originan en la mente humana. En contraste con ellas la verdadera religión cristiana es una religión *revelada*, puesto que se originó en la mente de Dios. La tenemos sólo porque Dios descorrió el velo y nos mostró cosas que de otra forma nunca hubiésemos conocido.

Daniel no recibió esta visión únicamente para su beneficio personal. Aunque en ese tiempo era un estadista de la corte caldea, también era el portavoz de Dios para el pueblo judío que vivía en el exilio. Jesús se refirió a él como “el *profeta* Daniel” (Mateo 24:15). Mientras el asunto estaba aún fresco en su mente, Daniel escribió las características esenciales de la gran cantidad de detalles que Dios le había revelado a él en la visión. Una profecía tan detallada es una evidencia significativa de la infalibilidad de las Escrituras.

² Daniel dijo: «Miraba yo en mi visión de noche, y vi que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar.

El relato inspirado de la visión de Daniel comienza así: “*Miraba yo en mi visión de noche...*” La frase “miraba yo,” que aparece diez veces en este capítulo, es una combinación especial de verbos que literalmente significan, “contemplaba yo atentamente”. Esa es una expresión significativa que resalta el hecho de que Daniel estaba fascinado por el cuadro que Dios le estaba mostrando y que él continuaba mirando atentamente para entender lo que Dios le estaba diciendo a través del sueño.

“Y vi que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar.” Aunque en los tiempos bíblicos el mar Mediterráneo se conocía comúnmente como el “Gran Mar”, es poco probable que Daniel esté hablando del mismo lugar. Sólo dos de las cuatro naciones que se mencionan en la visión de Daniel surgieron del área del Mediterráneo. Lo que aquí se está recalcando es que el caótico estado del mundo de esos días contribuyó al levantamiento de los cuatro poderes que aparecieron en las páginas de la historia antigua. La frase “los cuatro vientos” sugiere los cuatro puntos cardinales. El continuo bramar del gran mar representa la inquietud y la turbulencia política del mundo durante los últimos cinco siglos antes de Cristo, período durante el que aparecieron estos cuatro grandes poderes mundiales.

Lo que sigue es una descripción de cada uno de esos poderes mundiales. De los tres primeros se habla brevemente; mientras que el cuarto se describe con minuciosidad. El sueño de Nabucodonosor (capítulo 2) había mostrado sólo un cuadro parcial e incompleto de los cuatro imperios. La visión de Daniel nos da una descripción de lo que realmente eran estos cuatro reinos; nos da un conocimiento más profundo de su naturaleza porque nos revela su verdadero salvajismo. La historia nos enseña que cuando una nación olvida los mandatos de Dios, buscando en su lugar dominar a los demás, pierde sus rasgos humanos, y en efecto, se vuelve como una bestia.

³Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar.

En su sueño, Daniel vio cuatro bestias grandes (que se identifican después como cuatro imperios) que se levantaban sucesivamente para ocupar lugares poderosos y prominentes. Cada uno de esos imperios iba a tener una marcada influencia sobre el antiguo pueblo de Dios, a medida que iban apareciendo en el escenario mundial. Cada bestia era distinta de las demás; cada uno de los cuatro imperios tenía sus rasgos particulares.

En el sueño de Daniel aparecieron las cuatro bestias en etapa adulta. Aunque los cuatro animales eran terrestres, emergieron del mar. Y a pesar de eso, unos versículos más adelante en este mismo capítulo (versículo 17) se establece claramente que las cuatro bestias representaban cuatro reinos que iban a brotar *de la tierra*.

Primera bestia: Nabucodonosor y Babilonia

⁴La primera era como un león, y tenía alas de águila. Yo estaba mirando hasta que sus alas le fueron arrancadas; fue levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies, a manera de hombre, y se le dio corazón de hombre.

Tanto el león como el águila son conocidos como seres dominantes, uno como el rey de las bestias, el otro como el rey de las aves. La primera bestia se asemejaba al león, debido a su gran fuerza; sin embargo, contaba además con alas que la capacitaban para moverse con rapidez y conquistar grandes y lejanos territorios. Sus cualidades la hicieron un poder digno de ser tomado en cuenta en la política del antiguo Cercano Oriente.

A nosotros nos puede parecer extraño leer acerca de un león alado, pero no fue así para Daniel. La primera bestia de su sueño representaba al Imperio Babilónico, o más específicamente, al gran rey Nabucodonosor. Los arqueólogos han excavado calles y templos de la bella y antigua capital caldea y han encontrado estatuas de leones alados, que guardaban simbólicamente las puertas del palacio real en la hermosa capital del imperio. Entonces el león alado era un emblema del poder babilónico.

No está por demás señalar, en relación con la visión de Daniel, que la fundación de un imperio se inició precisamente en Babilonia con el deseo de conquista. Anteriormente había habido ciudades - estados, pero Nimrod de los camitas, rama de la familia de Noé, fue el primero en controlar a cuatro ciudades (Génesis 10:8-12). Por eso, él fundó el primer imperio.

Mientras Daniel estaba observando, la eficacia del poder de la primera bestia fue destruida. Las alas que la habían hecho capaz de moverse tan rápidamente le fueron arrancadas, y la bestia misma fue arrancada de la tierra. Y, al no tener en qué sostenerse con firmeza, fue incapaz de atacar a sus enemigos. La afirmación “se le dio corazón de hombre” se considera como referida a la recuperación de la locura temporal de Nabucodonosor, cuando le fue quitada la habilidad para gobernar (Daniel 4:28 ss). Después de sufrir la humillación de su locura Nabucodonosor pasó de portarse como un animal salvaje, a comportarse como un ser humano, pero sin la codicia por el poder.

Segunda bestia: Medo Persa

5»Vi luego una segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro. En su boca, entre los dientes, tenía tres costillas; y se le dijo: “Levántate y devora mucha carne.”

El imperio que derrocó y sucedió al de Babilonia fue el Imperio Medo-Persa del rey Ciro. Daniel vio a ese imperio simbolizado por una bestia parecida a un oso.

La afirmación: “La cual se alzaba de un costado más que del otro”, es difícil y ha sido muy discutida. Quizás se entienda mejor como la parte principal que ocupaba Persia en la alianza medo-persa. La característica sobresaliente de esta bestia era su deseo de devorar y conquistar. Las palabras “En su boca, entre los dientes, tenía tres costillas” describen el destino que sufrió toda nación que se le opuso durante los dos siglos que fueron los años gloriosos del Imperio Medo-Persa. Las tres costillas corresponderían “muy bien a las tres principales conquistas del imperio medo-persa: Lidia, Babilonia y Egipto” (Archer, *Reseña crítica de una introducción al Antiguo Testamento*, p. 436). Daniel escuchó una voz que le decía a esta bestia: “Levántate y devora

mucha carne”. Esta era probablemente la voz de Dios que le otorgaba a Ciro autoridad para subyugar a muchas naciones.

Tercera bestia: Grecia

6»Después de esto miré, y vi otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas. Esta bestia tenía cuatro cabezas; y le fue dado dominio.

Aunque no es tan grande ni tan fuerte como un león o un oso, el leopardo es un enemigo formidable. Aunque se le conoce más por su velocidad, es también un asesino. Este animal simbolizaba las pequeñas fuerzas griegas de Alejandro el Grande, que con un ejército de sólo 30,000 soldados, atacó al enorme Imperio Medo-Persa, que dominaba desde la India al este hasta Turquía al oeste, y al sur hasta Egipto. Sólo le tomó doce años completar su conquista, así que este hombre a la edad de treinta años se convirtió en el amo del mundo.

“Con cuatro alas de ave en sus espaldas”: Contrastando con la bestia de dos alas que simbolizaba a Babilonia en el sueño de Daniel, esta bestia parecida al leopardo tenía cuatro alas, lo que le favorecía bastante para conquistar más rápidamente, estableciendo los principios de lo que se llegaría a conocer como *Blitzkrieg*, “guerra relámpago”.

Daniel vio que la bestia que simbolizaba a Grecia tenía cuatro cabezas. Cuando Alejandro murió súbitamente a la edad de 33 años, no apareció en escena ningún otro líder fuerte que fuera capaz de reemplazarlo. Por lo tanto, como resultado su imperio se dividió en cuatro partes: Grecia, Asia Menor, el Imperio Seleúcida (incluyendo a Siria, Babilonia y Persia) y Egipto. Cada uno fue gobernado por los generales de Alejandro.

Al examinar la historia del imperio de Alejandro uno no puede dejar de comprender la verdad de la afirmación de Daniel: “le fue dado dominio [para gobernar]”, no por Alejandro, sino por Dios

mismo. “Ninguna otra explicación puede darse al hecho de que con sólo 30,000 hombres fue capaz de conquistar los ejércitos persas compuestos por varios cientos de miles de hombres” (Feinberg, *Daniel, el hombre y su visión*, p. 88).

Cuarta bestia: Roma

7»Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y vi la cuarta bestia, espantosa, terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos grandes dientes de hierro; devoraba y desmenuzaba, pisoteaba las sobras con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que había visto antes de ella; y tenía diez cuernos.

La cuarta bestia que Daniel vio en su visión difiere de las demás en que intencionalmente a ésta no se le había dado nombre. No hay ningún animal que tenga las características que muestra la nación que aquí se simboliza, rasgos que la señalan como algo tan terrible que está más allá de toda descripción: “espantosa, terrible y en gran manera fuerte”. Tenía largos dientes de hierro, el mismo metal que simbolizó al Imperio Romano en el sueño de Nabucodonosor (capítulo 2). La bestia que Daniel vio tenía diez cuernos. Como los animales con frecuencia usan los cuernos como armas para matar a sus enemigos, en el Antiguo Testamento el cuerno se consideraba como un símbolo de fuerza. Ahora, este animal tenía diez cuernos, que representa una fuerza extraordinaria, especialmente en los diez reyes a los que se refiere en el versículo 24.

El imperio que es simbolizado por la cuarta bestia sólo puede ser Roma, que reemplazó a Grecia como la nación líder y se caracterizó por su despliegue de fuerza bruta. Roma tenía poco interés en mejorar el nivel de desarrollo de las naciones que conquistaba. “Devoraba y desmenuzaba, pisoteaba las sobras con sus pies”. La meta que tuvo el Imperio Romano fue destruir,

aplastar, conquistar. Esta bestia se describe más minuciosamente debido a que en la visión tiene mayor significado que las otras bestias, como lo muestran los versículos que siguen.

8»Mientras yo contemplaba los cuernos, otro cuerno pequeño salió entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros. Este cuerno tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con gran insolencia.

Anteriormente se dijo que el mensaje de este capítulo es muy parecido al del sueño de Nabucodonosor que se relata en el capítulo 2. En aquél sueño figuraban los mismos cuatro reinos, pero en la visión de Daniel se da mucho más detalle del cuarto imperio. Presenta la historia de este reino en tres etapas: primero, *la bestia misma*; luego, *sus diez cuernos* (diez reyes); y finalmente, *el pequeño cuerno*.

En el caso de las primeras tres bestias que Daniel vio, cada una apareció por cierto tiempo para luego desaparecer y ser reemplazada por otra. Sin embargo, eso no ocurrió con la cuarta bestia, Daniel vio que en la bestia misma se produjo un cambio. Entre los diez cuernos apareció un cuerno pequeño, el cual empujaba hacia fuera, arrancando desde su raíz a tres de sus compañeros. Eso parece implicar que aunque este cuerno era pequeño cuando apareció por primera vez, más tarde llegó a ser el mayor de todos, desarraigando a tres de los cuernos originales, y adueñándose de su influencia.

En el cuerno pequeño Daniel notó dos ojos como los de un hombre, y una boca que hablaba jactanciosamente. Dice después que blasfemaba “contra el Altísimo” (versículo 25), describe el carácter e inteligencia humanos de un nuevo personaje que se va a describir en gran detalle más adelante en este mismo capítulo. Tenía una boca que hablaba “grandes cosas” (versículo 8, RV-60), renegando con arrogancia contra Dios y persiguiendo a su pueblo. La descripción de este cuerno corresponde a la de la bestia que se

describe en el Apocalipsis de San Juan (13:5-8; 17:11-14) Simboliza el falso gobierno de Satanás, que tratará de tomar el lugar de Jesucristo, el verdadero gobernante del mundo.

⁹»Estuve mirando

hasta que fueron puestos unos tronos

y se sentó un Anciano de días.

Su vestido era blanco como la nieve;

el pelo de su cabeza, como lana limpia;

su trono, llama de fuego,

y fuego ardiente las ruedas del mismo.

¹⁰Un río de fuego procedía y salía de delante de él;

miles de miles lo servían,

y millones de millones estaban delante de él.

El Juez se sentó

y los libros fueron abiertos.

Aquí está el punto culminante de la visión nocturna de Daniel. La sucesión de reyes terrenales terminó, y Dios tomó su lugar. “Fueron puestos unos tronos”, debido a que Dios estaba por emitir su último juicio. Y como el juicio de que se habla aquí es el juicio final, es evidente que lo que Daniel contemplaba de la cuarta bestia iba a tomar largo tiempo, comenzando con el levantamiento del Imperio Romano hasta la segunda venida de Cristo.

Esta es una característica importante de la visión que Dios le dio a Daniel, el mar (el mundo político) y las cuatro bestias (cuatro poderes sucesivos) en realidad no son los que deciden cuando se levantan y cuando caen. A Daniel se le permitió ver que Dios le había puesto un límite a su poder e influencia. En su sueño Daniel vio una corte celestial con unos tronos, que son símbolos de autoridad real. Dios es quien dice la última palabra en la historia, así como tuvo la primera palabra en la creación.

Los procedimientos de la corte eran conducidos por uno al que se llama “Anciano de días”. Este título poco usual, que se usa sólo

en esta parte de las Escrituras, se refiere al misterio de que Dios es eterno. El título contrasta la permanencia inalterable de Dios con lo inconstante e inestable de las estructuras humanas. Dios, eterno y majestuoso, ya estaba activo mucho antes de que las naciones y los imperios hicieran su aparición en la escena del mundo. Aquí el Anciano de días se ve sentenciando a sus enemigos y otorgando un nuevo y espléndido reino al Mesías.

La visión que Dios permitió que Daniel experimentara no fue sólo una visión magnífica, sino también tremendamente imponente. Durante el tiempo del Antiguo Testamento, cuando Dios quería aparecer visiblemente ante su pueblo, usualmente lo hacía en forma de fuego, nube y humo. Piense en la aparición a Moisés en la zarza ardiente (Éxodo 3:1ss), o a Israel en el monte Sinaí (Éxodo 19:16-18), o a Ezequiel en el tiempo de su llamamiento (Ezequiel 1). El término bíblico para este fenómeno de la aparición de Jehová en fuego, nube y humo es “la gloria de Jehová” (Éxodo 24:16ss; Levítico 9:23ss; Números 14:10; 16:19,42; 1 Reyes 8:11).

Así es como el Dios del pacto se le apareció a Daniel en su visión. Cuando el Dios eterno y majestuoso ocupó su trono para juzgar a sus enemigos, “su trono [era] llama de fuego, y fuego ardiente las ruedas del mismo”. Dios se presenta sentado en un trono que es como un carruaje real, tal como Ezequiel lo vio (Ezequiel 1:15 ss.). Un río de fuego fluía constantemente desde el Anciano de Días, simbolizando el sello de fuego que destruirá a sus enemigos y rescatará a su pueblo. Millares de ángeles rodeaban el trono de Dios, ansiosos por cumplir su mandato, añadiendo con su presencia la majestuosidad de la gloria de Dios.

“Los libros fueron abiertos.” En el idioma de las Escrituras el libro de Dios es antes que nada su registro familiar, en el cual están escritos los nombres de los que le pertenecen (Éxodo 32:32; Salmo 69:28). Que el nombre de uno esté inscrito en ese libro significa ser salvo; el que no aparezca en él significa que está condenado. En Apocalipsis 20:12 se mencionan otros libros de Dios, libros en

los que están inscritas las obras por las que Dios juzgará a las personas. Quizás son ambos libros los que se mencionan en el libro de Daniel. El Anciano de Días ha sido testigo de las obras de los hombres y de las naciones. Poseía toda la evidencia cuando tomaba sus decisiones. Cuando se preparaba para emitir sus juicios sobre las cuatro bestias y el pequeño cuerno, no juzgaba ni arbitraria ni injustamente.

¹¹»Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes insolencias que hablaba el cuerno; y mientras miraba mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para quemarlo en el fuego. ¹²También a las otras bestias les habían quitado su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo.

Daniel continuó mirando estático el desenvolvimiento del juicio final de Dios. Escuchó al pequeño cuerno hablando con jactancia. Es evidente que lo que decía era algo impío, puesto que el juicio de Dios cayó sobre la cuarta bestia y sobre el cuerno. El cuerpo de la bestia, incluyendo el cuerno, fue hecho pedazos y echado al fuego. Eso se debe entender no como un aniquilamiento, sino como un castigo eterno.

Nada se ha mencionado de lo que les ocurrió a las otras tres bestias, las que simbolizaban a Babilonia, a Medo-Persia y a Grecia. La visión de Daniel sólo había revelado que cada una de ellas fue a su vez sucedida por otro imperio. Después de que el terrible fin de la cuarta bestia fue descrito, Daniel narra el final que tuvieron las otras. Se les había despojado de su autoridad, pero se le permitió a cada una continuar aún por cierto tiempo. Y ahora ese tiempo había llegado a su fin.

¹³»Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre;

**vino hasta el Anciano de días,
y lo hicieron acercarse delante de él.
14 Y le fue dado dominio, gloria y reino,
para que todos los pueblos,
naciones y lenguas lo sirvieran;
su dominio es dominio eterno,
que nunca pasará;
y su reino es uno que nunca será destruido.**

Un nuevo personaje se le apareció a Daniel en su visión. Era el Mesías prometido, el Dios-Hombre, el Salvador del mundo. Algunos de los detalles que nos ayudan a identificar a Jesucristo en la visión de Daniel son los siguientes:

1. Se dice que es “como un hijo de hombre”, un ser humano, no otra de las terribles bestias. Sabemos por el Nuevo Testamento que Cristo, que con frecuencia utilizó la terminología del Antiguo Testamento al hablar de él mismo y de su obra, se refería a él mismo como “el Hijo del Hombre”. La humilde aparición de Jesús sobre la tierra, como el más sumiso de los humanos, enfatizó que su propósito no era el de atemorizarnos ni el de abrumarnos, sino el de ganar nuestra confianza para conquistarnos por medio del sacrificio de su amor.
2. Se le presenta viniendo “con las nubes del cielo”, no emergiendo del mar como hicieron las bestias, ni de pie sobre la tierra como estamos nosotros. Con esto nos vienen a la mente las propias palabras de Jesús: “Y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo” (Marcos 14:62).
3. Le fue dado dominio absoluto e ilimitado sobre todos los pueblos y para toda la eternidad, en contraste con el dominio limitado que los sucesivos imperios tuvieron en cierta área del mundo por un período de tiempo.

4. Todos los pueblos conocían su poder. La visión de Daniel mostró claramente el cumplimiento de la profecía del apóstol Pablo que “en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor” (Filipenses 2:10s).

Aquí se revela la meta final de toda la historia del mundo cuando el Mesías toma las riendas del gobierno eterno entre su pueblo, a quien ha comprado con la sangre de su misma vida.

¹⁵»A mí, Daniel, se me turbó el espíritu hasta lo más hondo de mi ser, y las visiones de mi cabeza me asombraron. ¹⁶Me acerqué a uno de los que allí estaban y le pregunté la verdad acerca de todo aquello. Me habló y me hizo conocer la interpretación de las cosas:

¹⁷»“Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. ¹⁸Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre.”

Daniel se turbó profundamente por lo que Dios le había mostrado acerca del futuro. En su sueño había visto el levantamiento y la caída de imperios mundiales, había sido testigo de la blasfemia y de la rebelión contra el Señor e inclusive el punto culminante de la historia del mundo con el dominio eterno de Jesucristo. “A mí, Daniel, se me turbó el espíritu hasta lo más hondo de mi ser.” Los profetas, portavoces de Dios que escribieron los libros del Antiguo Testamento, no eran máquinas sin sentimientos; al contrario, sentían profundamente el estado espiritual que prevalecía en esos días. Daniel, al ver el caos político en el que pronto iba a estar sumergido el mundo, sintió gran dolor.

Probablemente Daniel pudo haber adivinado el significado de la visión, ya que era muy parecida al sueño de Nabucodonosor que él había interpretado. Pero quería saber su significado completo y autorizado; por consiguiente, en su visión se aproximó a uno “de

los que allí estaban” que al parecer era uno de los ángeles que rodeaban el trono del Señor, y le pidió una explicación de lo que había visto. El intérprete celestial le dio un breve resumen. Primero definió a las bestias como *reyes*. Unos versículos más adelante en el versículo 23, le comentó a Daniel que la cuarta bestia representaba un *reino*. Las dos ideas son intercambiables en la visión.

Lo que Dios le mostró a Daniel fue el levantamiento de cuatro poderes mundiales distintos y su destrucción final, culminando con el establecimiento del reino eterno de gloria de Dios. El ángel también le explicó que cuando el Salvador prometido tome el reino de poder, va a compartir el gobierno con sus santos, aquellos que por fe tienen el perdón de los pecados y son considerados santos delante Dios. “Si sufrimos, también reinaremos con él”, le aseguró San Pablo a Timoteo (2 Timoteo 2:12).

¹⁹»Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y pisoteaba las sobras con sus pies; ²⁰asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que le había salido, ante el cual habían caído tres. Este mismo cuerno tenía ojos y una boca que hablaba con gran insolencia, y parecía más grande que sus compañeros. ²¹Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos y los vencía, ²²hasta que vino el Anciano de días, y se hizo justicia a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino.

²³»Dijo así:

»“La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará.

²⁴Los diez cuernos significan que de aquel reino//se levantarán diez reyes;

y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y derribará a tres reyes.

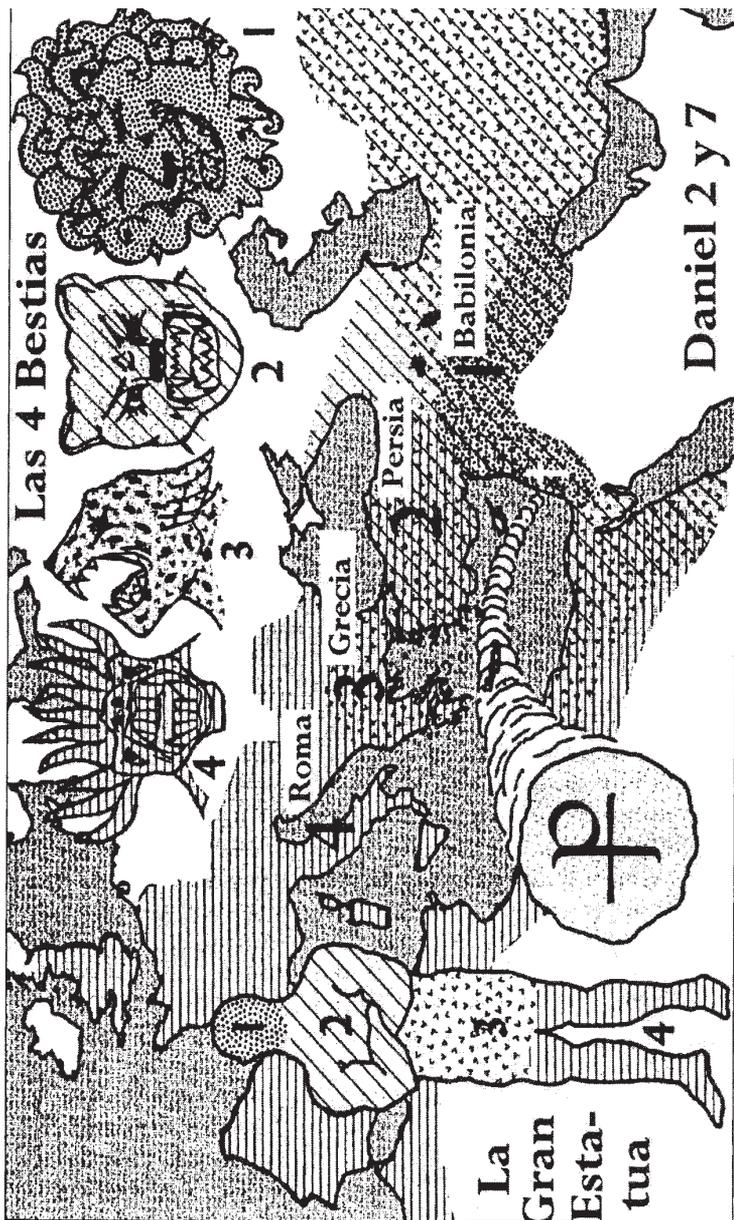
²⁵ Hablará palabras contra el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantará y pensará en cambiar los tiempos y la Ley; y serán entregados en sus manos hasta tiempo, tiempos y medio tiempo.

Daniel quiso saber más sobre la cuarta bestia, la que por su apariencia horrible y por su ferocidad sin par era la más espantosa de todas. Quería escuchar más sobre sus diez cuernos, y particularmente sobre el cuerno pequeño que había hecho tanta maldad.

El intérprete celestial le explicó que la historia del mundo, comenzando con el Imperio Romano, se iba a caracterizar por persecuciones violentas que irán en aumento y en las cuales se incluirá también al pueblo de Dios. Los diez cuernos simbolizaban el pequeño número de estados en que se convertiría el Imperio Romano al desintegrarse.

Un descendiente sin nombre del Imperio Romano, representado por el pequeño cuerno, usurpará la autoridad de los otros cuernos pretendiendo ser el vocero de los demás. Ese enemigo blasfemará contra el Altísimo, atribuyéndose el honor que sólo a Dios le corresponde.

El sueño de Daniel señalaba que ese enemigo de Dios estará contra su pueblo. Los perseguirá, los oprimirá; y el enemigo hasta parecerá el vencedor en su guerra contra ellos (vea Apocalipsis 11:7; 13:5-7). En su rebelión contra los buenos deseos de Dios “pensará en cambiar los tiempos y la Ley”, ignorando a a su antojo tanto las leyes humanas como las divinas. Uno piensa en la solemne advertencia que hizo Cristo de que a medida que el mundo avance a su fin las persecuciones contra el pueblo de Dios se incrementarán y, de ser posible, extraviarán a los mismo elegidos de Dios (Marcos 13:22).



El mapa de los cuatro reinos

A pesar del privilegio de estar contemplando el desenvolvimiento de la historia de la humanidad, Daniel no sabía con exactitud quién era el enemigo que se simbolizaba por el pequeño cuerno. En las Escrituras inspiradas del Nuevo Testamento Dios nos ha dado más información al respecto. San Pablo nos ayuda a identificar al enemigo que se profetiza en la visión de Daniel que señala al Anticristo como “el hijo de perdición”, que “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto, que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4). Es el rey sustituto de Satanás, que pretende destronar a Jesucristo en el corazón del pueblo de Dios. La descripción encaja con el papado de la Iglesia Católica Romana.

La historia de la iglesia ha documentado que él ha luchado contra los santos. Martín Lutero lo experimentó. Recuerde que el papa lo amenazó con la excomunión y con la muerte si no detenía su obra de reforma. Un siglo antes de Lutero, Juan Hus, un predicador de Praga, Checoslovaquia, fue quemado en una estaca por orden del papa. ¿Y cuál fue su crimen? El hecho de haber publicado una Biblia en el idioma del pueblo. Donde el Anticristo ejerce control, la vida de los hijos de Dios no es fácil. Piense por ejemplo que, a través de los años, el papado ha atacado duramente las enseñanzas bíblicas de que los pecadores son justificados sólo por la fe en Jesucristo. Con esos ataques ha extraviado a muchos de la verdad (Apocalipsis 13:7-10; 16 s).

Tal vez lo más aterrador de la explicación del ángel acerca del pequeño cuerno es su declaración: “a los santos del Altísimo quebrantará... y serán entregados en sus manos hasta tiempo, tiempos y medio tiempo”. Los santos serán incapaces de resistirse a este enemigo por sus propias fuerzas, y Dios le permitirá tener algún éxito en su profana conducta.

Mucho se ha escrito sobre el significado de los términos “tiempo, tiempos y medio tiempo”. Es claro que al enemigo que se simboliza por el pequeño cuerno se le permitirá hacer su obra por un cierto período de tiempo, pero, ¿por cuánto tiempo

exactamente? A juzgar por los pasajes paralelos del Antiguo y del Nuevo Testamento, “tiempo, tiempos y medio tiempo” parece equivaler a tres años y medio (Daniel 12:11 s; Apocalipsis 12:6,14; 13:5).

Pero ¿cuál es el significado de tres años y medio? Algunos han tomado este número simbólicamente como *el número del Anticristo* (de acuerdo a este punto de vista, si siete es el número simbólico del pacto, entonces tres y medio puede simbolizar un pacto roto). Otro punto de vista toma este tres y medio como *menos que cuatro*, el número que simboliza lo universal. Una tercera opinión es que *el progreso de las actividades del Anticristo* son de una duración, tal duración sería luego de doble tiempo (como si su opresión nunca acabara), para repentinamente terminar después de sólo medio tiempo más.

Independientemente de cómo interpretemos esta difícil frase, una cosa es clara: así como es de mortal y destructora la obra del Anticristo, así también llegará a su fin. Esta también es la seguridad que el intérprete celestial le dio a Daniel en los versículos finales del capítulo.

²⁶ Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio, para que sea destruido y arruinado hasta el fin, ²⁷ y que el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo sean dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios lo servirán y obedecerán.”

²⁸ »Aquí fue el fin de sus palabras. En cuanto a mí, Daniel, mis pensamientos me turbaron y mi rostro se demudó; pero guardé el asunto en mi corazón.»

Al pequeño cuerno se le muestra como teniendo también su día de gloria. Pero cuando la blasfemia del Anticristo haya alcanzado su apogeo, Dios repentinamente intervendrá con su

juicio. Al fin del mundo le pondrá fin al dominio del enemigo y lo destruirá en el lago de fuego.

La iglesia de Jesucristo saldrá finalmente victoriosa. La iglesia militante será entonces la iglesia triunfante; todos los creyentes compartirán la victoria del Salvador, así como su reino.

Todo esto produjo en Daniel una mezcla de emociones. Estaba turbado y palideció. Haber visto algo tan terrible como la predicción de los días tenebrosos que les esperaban a los creyentes fue devastador para este hijo de Dios, cuyo corazón latía con lealtad para Dios y para su pueblo.

Daniel sabía que Dios le había mostrado algunos de sus secretos sagrados: reinos que se derrumbaban y reinos que ascendían, amenazas de persecuciones para el pueblo de Dios, juicios que caen sobre los enemigos de Dios. Para Daniel fue demasiado para asimilar de una sola vez. Sin embargo, no trató de olvidar el sueño ni de cerrar los ojos a la verdad que Dios le estaba enseñando. Era difícil captar todo de golpe, pero Daniel continuó reflexionando sobre lo que Dios le había dicho, tal como la virgen María hizo después de haber dado a luz al Salvador: “Guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lucas 2:19). Para entender el predicamento en el que se encontraba Daniel, uno debe recordar que él vivió antes de que ocurriera cualquiera de los eventos que se predicen en su visión. En vista de eso, su reacción es bastante entendible y loable.

El capítulo 7 es el fin de la sección aramea del libro. Los capítulos 2 a 7 del libro de Daniel dan el mensaje de Dios para el mundo, y este mensaje fue puesto a disposición de las naciones en arameo, el idioma internacional de la diplomacia que prevalecía en esos días. Los cinco capítulos restantes del libro de Daniel contienen un mensaje dirigido primeramente al pueblo judío, y fueron por lo tanto escritos en el idioma hebreo.

DOS ÉPOCAS TERRIBLES SE APROXIMAN PARA EL PUEBLO DE DIOS DANIEL 8

Como ya hemos dicho, los capítulos 2-7 de Daniel fueron escritos en el idioma arameo, el lenguaje internacional de esos días y por lo tanto el idioma que se hablaba en Babilonia, la tierra del exilio de Judá. Dios consideró conveniente darles a los imperios mundiales su mensaje acerca del comportamiento y del destino que iban a tener en su propio idioma. Por otro lado, a los babilonios y a los persas les tenía sin cuidado lo que le pudiera pasar al pueblo de Dios en el futuro. Y así, en los capítulos 8 a 12, el autor describe ese futuro en el idioma del antiguo Israel, el hebreo.

Los últimos capítulos del libro de Daniel no son una lectura agradable. Un futuro verdaderamente difícil le espera al pueblo de Dios, y Dios no quería que lo enfrentaran sin estar preparados. El capítulo 8 de Daniel menciona las dos épocas aterradoras que le esperaban al pueblo de Dios; la primera era una época de extremo sufrimiento en un futuro inmediato. La segunda era un período de peligro y de engaño en un futuro más distante. Para nosotros hoy en día una de esas épocas ya ha pasado; mientras que la otra se encuentra parcialmente por venir. Es necesario leer cuidadosamente este capítulo para comprender mejor lo que ocurrió con el pueblo de Dios en el pasado, y para prepararnos para enfrentar los peligros a los que estaremos expuestos como hijos de Dios en los días venideros.

8«En el año tercero del reinado del rey Belsasar, yo, Daniel, tuve una visión, después de aquella que había tenido antes. ²Miraba yo la visión, y en ella yo estaba en Susa, que es la capital del reino, en la provincia de Elam. En la visión, pues, me veía junto al río Ulai. ³Alcé los ojos y miré, y había un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más

alto que el otro, y el más alto creció después. ⁴Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni había quien escapara de su poder. Hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía.

Las primeras palabras de este capítulo muestran que Dios le envió nuevamente una visión a Daniel. Sus primeras palabras expresan casi sorpresa ante lo inesperado del acontecimiento. Dios ya lo había honrado con una extraordinaria visión, la que se registra en el capítulo anterior. ¡Y ahora le daba otra! Ésta última fue tan impresionante que Daniel recordó hasta el tiempo exacto en que ocurrió. Aconteció en el año tercero del reinado de Belsasar, rey de Babilonia, lo que nos coloca en los últimos años del Imperio Babilónico.

“Miraba yo la visión, y en ella yo estaba en Susa.” Susa, localizada a unos 120 km al norte del golfo Pérsico, se iba a convertir después en el palacio veraniego de los reyes persas. Y como la visión de Daniel predijo la caída del mismo Imperio Persa, el lugar es realmente un escenario muy apropiado para la visión. Y como en ese tiempo la ciudad todavía no era tan conocida, Daniel nos da su ubicación: “en la provincia de Elam”. Entendemos que la expresión “Miraba yo la visión y en ella yo estaba en Susa...” significan que Daniel estaba allí sólo en espíritu, no en persona. Miraba yo la visión y en ella yo estaba en Susa.

Mientras que la primera mitad del capítulo presenta los detalles de la visión de Daniel, la segunda mitad los interpreta. En vez de tratar primero con los detalles y luego discutir su interpretación por separado, se incluirá algo de la interpretación en la explicación de los mismos pormenores.

Como en el capítulo anterior, aquí nuevamente se usan los animales para simbolizar los imperios mundiales. En lugar de un oso y de un leopardo (como en 7:5,6), un carnero con dos cuernos simboliza al Imperio Medo-Persa, y un carnero con un cuerno es el Imperio Griego de Alejandro el Grande. Esta visión dirige

nuestra atención a una pequeña parte de la visión más extensa del capítulo 7, en la que se describe el surgimiento y la caída de los imperios babilonio, medo-persa, griego y romano, para terminar con el establecimiento del reino mesiánico.

En la visión de Daniel la historia del Imperio Medo-Persa se describe a grandes rasgos. “Alcé los ojos y miré, y había un carnero;... tenía dos cuernos;... uno era más alto que el otro.” A Daniel no se le dejó sin la respuesta de quién estaba representado por el carnero de su visión. Un poco después en este capítulo el ángel Gabriel le explicó: “En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos: estos son los reyes de Media y de Persia.”

Nuestra atención se dirige a un imperio que estaba formado por dos países. Persia se localizaba en lo que actualmente conocemos como Irán; el antiguo Media estaba al norte de Persia, hacia lo que ahora es el mar Caspio. Media llegó al poder antes que Persia pero nunca alcanzó la grandeza política y militar que distinguió al Imperio Persa. Cuando el rey Ciro ascendió al poder, cerca del año 550 a.C., obtuvo el control de Media manipulando las cosas hasta formar un imperio combinado, con su propio país como el más importante de los dos. En la visión de Daniel, Persia era el cuerno que “era más alto que el otro”. Por esta razón los historiadores usualmente se refieren a éste como el Imperio Persa; y al período de la historia comprendido aproximadamente entre los años 550-335 a.C. se le conoce por el período persa.

Daniel vio que en su visión el carnero acometía hacia el poniente, al norte y al sur. El Imperio Persa se describe como extendiéndose desde el este y esparciéndose hacia el norte atravesando lo que hoy conocemos como Irak, hacia el poniente hasta Palestina y Asia Menor (lo que hoy es Turquía), y al sur hacia Egipto. La historia dice que Ciro logró todo esto con una facilidad asombrosa. “Hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía.”

Daniel le prestó mucha atención a los detalles de la visión que Dios le mostró. Sabía que todo lo que miraba tenía un significado más profundo, así que observó intensamente para poder entender cuál era. De pronto una nueva cara de la visión atrajo su atención.

⁵»Mientras yo consideraba esto, un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. ⁶Vino hasta el carnero de dos cuernos que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. ⁷Lo vi llegar junto al carnero; se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos; y el carnero no tenía fuerzas para hacerle frente. Lo derribó, por tanto, a tierra, lo pisoteó y no hubo quien librara de su poder al carnero. ⁸»El macho cabrío creció en gran manera; pero cuando estaba en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.

Desde Susa, donde Daniel tenía el privilegio de estar observando, el segundo animal que apareció en la visión vino del oeste. Era un macho cabrío, al que el ángel Gabriel identificó después como el rey de Grecia. Este animal representaba a Alejandro el Grande, fundador del Imperio Griego.

Daniel vio al macho cabrío cruzar la tierra pero sin tocarla. Aquí se han combinado dos ideas para formar una expresión. La primera es la de un avance militar rápido, la segunda enfatiza lo extenso de las conquistas de Alejandro.

Daniel había visto al carnero, que simbolizaba a Persia, que atacaba y conquistaba enemigos por dondequiera que iba. Después de que los ejércitos persas habían hecho varios intentos por subyugar a Grecia, los griegos contraatacaron enconadamente. Daniel vio que el macho cabrío con el cuerno prominente atacaba furiosamente al carnero de dos cuernos, lo derribó al suelo, le rompió los cuernos y lo pisoteó.

En el año 334 a.C. Alejandro el Grande invadió al Imperio Persa con un ejército de 30,000 hombres, en lo que ahora se conoce como Turquía. Dos veces derrotó al ejército persa en dos grandes batallas. De allí se volvió al sur y controló la costa

mediterránea oriental hasta Egipto. La siguiente batalla mayor contra los persas la sostuvo en el año 331 a.C., cerca de donde nace el río Tigris en lo que hoy es Siria. Después de esa victoria marchó con sus ejércitos al interior de Asia, y no estuvo satisfecho hasta que hubo derrotado completamente a su enemigo. En el lapso de doce años, Alejandro, como el gran general que era, conquistó todo el Imperio Persa y controló la mayor cantidad de territorio jamás gobernado por un sólo hombre.

“Y el macho cabrío creció en gran manera; pero cuando estaba en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado”. La historia de Alejandro el Grande es una historia de grandes éxitos, es una historia diferente a cualquiera otra, pero terminó repentinamente. A la edad de 33 años, en el apogeo mismo de su poder y prestigio, Alejandro el Grande murió de una fiebre. Los historiadores tratan de atribuirle su muerte prematura al estado de extremo cansancio en que tal vez se encontraba después de tanto pelear, pero es más probable que ésta muerte se haya debido a los estragos que el exceso de la bebida y del libertinaje tuvo sobre su salud.

Su muerte súbita fue seguida por más de veinte años de luchas internas entre los aspirantes al trono. La visión de Daniel pronosticó el desenlace: “Pero cuando estaba en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo”. Cuatro de los generales de Alejandro se repartieron entre sí el gran imperio. Grecia fue dada a Casandro, Asia Menor a Lisímaco, Egipto a Ptolomeo, Siria y Babilonia a Seleuco. Es esta última parte la que queremos estudiar.

⁹De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el sur y el oriente, y hacia la tierra gloriosa. ¹⁰Creció hasta llegar al ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó. ¹¹Aun se engrandeció frente al príncipe de los ejércitos; por él fue quitado el sacrificio continuo, y el lugar de su santuario fue echado por

tierra. ¹²A causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el sacrificio continuo; echó por tierra la verdad e hizo cuanto quiso, y prosperó.

Un cuerno que brota de otro es algo que sólo puede suceder en un sueño o en una visión. Dios, con este desenlace tan extraño, estaba señalando al famoso rey que iba a salir de uno de los cuatro remanentes del Imperio Griego de Alejandro. Aquí comienza el tema principal de Daniel 8. Es precisamente por causa de esta sección que se escribió todo el capítulo.

El cuerno que apareció en la visión de Daniel nuevamente representa a un rey. Desde los tiempos de Cristo este cuerno había sido identificado como el malvado Antíoco Epífanés, que gobernó de 175 a 164 a.C. Fue el octavo rey después de Seleuco, general que había heredado el segmento sirio-palestino del imperio de Alejandro. El camino por el que logró ser rey fue el de la intriga y el del derramamiento de sangre.

El cuerno que simbolizaba al rey Antíoco comenzó pequeño, pero Daniel vio que crecía y se fortalecía haciéndose poderoso: “Hacia el sur y el oriente”. Antíoco atacó a Egipto y en la dirección de Persia y Media. Pero su atención estaba puesta especialmente en “la tierra gloriosa,” (o “Tierra Hermosa” LBLA) como se le llamaba también a Palestina, a la que Dios le había otorgado tantas bendiciones especiales. Fue contra esa tierra santa a donde estaba dirigida su maldad.

Daniel vio que este cuerno se levantó contra las estrellas del cielo, echó por tierra a algunas de ellas y las pisoteó. Más adelante en este capítulo el ángel Gabriel explicó que las estrellas representaban al pueblo de Dios. Antíoco descargó su furia contra los judíos creyentes. Los dos primeros libros de Macabeos, que se encuentran en la Apócrifa, detallan minuciosamente las atrocidades que Antíoco llevó a cabo después de haber ascendido al poder. Luego de una campaña victoriosa en Egipto, saqueó el templo de Jerusalén, e inició una sangrienta persecución a los

judíos que aún se recuerda. La historia dice que mató a más de 100,000 judíos.

Su impiedad llegó a tal grado que “se engrandeció hasta [igualarse con] el Jefe del ejército” (versículo 11, LBLA). El Jefe del ejército es Dios mismo, y el reinado de Antíoco Epífanes fue de constante rebelión contra Dios y su buena voluntad para con su pueblo. Por una parte quitó el sacrificio diario del templo de Jerusalén. Al inicio y al final de cada día, en el Templo se ofrecía un sacrificio llamado “la ofrenda quemada”, cuyo propósito principal era expresar el pacto de Israel con su Dios. Con esas ofrendas la nación de Israel anunciaba públicamente: “¡Señor Dios, tú eres nuestro Dios; y nosotros somos tu pueblo!” Antíoco le puso fin a esas ofrendas, le arrebató a Dios el honor que sólo a él le pertenece.

El primer libro de los Macabeos cuenta de manera gráfica cómo “el lugar de su (de Dios) santuario fue abatido”, la llevó a cabo el malvado Antíoco Epífanes con gran determinación:

También a Jerusalén y a las ciudades de Judá hizo el rey llegar, por medio de mensajeros, el edicto, que ordenaba seguir costumbres extrañas al país. Debían suprimir en el santuario los holocaustos;... profanar sábados;... mancillar el santuario... levantar altares... y templos para la idolatría; sacrificar puercos;... dejar a sus hijos incircuncisos,... de modo que olvidaran la Ley [de Dios]. (1 Macabeos 1:44 ss, BJ).

Antíoco Epífanes saqueó y desoló el templo de Jerusalén; de esa manera interrumpió por completo la adoración viva que Dios había prescrito para su pueblo. Abolió todo sacrificio y todas las fiestas e inclusive erigió un altar a Júpiter, el principal dios griego, en el lugar del altar de Dios. Además, quemó los libros que contenían la ley de Moisés, tratando de que el pueblo de Dios no escuchara el mensaje de amor y los planes que Dios tenía para ellos.

¿Y cuál fue el resultado? Daniel lo resume en su visión: “Echó por tierra la verdad”. La verdad de Dios, la verdad que Dios le

había dado milagrosamente al antiguo Israel, les fue arrebatada violentamente.

Para Daniel fue doloroso ver todo esto. ¡Pero imagine lo que fue para el pueblo de Dios experimentarlo en carne propia cuatro siglos más tarde! Al ver que Antíoco continuaba con su tiranía e impiedad, los creyentes se han de haber preguntado: “¿Por qué Dios, siendo Dios de amor, permite que venga sobre nosotros este sufrimiento?” Pero eso es exactamente lo que ocurrió. En la visión que tuvo Daniel del pequeño cuerno, “le fue entregado el ejército junto con el sacrificio continuo... hizo cuanto quiso, y prospero” ¿Por cuánto tiempo iba a permitir Dios que continuara esa situación?

¹³»Entonces oí hablar a un santo; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: “¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, la prevaricación asoladora y la entrega del santuario y el ejército para ser pisoteados?” ¹⁴Y él dijo: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.”

Aunque el pueblo de Dios no podía saber los detalles, Dios ya había determinado cuánto iba a durar el tiempo de la persecución. Los ángeles se lo dieron a conocer a Daniel en un misterioso lenguaje que les presenta un problema a los intérpretes bíblicos.

En la visión escuchamos hablar a los ángeles. Esos fieles siervos de Dios preguntaron sobre la terrible amenaza que iba a venir sobre el pueblo de Dios. “¿Cuánto tiempo?” “¿Hasta cuándo durará el sufrimiento de los santos de Dios y la humillación del santuario de Dios?”

La respuesta fue para Daniel: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.”

La pregunta: “¿Cómo debemos entender ese período de tiempo?” es uno de los mayores problemas que enfrenta el lector del libro de Daniel. Muchos han tomado literalmente la expresión,

y ven en las 2,300 tardes y mañanas un período de seis años y un tercio. De acuerdo con esta interpretación, eso representa el período que va desde el levantamiento de Antíoco Epífanes hasta el día en que el Templo fue purificado y fue nuevamente dedicado.

Otros eruditos bíblicos han notado el hecho de que los números que ocurren en las visiones usualmente no son un cálculo matemático exacto, sino que son simbólicos. H.C. Leupold sostiene el siguiente punto de vista: “Como siete es la marca de un trabajo divino, este período se pudo haber caracterizado como un período *divino* de juicio. Como está aquí, este número *ni siquiera significa un período completo* de juicio divino” (*Exposición de Daniel*, p. 357).

Según esta interpretación, el mensaje que llevó el ángel de un período de 2,300 días de sufrimiento fue para infundirle confianza al pueblo de Dios. Aunque iba a sufrir persecuciones, éstas durarían sólo por un tiempo limitado. Cuando llegase el tiempo propicio, determinado por Dios, el santuario sería purificado y vuelto a consagrar.

¹⁵»Aconteció que mientras yo, Daniel, consideraba la visión y procuraba comprenderla, se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. ¹⁶Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: “Gabriel, enseña a éste la visión.”

¹⁷»Vino luego cerca de donde yo estaba. Y al venir, me asusté y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: “Entiende, hijo de hombre, que la visión es para el tiempo del fin.”

¹⁸»Mientras él hablaba conmigo, caí dormido en tierra sobre mi rostro. Él me tocó y me hizo estar en pie.

Como sucedió en el capítulo 7, la segunda mitad de este capítulo es una interpretación de la primera mitad. A medida que Daniel observaba la sorprendente secuencia de eventos que se le presentaban, luchó por comprender lo que Dios estaba tratando de

decirle. Entendió dos cosas, que un enemigo iba a destruir el santuario de Dios y que iba a perseguir a su pueblo. También entendió que esa persecución, aunque severa, iba a ser temporal. Pero Daniel quiso saber más sobre el significado de la visión, y Dios le dio más detalles.

La respuesta de Dios vino otra vez en forma de visión. De pronto Daniel vio un ángel llamado Gabriel que estaba de pie frente a él. Daniel escuchó una voz, que por lo visto era la voz de Dios, que parecía venir del río y que decía: “Gabriel, enseña a este la visión”.

Daniel era un célebre estadista, consejero de reyes, pero aquí se encontraba aterrorizado. Se postró de cara al suelo, no sólo como señal de reverencia ante un ser celestial, sino también porque la experiencia que estaba viviendo era en verdad abrumadora.

El ángel Gabriel se dirigió a Daniel como “hijo de hombre”, un término muy apropiado para un ser humano pecador, una frágil criatura de barro. “Entiende, hijo de hombre, que la visión es para el tiempo del fin.” Aquí había algo que Daniel necesitaba saber para poder entender lo que veía, y que de otra manera no hubiera podido descifrar por él mismo.

El mensajero divino procedió ahora a explicarle que su mensaje no era sólo para el futuro inmediato, sino también para un futuro más distante, para el tiempo mesiánico, para el tiempo que nosotros conocemos como la era del Nuevo Testamento. Como lo afirman los detalles, la visión que tuvo Daniel acerca del macho cabrío, el carnero, y un pequeño cuerno, se relacionan primero con algunos acontecimientos que ocurrieron durante el tiempo de los imperios persa y griego, pero es igualmente claro que esta visión simboliza también los días difíciles que le esperan al pueblo de Dios en los días postreros.

Hay que notar una vez más, que el mensaje tuvo un impacto tremendo en Daniel. “Caí dormido en tierra sobre mi rostro.” Parece que se desmayó. Gabriel lo tocó y lo volvió en sí, y así le dio la fuerza para incorporarse y escuchar más instrucciones.

19 Y dijo: “Yo te enseñaré lo que ha de venir al fin de la ira; porque eso es para el tiempo del fin. 20 En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos: éstos son los reyes de Media y de Persia. 21 El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero. 22 En cuanto al cuerno que fue quebrado y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él.

En el tiempo en que Daniel recibió esta visión de Dios, el pueblo de Judá aún estaba en el exilio en Babilonia, debido a su constante indiferencia para con Dios y su Palabra. Los profetas habían predicho que Dios iba a hacer posible el retorno de un remanente de los exiliados, que les permitirá volver a establecerse en la tierra prometida.

Entonces el ángel le explicó a Daniel que después de que los exiliados regresaran a su tierra de origen iban a volver a la apostasía, recayendo de nuevo sobre ellos la ira de Dios. Como ya se sabe, el cumplimiento inmediato de esta profecía vino en los años 175 - 164 a.C., cuando Antíoco Epífanes tiranizó a los judíos. La visión de Daniel dice que esto vino como juicio de Dios, “al fin de la ira”.

Pero lo que Daniel no podía ver, y que sólo el mensajero de Dios le podía revelar, fue que los amargos detalles del futuro inmediato representaban los tiempos venideros, que iba a ocurrir mucho después en la historia. En otras palabras, al pueblo de Dios le esperaban *dos* épocas de terror. Cuando Daniel habla acerca de la ira venidera, incluye el tiempo en que Dios habrá de juzgar la infidelidad de su pueblo por haber permitido que un enemigo creara el caos en su iglesia. Y el daño que causará este segundo enemigo será peor que el que causó Antíoco. El segundo enemigo, simbolizado en Antíoco, es el Anticristo.

Los dos cuernos del carnero representan el Imperio Medo-Persa. El macho cabrío con el cuerno entre sus ojos es el Imperio

Griego. Explicaciones políticas tan explícitas como éstas son muy poco comunes en la Biblia. El “primer rey” es Alejandro, el nombre es muy apropiado para él, no porque haya sido el primer rey que tuvo Grecia, sino porque fue el primer gobernador de lo que conocemos como el Imperio Griego. Los cuatro reinos en que se dividirá su imperio después de su muerte no serán tan poderosos como el de Alejandro. Sus sucesores no habrán de igualar sus hazañas.

**23 »”Al fin del reinado de estos,
cuando los transgresores lleguen al colmo,
se levantará un rey
altivo de rostro y entendido en enigmas.**

**24 Su poder se fortalecerá,
mas no con fuerza propia;
causará grandes ruinas, prosperará,
actuará arbitrariamente
y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos.**

**25 Con su sagacidad
hará prosperar el engaño en su mano;
en su corazón se engrandecerá
y, sin aviso, destruirá a muchos.
Se levantará contra el Príncipe de los príncipes,
pero será quebrantado,
aunque no por mano humana.**

**26 La visión de las tardes y mañanas
que se ha referido es verdadera;
y tú guarda la visión, porque es para muchos días.”**

La parte más significativa y terrible de la visión de Daniel fue la última. En ella aparece un cuerno del que brota de otro, pequeño al comienzo, pero creciendo en poder, rebelándose contra Dios y atacando a su pueblo. Como ya se dijo antes, el lenguaje de la visión con frecuencia se refiere a Antíoco Epífanes; sin embargo, a veces el lenguaje de la visión va más allá de esa época, por lo

que debemos esperar una segunda era de terror en el futuro.

El ángel Gabriel predijo que ese hombre impío se iba a levantar como un juicio de Dios en un tiempo “cuando los transgresores lleguen a su colmo”. No es inmediatamente claro quiénes son los transgresores a los que se refiere Gabriel. El término se puede referir al pueblo de Israel de la época de Antíoco, que por su indiferencia a la voluntad de Dios y su palabra se hicieron merecedores del juicio del Señor. O los “transgresores” pueden ser los mismos opresores. Pero una cosa sí es cierta: cuando la maldad del hombre llegue al grado en que la misericordia de Dios no la tolere más, él intervendrá con un juicio tan terrible que la sola visión de su cumplimiento enfermó a Daniel por varios días.

La descripción que hace Gabriel de Antíoco como un cuerno pequeño nos hace recordar algo familiar. El capítulo 7 de este libro menciona un cuerno pequeño que simboliza al Anticristo. Cuanto más examinamos las características de ambos, mejor comprendemos que Antíoco es realmente un tipo del Anticristo. Repasando la historia de Antíoco podemos ver claramente lo que debemos esperar de su sucesor, el Anticristo.

Al poderoso gobernante que desatará la persecución sobre el pueblo de Dios se le describe como “altivo de rostro y entendido en enigmas”, un gobernante cruel, despiadado, intrigante y muy astuto. Estas características encontraron su primer cumplimiento en Antíoco, pero apuntan hacia otro, al Anticristo.

El ángel le describió a Daniel no sólo los rasgos que caracterizarán al enemigo, sino también lo que va a hacer para causarle daño al pueblo de Dios. Llegará a ser muy fuerte: “Su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia”. A ese hombre le será concedido un poder sobrenatural, instigado por Satanás y permitido por Dios, para llevar a cabo lo que de otra forma nunca hubiera podido hacer por él mismo.

“Causará grandes ruinas”, desastres como nunca antes se habían oído. “Destruirá a los fuertes”, se deshará de los que se le opongan y traten de bloquear su ascenso al poder. Las palabras

“hará prosperar el engaño en su mano” nos hacen pensar, primero, en la forma en que Antíoco traicionó a los judíos. Pretendió que estaba interesado en darles la paz, pero en vez de ello les dio tiranía y dolor. Las palabras también nos hacen pensar en la descripción que hace San Pablo de la venida del Anticristo: “El advenimiento de este impío, que es obra de Satanás, irá acompañado de hechos poderosos, señales y falsos milagros, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden” (2 Tesalonicenses 2:9,10).

“Se levantará contra el Príncipe de los príncipes”, contra Dios mismo. Antíoco no sentía más que desdén por el Dios de Israel y por sus mandatos. En una forma similar el Anticristo se levanta públicamente contra Dios, que se nos ha revelado en Jesucristo. Piense por un momento en la blasfemia de la siguiente declaración oficial que ha hecho la Iglesia Católica Romana:

Si alguno dice que ser justificado por la fe es nada más que confiar en la misericordia de Dios, la cual remite los pecados por causa de Cristo, o que ésta sola verdad nos justifica, condenado sea. (Concilio de Trento, Sección VI, Canon 12)

El ángel también le mostró a Daniel cuál va a ser el fin de este enemigo: “Será quebrantado, aunque no por mano humana”. Dios acabará de tajo con él y con su malvada obra. La historia nos muestra una vez más el cumplimiento de esta profecía tal como se le aplica a Antíoco. Después de años de aparente éxito en la persecución del pueblo de Dios, murió de repente en el año 164 a.C. El primer libro de los Macabeos reporta que después de sufrir reveses en sus batallas militares recibió malas noticias de su patria, y murió en aflicción y en vergüenza. Su poder destructivo le fue quitado repentinamente por el Señor. La predicción de Gabriel se aplica también al Anticristo, el otro formidable enemigo de Dios y de su pueblo. El también será destruido, pero no por poder humano. San Pablo nos dice que “el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Tesalonicenses 2:8).

Las últimas palabras del ángel le ofrecen aliento a Daniel, y le dan un mandato. “La visión... es verdadera.” Daniel no dudó de lo

que veía, pero las generaciones posteriores de judíos que sufrirán la persecución de Antíoco necesitarán mucho de este consuelo: saber que la aflicción llegará a su fin cuando Dios así lo determine. Igualmente, los cristianos cuya fe se ve atacada por las enseñanzas del Anticristo necesitan la instrucción y el consuelo que la visión de Daniel contiene.

Por esa razón Gabriel le ordenó a Daniel: “Y tú guarda la visión, porque es para muchos días.” Y como la visión hablaba sobre eventos que ocurrirán en algún tiempo futuro que sólo Dios conoce, Daniel debía transmitir el mensaje no sólo de palabra, también tenía que preservar un documento (“guarda la visión”), posiblemente en alguna piel de animal o en un pergamino, para que quedara disponible para las generaciones futuras.

27 »Yo, Daniel, quedé quebrantado, y estuve enfermo algunos días. Cuando me levanté, atendí los negocios del rey; pero estaba espantado a causa de la visión, y no la entendía.»

Daniel estaba emocionalmente exhausto. Lo que Dios le había permitido ver era algo aterrador. Había tenido sólo un vislumbre de las dos épocas terribles que le esperaban al pueblo de Dios, y esto había sido suficiente para enfermarlo por algunos días.

Eso no es sorprendente, Daniel estaba consciente de la responsabilidad que una revelación especial de Dios representaba. Él había sido escogido, entre todos los hombres, para ver lo que Dios le tenía destinado al mundo y especialmente al pueblo de Dios.

Después de recuperarse de su enfermedad, Daniel regresó a su trabajo en el palacio del rey Belsasar. La aterradora visión que había recibido estaba más allá de su entendimiento, pero se aclarará conforme se vaya cumpliendo. Muchas de las cosas que Daniel vio sólo como visión las hemos visto cumplidas en la historia. Y en el futuro otras se harán aún más claras.

Aunque él no entendía lo que Dios le había dicho tal como le hubiera gustado, sin embargo, obedeciendo el mandato del Señor,

Daniel puso por escrito el mensaje. Debido a que él y el resto de los profetas del Antiguo Testamento preservaron cuidadosamente la revelación que Dios les había transmitido, tanto usted como yo podemos ahora escuchar la voz de Dios en las Escrituras del Antiguo Testamento. Necesitamos escuchar esa voz, necesitamos estar prevenidos acerca de los enemigos que atacarán la iglesia de Dios hasta el fin de los tiempos. Pero también necesitamos estar confiados, como Daniel lo estaba, de que no importa quién sea el enemigo que se levante en contra de Dios y contra su iglesia, el enemigo simplemente fracasará. “Será quebrantado, aunque no por mano humana.”

LA PROFECÍA DE LOS SETENTA “SIETES” DANIEL 9

9«En el primer año de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos, que vino a ser rey sobre el reino de los caldeos, ² en el primer año de su reinado, yo, Daniel, miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, en los que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén: setenta años. ³ Volví mi rostro a Dios, el Señor, buscándolo en oración y ruego, en ayuno, ropas ásperas y ceniza.

Estos versículos nos llevan al tiempo en que se derrumbó el orgulloso Imperio Babilónico. El Imperio Medo-Persa bajo el liderazgo del rey Ciro derrocó a Babilonia y tomó el control del gobierno como la nación líder del mundo. Fue aproximadamente en el año 538 a.C. Habían transcurrido trece años desde que Daniel había recibido la visión que se registra en el capítulo 8, la visión del carnero y del macho cabrío.

El primer versículo de este capítulo habla de un gobernante a quien los historiadores y los eruditos bíblicos no han podido identificar. Con anterioridad hemos visto varias veces el nombre de Darío en el libro de Daniel. El problema en la identificación a Darío ya se ha mencionado en el capítulo 6.

En pocas palabras: El problema es que Ciro, y no Darío, era el gobernante del imperio que derrotó a Babilonia. La complicación que surge es que ningún rey con el nombre de “Darío el Medo” aparece en los anales de la historia secular. Una complicación adicional es el hecho de que en los tiempos antiguos a los hombres algunas veces se les conocía por más de un nombre. Muchos comentaristas piensan que Darío es sólo otro nombre para Ciro, mientras que algunos han sugerido que Darío fue un funcionario a quien el rey Ciro había designado para que gobernara sobre cierta área de lo que había sido el vasto Imperio Babilónico.

Para Daniel, ahora de ochenta años, el cambio de gobierno era más que un cambio político. Su conocimiento de las Escrituras le ayudó a comprender que ya había pasado una época de la que Dios había hablado en su Palabra. Por lo que había leído en el libro del profeta Jeremías (25:11 s; 29:10), Daniel sabía que con la caída del Imperio de Babilonia el exilio de los judíos estaba por terminar. Babilonia y su poder se habían derrumbado, y ahora los persas tenían el control, exactamente como Jeremías lo había predicho. Habían transcurrido unos setenta años desde que Daniel y sus tres amigos habían sido deportados a Babilonia.

Los años del exilio, que coincidieron con la época de poder y gloria de los caldeos, fueron años difíciles para el pueblo judío. Daniel se refirió a ellos como el tiempo “en los que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén”. La mano del juicio de Dios se había posado duramente sobre Jerusalén y Judá durante esos setenta años. Babilonia había sido el látigo que Dios había utilizado para azotar a su pueblo, y fue un castigo muy doloroso. “Un hombre cosecha lo que siembra;” y la rebelión, incredulidad y terquedad del pueblo de Dios del Antiguo Testamento había producido una cosecha de sufrimientos, tal como los hombres de Dios habían profetizado.

Pero las profecías habían anunciado algo más, y Daniel lo sabía. Isaías también había profetizado que Babilonia misma iba a caer bajo el juicio de Dios y se derrumbaría (Isaías 13). Por una parte, Jeremías había profetizado que la tierra natal de los judíos se iba a convertir en una solitaria tierra baldía y que sus habitantes le iba a servir al rey de Babilonia por espacio de setenta años. Pero Jeremías también había mencionado esta promesa de Dios: “Y cuando se hayan cumplido los setenta años, dice Jehová, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación, por su maldad” (Jeremías 25:12). Por medio de Jeremías, Dios le había hecho esta promesa a su pueblo: “Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar” (Jeremías 29:10). Daniel sabía que los profetas de Dios no se habían limitado a hablar sólo de juicio y de

exilio, sino también de liberación y de regreso al hogar después de setenta años de cautiverio.

Es especialmente interesante notar que Daniel tuviera la oportunidad de estudiar personalmente los escritos de los profetas para aprender lo que Dios tenía planeado para el pueblo de Judá y para la ciudad de Jerusalén. El hecho de que el pueblo de Dios pudiese estudiar los escritos de los profetas demuestra que, a pesar de encontrarse en el exilio a miles de kilómetros de su hogar, tenían copias de los libros que más tarde se iban a incluir en nuestro Antiguo Testamento. Aunque ya había pasado más de siglo y medio desde que Isaías había escrito el libro profético que lleva su nombre, este precioso documento aún existía en los tiempos de la cautividad babilónica.

Saber esto es una gran tranquilidad para nosotros, que vivimos tantos años después de que el Antiguo Testamento fuera escrito originalmente por Moisés, David, Isaías, Jeremías y los demás profetas. Por un lado, no sabemos con exactitud la forma como fueron transmitidos los libros del Antiguo Testamento desde que se escribieron por primera vez hasta nuestros días, pero sabemos que el pueblo de Dios los recibió con gratitud, los guardó con gran cuidado, hizo copias de ellos y los pasó de generación en generación. Dios utilizó la reverencia tan especial que los judíos sentían por sus escritos sagrados para preservarlos. Así que desde la lejana Babilonia, Daniel pudo investigar lo que los profetas habían predicho sobre la duración de la cautividad en Babilonia.

El profeta Jeremías había anunciado: “La desolación de Jerusalén será setenta años” (versículo 2, RVA). En las Escrituras ese período de setenta años nunca ha sido identificado con precisión. Como resultado, se han sugerido una variedad de cálculos al respecto.

Cerca del año 605 a.C. Nabucodonosor, rey de Babilonia, deportó al exilio al primer contingente de ciudadanos judíos. A partir de entonces, setenta años podrían marcar la fecha aproximada del regreso a Jerusalén del primer grupo de exiliados. Otros historiadores prefieren tomar el año 586 a.C., el año en que

cayó Jerusalén en poder de los caldeos, como el principio del exilio para el grupo principal de judíos. Setenta años después nos llevan al año 516 a.C., cuando los exiliados que habían retornado terminaron la construcción del nuevo templo de Jerusalén. Jeremías se había referido a los setenta años como el período de “la desolación de Jerusalén” (RVA). No está fuera de lugar pensar que esta ciudad estuvo desolada durante todo el tiempo que su Templo permaneció en ruinas.

Daniel no dijo que el período de setenta años hubiera llegado a su fin. Él estaba consciente de que aunque Babilonia había caído, Jerusalén y el Templo aún estaban desolados. ¿Querría decir Dios con esto que estaba posponiendo el regreso de su pueblo? ¿Se había visto Dios forzado a cancelar su promesa por causa de la impenitencia del pueblo escogido?

Daniel no lo sabía, así que se volvió a Dios en oración. Su plegaria nos da una información significativa. Note primero que Daniel dirigió su oración “Dios, el Señor”. El uso del nombre “Señor” (en contraste con la palabra “Jehová,” el Dios del pacto) indica que Daniel se estaba refiriendo a Dios como el Amo supremo del universo, el único por quien todas las cosas existen. Daniel no se acercó a Dios como si fuese su igual, sino como una criatura concebida para servir y estar bajo Dios. La humildad es la única actitud apropiada del pecador cuando se acerca a su Creador.

Daniel demostró esta humildad de varias formas. La palabra que se traduce en su oración como un “ruego” es una palabra que significa “una oración pidiendo misericordia”. Mientras oraba, Daniel se dio cuenta de que Dios no le debía nada. Sus oraciones iban acompañadas de ayunos, cilicio y cenizas, que eran signos externos de una actitud interna de penitencia por el pecado y de su convencimiento de que era indigno de acercarse a Dios a pedir misericordia. Pero antes de pedir la restauración del desolado santuario en Jerusalén, Daniel tenía algo más que decirle al Señor.

4 Oré a Jehová, mi Dios, e hice confesión diciendo: “Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos, ⁵ hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos actuado impiamente, hemos sido rebeldes y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. ⁶ No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra.

Daniel comenzó su oración con una confesión de pecados dirigida a “Jehová”, el nombre del Dios-Salvador del Antiguo Testamento. Se refiere al Dios que había hecho un pacto de amor con el pueblo de Israel. En ese pacto, este solemne contrato, Dios le había dicho a Israel: “Yo soy tu Dios; tú eres mi pueblo”. Daniel asoció con este pacto la misericordia de Dios para Israel; y la palabra que se traduce como “misericordia” describe la fidelidad del amor de Dios, el amor leal que le había demostrado a su pueblo a través de su historia.

Ante ese amor tan grande y fiel, Israel había respondido mezquinamente; y Daniel lo confesó. Usó varias expresiones para describir el pecado del pueblo de Dios, con quien él mismo se identificaba. “Hemos pecado”, literalmente, “hemos fallado en la meta que tú nos señalaste cuando nos adoptaste como tu pueblo”. “Hemos cometido iniquidad.” Podríamos decir literalmente: “Nos hemos hecho merecedores de tu ira”. En la época de Daniel, como también hoy en día, no se le daba mucha importancia al pecado. Daniel confesó que rebelarse contra la voluntad de Dios nos hace culpables ante él, y eso nos coloca bajo su justo juicio.

“Hemos actuado impiamente, hemos sido rebeldes” contra el Dios de amor que estableció su solemne pacto con nosotros. “No hemos obedecido a tus siervos los profetas.” A través de la historia de Israel Dios le había hablado a su pueblo; por boca de sus mensajeros humanos Dios había compartido algunos de sus

sagrados secretos con el pueblo de Israel, les había permitido saber quién era él y quiénes eran ellos, y cuáles eran sus santos planes que les tenía reservados. Como escribió el salmista: “No ha hecho así con ninguna otra de las naciones” (Salmo 147:20). ¿Y cuál había sido la respuesta de Israel? No sólo se habían negado a escuchar a los profetas de Dios, realmente habían tratado de acallarlos. Daniel llamó al pecado por su nombre: era pura insolencia y arrogancia. El pecado de Israel no era la ignorancia de los estatutos divinos, sino una desobediencia abierta y declarada.

La oración de Daniel, aunque era larga, no era mera palabrería. Simplemente estaba descubriendo su corazón ante el Señor en una confesión honesta. Note, también, que al confesar el pecado de Israel, él se identificó a él mismo con el pueblo pecador. Por lo tanto, esa fue también una confesión de pecados muy personal.

⁷Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro que en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los habitantes de Jerusalén y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti. ⁸Nuestra es, Jehová, la confusión de rostro, y de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres, porque contra ti pecamos. ⁹De Jehová, nuestro Dios, es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado ¹⁰y no obedecemos a la voz de Jehová, nuestro Dios, para andar en sus leyes, que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas. ¹¹Todo Israel traspasó tu Ley, apartándose para no obedecer a tu voz. Por lo cual ha caído sobre nosotros la maldición y el juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios, porque contra Dios pecamos.

Habría sido muy natural por parte de Daniel y del resto de los exiliados que expresaran auto-compasión. Después de todo, ¿acaso

no habían visto a su país invadido, a su bella capital quemada y saqueada, su Templo vaciado y lo mejor de sus habitantes muertos en batalla? ¿Y no habían sido forzados a vivir como exiliados en una tierra extraña, muy lejos de su amada patria?

Pero no se encuentra en su oración ni una sola nota de queja ni de lamento. En vez de eso, Daniel hace énfasis en que Dios estaba en lo justo al juzgar al pueblo y a la ciudad de Jerusalén. En vez de quejarse diciendo “Señor, ¿por qué hiciste esto?”, dijo: “¡Señor, tú eres justo! Hemos sido cubiertos con vergüenza. Nos has dispersado, pero lo hiciste por causa de nuestra infidelidad. Hemos pecado contra ti, nos hemos rebelado contra tu santa y buena voluntad, que ha tratado, a través de nuestra existencia, de acercarnos a ti con lazos de amor.”

Dios había actuado justamente en su trato con Israel. El pueblo de Israel se había hecho acreedor a la ira y al juicio de Dios por su abierta y constante rebeldía. El Señor había respondido simplemente a su insolencia, la destrucción de Jerusalén no había sido una sorpresa para los judíos. Desde los primeros tiempos de su historia, Dios les había advertido lo que iba a venir sobre ellos si desobedecían sus mandatos. No había razón para que los exiliados en Babilonia se sorprendieran ante tan terrible juicio. A sabiendas habían transgredido las leyes de Dios.

Por lo tanto “ha caído sobre nosotros la maldición y el juramento que está escrito en la ley de Moisés”. Lea en Levítico 26:14-39 y Deuteronomio 28:15-68 para ver que Dios había advertido claramente a su pueblo sobre las maldiciones que iban a caer sobre ellos si es que ignoraban su invitación y evadían los brazos amorosos que él extendía para bendecirlos.

¹² Y él ha cumplido la palabra que habló contra nosotros y contra nuestros jefes que nos gobernaron, trayendo sobre nosotros tan gran mal; pues nunca fue hecho debajo del cielo nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén.

¹³ Conforme está escrito en la ley de Moisés, todo este mal vino sobre nosotros; pero no hemos implorado el favor de

Jehová, nuestro Dios, y no nos hemos convertido de nuestras maldades, ni entendido tu verdad. ¹⁴ Por tanto, Jehová veló sobre el mal y lo trajo sobre nosotros; porque justo es Jehová, nuestro Dios, en todas sus obras que ha hecho, y nosotros no obedecemos a su voz.

¹⁵»”Ahora pues, Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa y te hiciste renombre cual lo tienes hoy, hemos pecado, hemos actuado impiamente.

Cuando Dios descargó su juicio sobre Jerusalén, hizo algo que nunca antes había hecho. Para apreciar lo singular de este juicio, será útil recordar que Dios nunca antes había escogido a una nación de entre las demás, dándole al mismo tiempo el mensaje escrito de su amor. Sin embargo, lo había hecho con Israel, siendo ésta la primera vez en la historia del mundo. Por lo tanto, cuando Dios castigó su incredulidad con su juicio, tampoco existían antecedentes al respecto. “Nunca fue hecho debajo del cielo nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén.” El que Dios le volviera la espalda a la ciudad que había escogido como su morada terrenal era algo totalmente nuevo, aunque no inesperado.

La plegaria de Daniel parece que va creciendo en intensidad con cada nueva frase. Lo que decía no había sido memorizado, no era algo recitado mecánicamente; le habló a Dios con el corazón en la mano. Aunque el desastre que Dios había enviado sobre Judá y Jerusalén no puso a pensar a muchos de los exiliados, para Daniel fue de mucho beneficio. Reconoció rápidamente que lo que le acaeció a Jerusalén no fue un mero accidente histórico ni una catástrofe inesperada de la política internacional. Daniel sabía que esa era la mano dura de Dios.

A pesar de que el juicio de Dios sobre Jerusalén había significado horribles sufrimientos y angustias para miles de personas, aun así Daniel declaró que Dios tenía razón en lo que había hecho. La calamidad del exilio tenía que venir, precisamente porque Dios es justo. Dios, el juez de toda la tierra, no estaba ciego

al hecho de que su pueblo, al que él había levantado para que lo glorificara, estaba intentando vivir sin él. ¿Cómo podría Dios tolerarlo? El había decretado que la vida sigue un sólo camino, el *suyo*. Al destruir a Jerusalén y al permitir el exilio de su nación, el Dios de justicia había advertido que no renunciará a su posición como Señor del universo.

La humilde confesión de Daniel contrasta marcadamente con la actitud impertinente que prevalece en nuestros días hacia el pecado. En la actualidad mucha gente justifica o disculpa su pecado. Unos lo niegan categóricamente, tratan de olvidar su pasado pecaminoso, diciendo “lo pasado, pasado está”. Otros incluso lo admiten pero tratan de superarlo mediante regalos especiales o actos de bondad. Daniel sabía que todos éstos no eran más que remedios caseros para la terrible enfermedad del pecado. Él sabía que sólo hay una medicina segura, y lo primero es confesar el pecado abiertamente y sin excusas, y luego pedirle a Dios que lo lave.

“Ahora, pues, Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egipto...” Esta evidencia tan patente de la misericordia de Dios contrastaba drásticamente con la ingratitud con la que el pueblo judío había respondido al amor de Dios. La ingratitud de Israel corre como un hilo escarlata a través de toda su historia, desde el momento en que la joven nación salió de Egipto hasta 900 años más tarde, cuando el pueblo fue desalojado de su tierra natal y fue forzado a vivir en el exilio. Aquí está la primera parte del remedio que Dios tiene para el pecado: “¡No lo niegues, no lo disculpes, confíesalo humilde y honestamente!”

La segunda parte de ese remedio divino para el pecado es pedirle a Dios el perdón y que él cubra la impiedad con su misericordia. Daniel ahora procedió a hacerlo.

¹⁶ Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de

todos los que nos rodean. ¹⁷ Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración y los ruegos de tu siervo, y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor. ¹⁸ Inclina, Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos y mira nuestras desolaciones y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. ¹⁹ ¡Oye, Señor! ¡Señor, perdona! ¡Presta oído, Señor, y hazlo! No tardes, por amor de ti mismo, Dios mío, porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo.”

A través de toda la historia de Israel, Dios se había revelado como Dios de bondad; y Daniel apelaba ahora a esa misericordia. “Apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén,...Haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado!...Porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. ¡Oye, Señor! ¡Señor, perdona!” Aquí tenemos una sencilla pero elocuente plegaria pidiendo la misericordia de Dios.

Tal vez usted haya notado un segundo énfasis en la oración de Daniel. Instó a Dios para que considerara lo que las ruinas de Jerusalén le estaban haciendo a su reputación entre los paganos. En otras palabras, Daniel le pidió misericordia a Dios no sólo por causa de Israel sino por causa de Dios mismo.

Para apreciar este énfasis de la oración de Daniel debemos recordar que originalmente Jerusalén había sido el lugar que Dios había escogido para morar y donde *el pueblo de Dios se reunía con él* con su confesión de pecados, sus oraciones, sus alabanzas y sus acciones de gracias. Pero Jerusalén también era el lugar donde *Dios se reunía con su pueblo* con su amor, su perdón, su ayuda y su consuelo. Pero ahora, por causa de los pecados de sus habitantes, Jerusalén era un motivo de burla para los paganos. La ciudad había llegado a ser objeto de mofa. En su condición actual la ciudad y su Templo famoso ya no servían al honor de Dios. Los

vecinos paganos de Israel se burlaban de la nación que afirmaba que era el pueblo escogido de Dios, al que por lo visto Dios había abandonado. El hecho de que la capital de la nación y su Templo sufrieran degradación, se reflejaba en su Dios. Los paganos bien podrían haber preguntado: “¿Es que acaso su dios ni siquiera puede restaurar su santuario?”

La plegaria final que le hizo Daniel a Dios fue: “¡No tardes, por amor de ti mismo, Dios mío! ¡Ha llegado el tiempo de liberar a tu pueblo del exilio, no tardes ni un momento más!” Anteriormente se dijo que el profeta Jeremías había predicho que aunque la tierra natal de los judíos iba a estar desolada por setenta años, aun así Dios permitiría que sus habitantes regresaran. Daniel le pidió a Dios que cumpliera con su promesa.

La oración de Daniel es una oración modelo para todos los hijos de Dios de todas las épocas. Aunque ocupa casi dos tercios del capítulo 9, con frecuencia es pasada por alto debido a que los comentaristas se interesan más en los cuatro versículos finales del capítulo. Y esto es una lástima. La oración de Daniel nos puede enseñar a confesar humildemente nuestros pecados, a implorarle a Dios misericordia, a aferrarnos a él y a su promesa, y mediante todo eso buscar también su gloria.

Dios ha prometido que esta clase de oración será respondida, y Daniel lo comprobó.

²⁰ »Aún estaba hablando, orando y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová, mi Dios, por el monte santo de mi Dios; ²¹ aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión, al principio, volando con presteza vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. ²² Me hizo entender, y habló conmigo diciendo: “Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. ²³ Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión.

Dios respondió a su oración aun antes de que Daniel hubiera terminado de orar. Dios le envió su respuesta por medio del ángel Gabriel, el cual quizás vino en una visión, como lo había hecho ya una vez, o tal vez se le apareció a Daniel en una forma visible. Se nos dice que el ángel apareció “como a la hora del sacrificio de la tarde”, alrededor de la hora de la puesta del sol. Para tranquilizar a Daniel, que se sentía sobrecogido por la presencia de este mensajero celestial, el ángel le dijo: “Daniel... tú eres muy amado.” En vista de este favor divino tan especial, Daniel puso mayor atención a lo que Gabriel estaba por decirle.

“Ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento... entiende la visión.” Aquí estaba la respuesta de Dios a la oración de Daniel. Gabriel le explicó que traía una revelación divina. La respuesta de Dios a la oración de Daniel fue una notable predicción de algunos planes que Dios le tenía guardados a su pueblo para los años futuros. Las palabras no son fáciles de entender, se han entendido en muy diferentes formas, y oramos para que Dios nos guíe a entenderlas.

**24 »»Setenta semanas están determinadas
sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad,
para terminar la prevaricación,
poner fin al pecado
y expiar la iniquidad,
para traer la justicia perdurable,
sellar la visión y la profecía
y ungir al Santo de los santos.**

**25 Sabe, pues, y entiende
que desde la salida de la orden
para restaurar y edificar a Jerusalén
hasta el Mesías Príncipe,
habrá siete semanas y sesenta y dos semanas;
se volverán a edificar la plaza y el muro
en tiempos angustiosos.**

**²⁶ Después de las sesenta y dos semanas
se quitará la vida al Mesías,
y nada ya le quedará.
El pueblo de un príncipe que ha de venir
destruirá la ciudad y el santuario,
su final llegará como una inundación,
y hasta el fin de la guerra
durarán las devastaciones.**

La respuesta que Dios le envió a Daniel por medio del ángel Gabriel le debió sorprender porque no tenía nada que ver con los setenta años de la cautividad. En vez de eso le habló de un período de tiempo llamado las setenta semanas (los setenta “sietes” en la versión inglesa, New International Version–(NIV)) que Dios había determinado para el cumplimiento de ciertos asuntos relacionados con el pueblo de Dios. Los setenta “sietes” están divididos en tres períodos: (1) siete, (2) sesenta y dos y (3) uno, respectivamente.

Estos últimos versículos del capítulo son uno de los problemas bíblicos más difíciles de interpretar. Aunque ninguna interpretación despeja por sí sola todas las incógnitas que el pasaje suscita, en general hay tres explicaciones distintas del mismo.

La primera es la más antigua y es la única aceptada por la mayoría de los intérpretes luteranos. Esta interpretación calcula el período de los setenta “sietes” desde el tiempo del edicto que permitió que los judíos regresaran y reconstruyeran Jerusalén y su Templo, concluyendo con el tiempo en que Cristo vino y terminó su obra redentora. De acuerdo con este punto de vista, que es el único que se acepta en este comentario, los setenta “sietes” representan un período de aproximadamente 500 años.

La segunda es la interpretación tradicional de los judíos, así como la preferida por la crítica negativa de los intérpretes modernistas. Esta interpretación calcula el período de los setenta “sietes” desde el mismo punto de vista que el primero, pero extiende el período sólo hasta el tiempo de los macabeos (165

a.C.). El rey al que la visión se refiere es Antíoco Epífanes, del que ya hemos leído en el capítulo 8 de Daniel. Según esta interpretación aquí no hay ninguna referencia al Mesías.

El tercer punto de vista interpreta el período de los setenta “sietes” como extendiéndose desde el tiempo de Daniel hasta el fin del mundo. De acuerdo con este punto de vista, Dios respondió la oración de Daniel diciendo: “Sí, Daniel, tú estás en lo cierto al deducir que los setenta años de exilio que Jeremías predijo están por concluir; ahora está comenzando un nuevo período de setenta “sietes” durante el cual traeré toda mi obra a una exitosa conclusión.” Los estudiosos bíblicos que creen en el milenio, mil años de reinado terrenal de Cristo, usualmente prefieren esta tercera interpretación.

Y como este comentario no encuentra la enseñanza del milenio en la Biblia, esta tercera interpretación es inaceptable. Brevemente, esta interpretación divide los setenta “sietes” como sigue:

Los siete “sietes” representan el período que va desde el regreso y la reconstrucción de Jerusalén hasta el tiempo de Cristo.

Los sesenta y dos “sietes” representan el período durante el cual la iglesia del Nuevo Testamento será construida, en medio de la persecución.

El único “siete” es el período de la gran tribulación. El anticristo vendrá, quitará el sacrificio y dará paso al juicio final.

Esta interpretación presenta serias dificultades. En ella se ignora el hecho de que la profecía de Gabriel propiamente se refiere a la reconstrucción de Jerusalén y a la venida del Mesías, no se refiere a la construcción de la iglesia del Nuevo Testamento ni a toda la era del Nuevo Testamento. Otra dificultad de esta interpretación es que la división del tiempo (7 + 62 + 1 “sietes”) parece desproporcionada. ¿Por qué el período del Nuevo Testamento se extendería sólo hasta la aparición del Anticristo cubriendo sesenta y dos “sietes,” mientras que su gobierno se extendería sólo por un “siete”?

El comentario de este libro de Daniel apoya la primera de las tres interpretaciones como la más fiel al sentido claro de las Escrituras, y ésta es la única que se va a presentar aquí. Por consiguiente el tiempo entre Daniel y Cristo (poco más de 500 años) se divide en los siguientes tres períodos:

Los siete “sietes” representan el período durante el cual el templo de Jerusalén y los muros de su ciudad fueron reconstruidos en el tiempo de Esdras y Nehemías.

Los sesenta y dos “sietes” representan el período que va desde la reconstrucción de Jerusalén hasta la venida del Mesías y su muerte.

El único “siete” es el tiempo durante el cual el Mesías confirmará un pacto de gracia con muchos. Muchos serán salvos mediante la fe en el Mesías antes de que venga el enemigo, que destruirá a Jerusalén.

Ahora veamos los detalles de la información que Gabriel le trajo a Daniel en respuesta a su oración. Gabriel anunció que Dios había decretado un período de tiempo definido (setenta “sietes”) para llevar a cabo su gran obra de rescate de la raza humana de las consecuencias del pecado. El número siete representa lo completo: setenta “sietes” cubren el tiempo que le tomará a Dios cumplir y completar su plan de salvación.

La magnífica operación del rescate que Dios llevará a cabo se describe en seis términos, tres negativos y tres positivos. En su oración Daniel había confesado el pecado, tanto el suyo propio como el de Israel, y repetidamente había pedido el perdón de Dios. Desde un punto de vista *negativo*, la obra redentora de Dios será “terminar la prevaricación” (o “transgresión” LBLA), “poner fin al pecado” y “expiar la iniquidad”. Esta obra para ser cumplida durante el período de los setenta “sietes” apunta a Jesucristo. Él es el único que “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26). Como resultado de la obra de Cristo, el avance despiadado del

pecado ha sido controlado, su daño ha sido deshecho, la culpa de todo un mundo de pecadores ha sido expiada.

La respuesta de Gabriel a Daniel también considera la obra de Cristo desde un punto de vista *positivo*. Cristo no sólo quitó la maldad que amenazaba con separarnos de Dios; en su lugar trajo algo maravilloso, que otra vez describe Gabriel en tres términos distintos. Cristo antes que nada traerá “justicia perdurable”. “Justicia” es en términos de la Biblia similar a “estar bien con Dios”, lo cual describe la correcta relación con Dios que viene al pecador por medio de la fe en el Salvador.

Una segunda obra que Cristo realizó fue “sellar la visión y la profecía”. Durante el tiempo del Antiguo Testamento Dios habló mediante hombres escogidos, llamados profetas. Por medio de visiones y profecías les permitió ver y describir la obra que el Salvador hará por los pecadores. Cuando Cristo vino ya no hubo necesidad de tales visiones ni de profecías. Y como la venida de Cristo las había cumplido, fueron discontinuadas.

El tercero y último propósito de la venida del Salvador es el más difícil de explicar. Vendrá para “ungir al Santo de los santos”. Durante el Antiguo Testamento, el Lugar santísimo era un cuarto del Templo donde Dios se reunía con su pueblo. ¿Acaso Gabriel quiere decir que en Cristo, no simbólica sino realmente, Dios viene a encontrarse con su pueblo con su amor y su perdón? ¿O, como “Santo” con mayúscula, bien puede ser escrito con minúscula, se refiere “Santo de los santos” al pueblo de Dios que ha sido apartado solemnemente por el Espíritu de Dios para ser piedras vivas de su templo? “Vosotros”, escribe Pedro, “como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual” (1 Pedro 2:5). “No es tan irrazonable concluir que el establecimiento de la Santa Iglesia Cristiana está incluido en el objetivo final de esta visión” (*El comentario autodidacto de Concordia*, p. 538).

Los seis términos apuntan a la obra que hará el Salvador prometido. Este hecho apoya el punto de vista de que los setenta “sietes” no terminan en los tiempos de Antíoco Epífanés, ni

tampoco en la segunda venida de nuestro Señor, sino en su primera venida. Cuando Cristo dejó esta tierra, después de completar su obra aquí, ninguna de las seis profecías anunciadas por Gabriel quedaron inconclusas.

El período de los setenta “sietes” comienza con el decreto de la reconstrucción de Jerusalén, con el fin de restaurarla como un lugar donde el pueblo pudiera vivir otra vez rindiéndole culto a Jehová en su templo. Esta es la obra que más tarde se logró bajo el liderazgo de Esdras y Nehemías pese a la amarga oposición, o como Gabriel se lo explicó a Daniel, “en tiempos angustiosos”. Esta actividad ocupa el primer siete de los “sietes”.

Los siguientes sesenta y dos “sietes” se extienden desde la época de Esdras y Nehemías hasta la época de Cristo, el Ungido. La palabra hebrea para “Ungido” es Mesías; la palabra equivalente en el griego es Cristo. Él es el Gobernante, el Rey, el Príncipe, que viene para librar a su pueblo.

Al final de los sesenta y dos “sietes” ocurrirán dos acontecimientos importantes.

1. “Se quitará la vida al Mesías” (en la versión inglesa en vez de “quitar” se usa “cortar”). Cuando se usa “cortar” en el Antiguo Testamento se refiere a una muerte violenta. Aquí, seguramente, es una referencia a la crucifixión de Cristo. Hay que recordar que Isaías también predijo que el Mesías iba a ser “arrancado de la tierra de los vivientes” (53:8). Además, él fue totalmente rechazado, tanto por Dios como por los hombres. Sobre la cruz nada tuvo, estuvo totalmente solo.
2. Un enemigo vendrá y destruirá la ciudad y el santuario. Como consecuencia, el fin vendrá “como una inundación”. La venida de ese enemigo (los romanos) no iba a ser una invasión ordinaria. Gabriel le explicó a Daniel que ese sería un juicio especial de Dios que causará la destrucción total de la ciudad y del templo de los judíos. Jesús mismo describe esa destrucción, la cual tendría lugar aproximadamente cuarenta años después de su crucifixión, como un juicio tan terrible que lo compara al juicio del fin del mundo (Mateo 24:15-27).

27 Por otra semana más confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después, con la muchedumbre//de las abominaciones, vendrá el desolador, hasta que venga la consumación y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.”»

El versículo final del capítulo tampoco es fácil y ha sido interpretado de varias formas. Los que piensan que los setenta “sietes” se extienden hasta el fin del mundo ponen un período extremadamente largo de tiempo entre los sesenta y nueve y los setenta “sietes.” (Si los sesenta y nueve “sietes” vienen a concluir con el ministerio de Cristo y los setenta “sietes” nos llevan hasta el fin del mundo, entonces este tiempo ¡ha durado casi 2,000 años!) Sin embargo, se supone naturalmente que los períodos de tiempo de los que se ha hablado en la profecía son consecutivos. Gabriel nos da aquí algunos de los detalles de lo que ocurrirá después de la muerte del Mesías.

“Por otra semana más confirmará el pacto con muchos;... hará cesar el sacrificio y la ofrenda.” Algunos han creído que esto se refiere a un enemigo de Cristo y de su iglesia, tal vez el Anticristo, que suspenderá forzosamente los sacrificios del templo y prohibirá el culto de adoración al verdadero Dios. “Como él (el Anticristo) procura tomar el lugar de Cristo, así también lo imitará... Él concertará un pacto... pero un pacto de terror, coacción y violencia” (Leupold, *Exposición de Daniel*, p. 432). Según este punto de vista, la profecía termina con el mensaje de la condenación que le espera a este destructor.

Al buscar la interpretación de este versículo final, necesitamos recordar el énfasis principal del mensaje de Gabriel. Este mensajero de Dios consistentemente señaló el hecho de que durante el período de los setenta “sietes” Cristo hará expiación por el pecado y lo reemplazará con su justicia perfecta. Por lo tanto,

este versículo final puede ser entendido también como referido a Cristo. Con su vida perfecta y con su muerte inocente Cristo cumplió el pacto que siglos antes Dios había hecho con Abraham: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3). Las ceremonias de adoración que Dios instituyó en el monte Sinaí también encontraron su cumplimiento perfecto en Cristo. Le puso fin, durante este último “siete”, a los ritos de adoración del Antiguo Testamento que implicaban al sacerdocio y los sacrificios de sangre. Basados en su obra, todas las bendiciones del Antiguo Testamento se derraman sobre el mundo de pecadores, los que tienen acceso a: participación en la familia de Dios, el perdón de pecados y un lugar al lado de Dios para siempre.

Muchos serán salvos por medio de la fe en el Mesías antes de que venga el destructor (tal vez Tito y sus legiones romanas). El establecerá la abominación, tal vez la imagen de un ídolo en el templo de Dios, que se convirtió en una cáscara vacía desde que la cortina se rasgó en dos el primer Viernes Santo. Después de que el enemigo haya llevado a cabo su obra de maldad, él mismo caerá bajo el juicio de Dios.

El texto nada dice acerca del tiempo exacto cuando los setenta “sietes” llegarán a su fin, así como es igualmente vago en cuanto a su comienzo. Entonces, es claro que el énfasis no está en el principio ni en el fin de este notable período de tiempo, sino más bien sobre los poderosos acontecimientos que tendrán lugar dentro de este período. Estos eventos han conseguido nuestra paz con Dios. Pese a todas las dificultades que este capítulo presenta para el lector, una cosa está clara: el Mesías es la figura central. Por lo tanto, despreocupémonos de fechas y de cálculos matemáticos y en vez de eso centremos la atención en Jesucristo; sólo él ha hecho posible nuestra reconciliación con el Padre, sólo mediante él podemos llamar a Dios “Padre”.

PODERES SOBRENATURALES EN CONFLICTO SOBRE EL PUEBLO DE DIOS DANIEL 10

La cuarta y última visión que Dios le dio a Daniel se registra en los capítulos 10-12. Los detalles de la misma se registran en el capítulo 11. El capítulo 10 es una especie de prelude de la visión y habla de la venida de un mensajero celestial con información para Daniel. El capítulo 10 no es fácil de entender, pero es importante. Nos trae una información fascinante sobre los ángeles y los demonios; nos habla de la lucha que sostienen continuamente para ayudar o para estorbar la obra de Dios.

10 En el tercer año de Ciro, rey de Persia, fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar. La palabra era verdadera y el conflicto grande, pero él comprendió la palabra y tuvo inteligencia en la visión.

² «En aquellos días yo, Daniel, estuve afligido por espacio de tres semanas. ³ No comí manjar delicado, ni entré en mi boca carne ni vino, ni me ungué con perfume, hasta que se cumplieron las tres semanas.

“Fue revelada palabra a Daniel”. Una vez más se le permitía a Daniel ver lo que les esperaba a las naciones del Mediterráneo oriental, especialmente a los judíos que vivirían en la tierra de Israel. Dios descorrió la cortina que ocultaba el futuro frente a los ojos de Daniel. Así como en revelaciones anteriores, Dios le permitió a Daniel ver lo más inmediato así como el futuro más distante.

Frecuentemente en el Antiguo Testamento Dios le dio revelaciones al pueblo sin darles la interpretación de lo que habían visto. Por ejemplo, el faraón de Egipto soñó que siete vacas flacas se comían a siete vacas gordas, pero el faraón no entendió el significado del sueño. El rey de Babilonia, Nabucodonosor,

tampoco fue capaz de interpretar los sueños que tuvo. Pero en este caso de la visión de Daniel, Dios le dijo lo que significaba.

La visión que Dios le dio a Daniel trataba “de un gran conflicto” (vea LBLA). Dios le mostró a Daniel, que se avecinaba sobre el pueblo judío un tiempo de intensa opresión, en los siglos inmediatos. Y el conflicto se va a intensificar en los días difíciles que precederán al fin del mundo.

Las primeras palabras del capítulo nos dan la fecha de la visión. Dios se la mostró a Daniel en el año tercero de Ciro, rey de Persia, varios años después de que Ciro derrocara al Imperio Babilonio, liberara a los judíos exiliados, y les autorizara a regresar a su hogar.

Esto hace surgir la pregunta: “¿Si Ciro ya había dejado en libertad a los judíos, qué estaba haciendo Daniel todavía en Babilonia? ¿Por qué no estaba él al lado de los 45,000 que volvieron a la antigua patria y que estaban luchando para reconstruir Jerusalén?” Pudo haber varias razones. Una razón pudo haber sido que Daniel, ya octogenario, quizá haya pensado que era demasiado viejo para hacer un viaje tan largo y para participar en la ardua tarea de reconstruir un país destrozado por la guerra. Una segunda razón podría haber sido su cargo en el gobierno, ya que siendo uno de los tres funcionarios más altos del gobierno persa, aún tenía la oportunidad de ayudar a su pueblo. Dios quizás habría decidido que mejor se quedaba y trabajaba para el bien de sus compatriotas que habían regresado al hogar.

Daniel nos narra el estado de ánimo en que se encontraba cuando Dios le envió la visión. “Estuve afligido por espacio de tres semanas.” Estas palabras reflejan la situación. Habían pasado dos años desde que Ciro había autorizado que los exiliados regresaran y reconstruyeran su ciudad y su Templo. ¿Qué había ocurrido en aquellos dos años?

Armados con el decreto real, y auxiliados con el subsidio del tesoro real, los exiliados emprendieron el regreso, entusiasmados ante el restablecimiento de la vida cotidiana y el culto en el templo de Jerusalén. La obra marchó bien en un principio, después de siete

meses habían reconstruido el altar de Jehová y habían sentado las bases para un nuevo templo sobre el sitio donde había estado el anterior.

Y entonces se presentaron los problemas. Sus enemigos samaritanos se opusieron al proyecto de reconstrucción y se las arreglaron para detener la obra. En ese tiempo Ciro estaba ocupado en alguna campaña militar y su decreto, que autorizaba la reconstrucción del Templo, parece que se había extraviado. Por años no se avanzó más allá de los cimientos del Templo (Esdras 4:4,5). La comunidad judía estaba desanimada y descorazonada.

Ya se habrá de imaginar cómo se sintió Daniel, el fiel siervo del Señor por tantos años, cuando escuchó esas noticias. Para aumentar su pesar, este era el primer mes del año de la iglesia judía, el mes en el que los que habían regresado debían estar celebrando la Pascua. Esta era la fiesta más importante para la comunidad judía, ¡y su Templo aún permanecía en ruinas! Daniel se debió preguntar: “¿Cuántos años más pasarán antes de que mi pueblo pueda vivir con tranquilidad y antes de que puedan tener nuevamente su Templo donde puedan adorar al Señor, como él lo ordenó? Es con razón que Daniel se sentía acongojado.

“Estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino.” El corazón de Daniel estaba apesadumbrado y por tres semanas oró con fervor descargando su pesar ante el Señor. Pidió que Dios frustrara el malvado plan e hiciera renacer el entusiasmo en el corazón de sus compatriotas para que trabajaran para la obra de Dios y le rindieran culto.

Daniel acompañó sus oraciones con ayuno. Como el alto estadista que era, Daniel podía pedir cualquier comida que deseara de la cocina real, pero su estómago no estaba para eso. La privación de la comida y la bebida (lo que en el Catecismo de Lutero se llama “el ayuno y preparaciones externas”) en sí mismo no garantiza las bendiciones de Dios, pero puede servir como evidencia de una actitud de humildad, la que Dios sí ha prometido bendecir.

“Ni me ungué con perfume”. La gente que vive expuesta al candente sol de Oriente se aplica aceites a la piel con el fin de protegerse tanto del sol como del viento. Para Daniel, la abstención de comida, bebida y perfumes mostraba que su comodidad y apariencia personal le tenían sin cuidado. Sin embargo, estaba profundamente preocupado por el bienestar de sus paisanos que estaban a muchos kilómetros en su desolada tierra natal. Dios escuchó su humilde oración.

4 El día veinticuatro del primer mes estaba yo a la orilla del gran río Hidekel. 5 Alcé mis ojos y miré, y vi un varón vestido de lino y ceñida su cintura con oro de Ufaz. 6 Su cuerpo era como de berilo, su rostro parecía un relámpago, sus ojos como antorchas de fuego, sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud.

Dios respondió la oración de Daniel enviándole un visitante celestial con un mensaje. Cuando Daniel se encontraba a orillas del gran río Tigris, alzó la vista y vio a un visitante cuya apariencia inesperada lo intimidó. Vio a un hombre vestido de lino, ceñido con un cinto de oro; sus ojos le parecieron a Daniel como antorchas fulgurantes, sus brazos y piernas como bronce bruñido. Cuando habló, su voz se oyó como si lo hiciese un gentío. Esos detalles describen a una persona que, aunque tenía apariencia humana, era absolutamente aterradora. Con razón Daniel se sentía atemorizado. También sus acompañantes estaban tan aterrorizados que corrieron a ocultarse.

¿Quién era este visitante? Como Daniel no lo identifica por nombre, lo que se diga es sólo especulación.

Algunos han pensado que el visitante era un ángel, tal vez el ángel Gabriel, que se le había aparecido en otras dos ocasiones trayéndole un mensaje de Dios (8:16 y 9:21). Es cierto que Dios con frecuencia utiliza a sus poderosos ángeles como mensajeros, y el visitante celestial que se le apareció a Daniel pudo haber sido

un ángel creado. Pero si hubiera sido el ángel Gabriel, ¿por qué no le llamó Daniel por su nombre, como lo había hecho antes?

Otro problema para los que identifican al visitante de Daniel como un ángel es que en 11:1 dice que ha ayudado al arcángel Miguel y que lo *ha protegido*. Miguel es un arcángel, que es el rango más alto entre los ángeles. ¿Quién, sino el Señor Dios, es el que puede afirmar que es el protector del ángel más grande entre todos los ángeles?

Cuando leemos la descripción tan impresionante de la aparición de Daniel, notamos la gran semejanza entre éste y el visitante que se le apareció en una visión al profeta Ezequiel (Ezequiel 1:26-28) y el del apóstol Juan (Apocalipsis 1:13-15). El parecido es tanto que difícilmente se puede considerar coincidencia. Al leer los tres pasajes se notará la similitud entre ellos por la descripción de la brillante apariencia del personaje y muchos otros detalles que tienen en común. Es convincente la evidencia de que ellos hablan de la misma persona.

Tanto Ezequiel como Juan identifican a quien vieron como el Hijo de Dios mismo. Juan especialmente aclara que vio a la segunda persona de la Trinidad, Jesucristo. Parece que el visitante que se le apareció a Daniel en respuesta a su oración fue el Ángel del SEÑOR. Este es el nombre utilizado con frecuencia en las páginas del Antiguo Testamento para describir a la segunda persona del Dios trino tal como se apareció en forma visible a su pueblo del Antiguo Testamento. Este gran Ángel del SEÑOR con frecuencia hizo su aparición cuando el plan de gracia de Dios para su pueblo corría peligro, tal como lo fue en el tiempo de Daniel.

Aquellos que titubean en identificar a esta persona como el Señor mismo se basan en la afirmación que el visitante hizo en el último versículo de este capítulo. Allí le dijo a Daniel que en esta lucha con “el príncipe de Persia” había sido ayudado por el arcángel Miguel. Algunos comentaristas se preguntan: “¿Necesita el Hijo de Dios ayuda de una de sus criaturas?” Se puede responder que, aunque Dios no necesita la ayuda de sus ángeles, él los ha usado en más de una ocasión cuando él lo consideró conveniente.

⁷»Sólo yo, Daniel, vi aquella visión. No la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor y huyeron y se escondieron. ⁸Quedé, pues, yo solo ante esta gran visión, pero no quedaron fuerzas en mí, antes bien, mis fuerzas se cambiaron en desfallecimiento, pues me abandonaron totalmente. ⁹Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra.

Daniel ya era un veterano, y no un novato, tanto en oír hablar al Señor como en comunicar la palabra del Señor. Pero su reacción aquí muestra lo frágil que es el hombre pecador cuando está ante la santidad y la grandeza de Dios.

No sabemos quiénes acompañaban a Daniel en esta ocasión, pero no vieron lo que Daniel vio. Tal vez el Señor evitó que lo reconocieran. Si ellos eran paganos, tal vez funcionarios de la corte persa, Dios pudo haberlos considerado indignos de ver la visión celestial que Daniel estaba presenciando. Sin embargo, de una cosa podemos estar seguros, los acompañantes de Daniel se dieron cuenta de que Daniel había visto algo que no era de este mundo; y se aterrorizaron. Quizás notaron un cambio en su semblante o en su comportamiento. De todas maneras, corrieron a ocultarse rápidamente, dejándolo solo y concentrado en la visión.

Daniel describe detalladamente el efecto que le causó ver al visitante celestial. Nos recuerda la experiencia que tuvo Isaías cuando en una visión vio la gloria del Señor. Isaías se sintió abrumado, consciente de su condición pecaminosa e indigna, por lo que exclamó: “¡Ay de mí que estoy muerto... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5). Daniel había tenido una experiencia aún más aplastante. Su apariencia que normalmente era agradable, había cambiado; su semblante se demudó, palideció como un fantasma. El texto hebreo indica que las facciones de su cara realmente se distorsionaron y se desfiguraron. Y además, de la impresión que se llevó, se sintió desfallecer. En el estado de temor y de trauma emocional en que

se hallaba, cuando escuchó la voz del Señor dirigiéndose a él, se desplomó.

¹⁰ Y una mano me tocó e hizo que me pusiera sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos. ¹¹ Me dijo: “Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que he de decirte y ponte en pie, porque a ti he sido enviado ahora.”
»Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando.

Dios no se deleita en asustar a nadie, menos a sus amados hijos. El visitante celestial de Daniel era indescriptiblemente majestuoso, pero junto con su majestad demostró otras dos cualidades. Mostró su *amor* al inclinarse para ayudar a Daniel a levantarse mientras yacía inconsciente a la orilla del río. Después de tocarlo amorosamente y de hacerlo volver en sí, lo ayudó a arrodillarse y le dijo: “hombre muy amado” (versículo 11, RVA). Le recordó a Daniel que era amado por Dios y que su propósito no era infundirle temor sino el de informarle lo que Dios quería que supiera y registrara para las generaciones futuras. El hecho de tocar a Daniel amorosamente nos recuerda la vez en que el Señor hizo lo mismo cuando “se acercó y los tocó” a sus aterrados discípulos que habían sido testigos de su gloriosa transfiguración (Mateo 17:6,7).

Daniel, estadista octogenario y consejero del rey, debió haber presentado un aspecto muy lastimoso, temblando y arrastrándose sobre manos y rodillas, incapaz de tenerse en pie.

Además del amor y del cuidado con que trató a Daniel, el visitante celestial le mostró su *poder* sobrenatural. “Daniel... ponte en pie”. Esta palabra divina fue acompañada con el poder de hacer que Daniel se sobrepusiera de su debilidad. Es interesante notar que el proceso de fortalecer a este hijo amado de Dios consistió en varios pasos y cada uno llevó a Daniel cada vez más cerca al punto de estar completamente capacitado para recibir la visión. Daniel se irguió aún tambaleante.

¹² Entonces me dijo: “Daniel, no temas, porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. ¹³ Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. ¹⁴ He venido para hacerte saber lo que ha de sucederle a tu pueblo en los últimos días, porque la visión es para esos días.”

Daniel había recobrado la compostura suficiente para poder recibir la información acerca del futuro que el visitante celestial había venido a darle (la información está registrada en los capítulos 11 y 12). Dios había escuchado la angustiada oración de Daniel pidiendo por su pueblo y había resuelto responderle de inmediato. Pero primero el Ángel quería que Daniel supiera sobre la lucha sobrenatural que había tenido lugar.

“El príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme.” Con estas palabras el visitante le dio a Daniel un vistazo de un mundo que normalmente se encuentra oculto ante los ojos humanos, el mundo espiritual donde las fuerzas malignas de “el príncipe de este mundo” (Juan 12:31) luchan contra los ángeles celestiales de Dios. Nos enteramos, primero que nada, que Satanás había asignado a uno de sus secuaces para que trabajara en el gobierno del reino persa. Este “príncipe del reino de Persia” probablemente se refiera a un ángel malvado cuya misión era la de obstaculizar la voluntad de Dios en y a través del gobierno persa.

Sabemos que Dios había utilizado a ese gobierno para beneficiar a su pueblo, liberándolo del exilio en Babilonia. Por otra parte, Satanás estaba trabajando a través de su agente para ponerle tropiezos a estos decretos reales. Es consolador saber que sus intentos de manipular al Imperio Persa, para obstaculizar los

planes del Señor, terminaron en fracaso cuando Miguel ayudó al Ángel que en esos momentos le hablaba a Daniel. Miguel, el único arcángel que se nombra en las Escrituras, ayudó a hacer fracasar el malévolo plan de Satanás.

Eso debió ser un mensaje de mucho alivio para Daniel, que se encontraba preocupado porque el plan para la reconstrucción de Jerusalén estaba siendo demorado. Parecía que el agente satánico, por un tiempo, había tenido éxito en la obstaculización del camino de los exiliados repatriados. Pero los ángeles de Dios habían estado trabajando para contrarrestar su malvada influencia. Se había librado una lucha enconada entre los poderes sobrenaturales acerca del bienestar de Israel. La lucha no había terminado. Un poco más adelante, en los versículos finales de este libro, se habla de otro tiempo difícil que se avecinaba en que el agente de Satanás trabajaría a través del Imperio Griego para causarle problemas al pueblo de Dios.

La aparición del Ángel sirvió para asegurarle a Daniel que aunque las poderosas fuerzas diabólicas estaban fraguando maldad contra el pueblo de Dios, había seres celestiales aun más poderosos que también estaban trabajando para contraatacar y hacer fallar los planes del enemigo. También había otro propósito para la aparición del Ángel: “He venido para hacerte saber lo que ha de sucederle a tu pueblo en los últimos días.”

Cuando los profetas del Antiguo Testamento utilizan la expresión “los últimos días,” el término siempre incluye no solo el futuro inmediato sino también el futuro distante que alcanza hasta el tiempo del Mesías y más allá. A Daniel se le dio una amplia visión panorámica de la historia. “Porque la visión es para esos días.”

¹⁵»Mientras me decía estas palabras, yo tenía los ojos puestos en tierra y había enmudecido. ¹⁶ Pero uno con semejanza de hijo de hombre tocó mis labios. Entonces abrí la boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: “Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores y no me

quedan fuerzas. ¹⁷ ¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltaron las fuerzas, y no me quedó aliento.”

¹⁸ »Aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, me fortaleció ¹⁹ y me dijo: “Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y cobra aliento.” Mientras él me hablaba, recobré las fuerzas y dije: “Hable mi señor, porque me has fortalecido.” ²⁰ Él me dijo: “¿Sabes por qué he venido a ti? Ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá. ²¹ Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad: nadie me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe.”

11 »También yo en el primer año de Darío, el medo, estuve para animarlo y fortalecerlo.

Cuando el portavoz celestial le explicó los juicios que iban a venir sobre el pueblo de Dios en los años venideros, Daniel se volvió a sentir decaído. Agachó la cabeza mirando al suelo. En una actitud de modestia, y tal vez de debilidad, evitó mirar de frente al mensajero celestial, y además enmudeció. La voz que una vez había pasmado a reyes ahora estaba extrañamente silenciosa. Daniel ni podía decir lo que le perturbaba.

El visitante tocó otra vez a Daniel, pero esta vez en los labios, y ahora sí fue capaz de expresar la agonía que estaba sintiendo. Le dijo al Ángel: “Sé que has venido para traerme una visión y revelación de las cosas que vendrán, pero en mi actual condición no soy capaz de recibirlas. Todo lo que puedo ver y sentir es mi debilidad. Mi fuerza se ha ido y difícilmente puedo respirar.”

Y así por tercera vez el mensajero celestial, “uno con semejanza de hijo de hombre” se acercó a Daniel y lo tocó. Le recordó nuevamente que era muy amado por Dios, le aseguró a Daniel que por medio de esta visita Dios quería darle a conocer sus buenos propósitos y le instó a no temer. Sólo entonces Daniel estuvo listo para recibir la visión, la cual se describirá con detalle

en el capítulo 11. Uno se puede preguntar por qué este relato menciona con tanto detalle las tres veces que el Ángel se acercó a Daniel y lo fortaleció. Bien pudo ser un recordatorio de parte del Ángel, de que la revelación que Daniel estaba por recibir era de gran importancia. También es un recordatorio del amor de Dios y del interés él que tiene por su pueblo.

Un capítulo entero ha sido dedicado para describir lo que ocurrió detrás del escenario de la historia del mundo. En cierta forma fue perturbador para Daniel escuchar el mensaje. Se enteró de que las cosas no habían estado marchando bien con sus paisanos que estaban en su tierra natal. Aunque se les había otorgado la libertad, sus enemigos les estaban haciendo imposible la existencia. Y ahora Daniel se enteró de que el agente de Satanás, que estaba usando al gobierno persa para llevar a cabo su maldad, era quien estaba orquestando todo eso.

Y aun así no había razón para que Daniel se sintiera desanimado. El Ángel le informó que regresaría a pelear contra el malvado príncipe de Persia, para controlar ese poder maligno que les estaba amargando la vida a los exiliados repatriados.

Sin embargo, tan pronto como el conflicto terminara, otro iba a tomar su lugar. Cuando el Imperio Persa cayó ante los ejércitos griegos de Alejandro el Grande, Satanás designó a otro de sus agentes (“el príncipe de Grecia”) para obstaculizar la obra de Dios, en esta ocasión mediante el gobierno griego. El Ángel también se enfrentará a ese malvado príncipe. Su ayudante en esta lucha será el arcángel Miguel, el defensor privado del pueblo de Dios. Fue al revés en “el primero año de Darío, el medo”. Cuando Miguel encontró dificultad, tal vez en influenciar a los líderes persas para que liberaran a los exiliados, el Ángel vino en su ayuda para asegurarse de que los designios de Dios para su pueblo se llevaran a cabo.

El visitante celestial de Daniel había hablado largamente acerca de los ángeles malvados y de los ángeles buenos y de sus respectivos papeles en los asuntos mundiales; sin embargo, esa no era la razón principal de que él se le hubiera aparecido a Daniel.

Tenía que hacerle una revelación más importante, y en el capítulo siguiente procedió a hacerlo. Dijo que la visión de lo que había en el futuro estaba escrita en el “libro de la verdad”. Aunque los acontecimientos revelados aún no habían pasado, en cuanto a Dios se refiere, ya los tenía registrados.

Estos son asuntos que sólo se encuentran en el libro de Dios, puesto que sólo él sabe el futuro, y él sólo tiene registros fidedignos sobre lo que traerá el futuro. Para el cristiano es consolador saber que Dios prevé y controla la vida y las actividades de sus enemigos, así como la de sus hijos.

El salmista expresó esa confianza de esta manera:
Mi embrión vieron tus ojos,
y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas
que fueron luego formadas,
sin faltar ni una de ellas.

(Salmo 139:16)

El capítulo 10 de Daniel narra una extraña historia, una historia que no se encuentra en ninguna otra parte de las Escrituras. San Pablo nos advierte: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). El visitante celestial le dio, tanto a Daniel como a nosotros, un vislumbre de lo que hay tras las escenas de la historia, donde podemos ver las fuerzas ocultas, celestiales y demoníacas que luchan por controlar el curso de la historia.

¡Qué agradecidos estamos de que Dios tenga huestes celestiales, millares de ellas, las que usa para llevar a cabo su buena y misericordiosa voluntad! Nos regocijamos al cantar con el poeta danés Hans Brorson:

Con ángeles voy, adonde vaya,
Son mi escudo y me defienden.
El poder de Satán es mantenido a raya
Cuando las angélicas huestes me atienden.

LA PREDICCIÓN MÁS DETALLADA DE LAS ESCRITURAS DANIEL 11

Después de la larga introducción del capítulo 10, el visitante celestial de Daniel procedió a recorrer la cortina del futuro y a mostrarle lo que éste le deparaba al pueblo de Dios. Fue un anticipo que le daba a Daniel en qué pensar. Las cosas iban a empeorar para el pueblo de Dios antes de mejorar. El amargo conflicto que vendrá se intensificará debido a que estaban de por medio poderes sobrenaturales: por un lado los poderes del mal y por otro lado los poderes del bien. Con el fin de alentar a Daniel, el visitante celestial le dio una sorprendente cantidad de detalles sobre el conflicto, siendo así la profecía más detallada que se encuentra en las páginas de las Escrituras.

²»Ahora yo te mostraré la verdad. Aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas, más que todos ellos. Éste, al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia. ³Se levantará luego un rey valiente, que dominará con gran poder y hará su voluntad. ⁴Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; pero no será para sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó, porque su reino quedará deshecho y será para otros aparte de ellos.

“Te mostraré la verdad” dijo el Ángel para comenzar. Lo que estaba a punto de revelarle a Daniel iba a suceder con seguridad, y las páginas de la historia han confirmado su profecía.

Con una sola oración el Ángel cubre siglos de historia. “Aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas, más que todos ellos.” El cuarto rey que se menciona era Jerjes, también conocido como Asuero, el cual gobernó el Imperio Persa

desde el año 486 hasta el 465 a.C.; y es el rey que se menciona en el libro de Ester.

“Levantará a todos contra el reino de Grecia.” “Es bien conocido en la historia que a Jerjes le tomó cuatro años reunir un ejército desde todos los ámbitos de su imperio, logrando un total de más de dos millones y medio de hombres” (Leupold, *Exposición de Daniel*, p. 447). Arriesgándolo todo, este capitán invadió Grecia y perdió. Después de tan desastrosa experiencia, el Imperio Persa comenzó a declinar. Aunque siguió existiendo por siglo y medio, políticamente ya estaba muerto.

Entonces un poderoso gobernante mundial apareció en escena, Alejandro el Grande, joven rey de Grecia. Alejandro amaba la civilización y la cultura griegas, y se propuso que todo el mundo se viera influenciado por ellas. Este proceso es conocido como “helenización”, palabra griega derivada de “Hélade” que significa “Grecia”. Para conseguirlo, Alejandro sabía que debía quebrantar el poder de Persia; y lo logró. Sus ejércitos se aseguraron de que Persia no volviera a ser una amenaza para Grecia.

Este destacado conquistador del mundo murió repentinamente a la edad de 32 años, víctima de la malaria, de la fatiga extrema y del libertinaje. “Su reino... no será para sus descendientes”. Alejandro tenía dos hijos, aún jóvenes, que antes de subir al trono fueron asesinados durante el conflicto de la lucha por el poder que surgió después de su inesperada muerte. Como resultado de la contienda política, el imperio que Alejandro conquistó quedó “quebrantado y...para otros aparte de ellos”. Fue dividido entre cuatro de sus generales. Casandro recibió su Grecia natal; Lisímaco recibió el Asia Menor (hoy Turquía); Seleuco recibió Siria y Babilonia; y Ptolomeo recibió Egipto y Arabia. En este capítulo se ignoran dos de estas divisiones; el mensajero celestial habló sólo de Siria y de Egipto.

Así comenzó la llamada “Era Helenística”. Lo que se narra a continuación es un resumen que comprende cerca de 150 años de la historia siria y egipcia. Esos años fueron testigos de la lucha continua entre las dos naciones. Lo que aquí nos interesa saber es

que Palestina, por estar situada en medio de los dos países, necesariamente se vio involucrada en el conflicto de estos dos poderes mundiales. Daniel comprendió que el período que se avecinaba iba a ser muy difícil para su pueblo.

⁵»El rey del sur se hará fuerte, pero uno de sus príncipes será más fuerte que él, se hará poderoso y su dominio será grande. ⁶ Al cabo de unos años harán alianza, y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer la paz. Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo, y ni él ni su brazo permanecerán; porque ella será entregada a la muerte, y también los que la habían traído, y su hijo y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo.

Notamos que Daniel, al registrar un siglo y medio de la historia siria y egipcia, simplemente narra los hechos, como lo hizo en el caso del Imperio Persa, condensándolos y sintetizándolos. Los gobernantes sirios descendientes de Seleuco eran conocidos como seleúcidas; Daniel los llama los “reyes del norte”. Los gobernantes egipcios eran descendientes de Ptolomeo y eran conocidos como la dinastía de los ptolomeos; Daniel se refiere a ellos como los “reyes del sur”. Repetimos que la lista de los gobernantes que se da aquí no pretende ser completa, sólo se habla de los sucesores de Alejandro que jugaron un papel importante en la determinación del futuro del pueblo de Dios.

Ptolomeo I, “el rey del sur”, fue el primero de los generales de Alejandro que fue establecido en la tierra que iba a gobernar.

“Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo” La verdad de esta afirmación acerca de Berenice está escrita en sangre; su padre, el rey Ptolomeo, murió algunos años después. Antíoco se divorció de Berenice y regresó a su primera esposa Laodicea. Posteriormente los funcionarios de la corte asesinaron a Berenice y a su hijo. Para complicar más las cosas, a su vez Laodicea se vengó de su esposo envenenándolo y colocando a su propio hijo Seleuco Calinio sobre el trono sirio. Así que el padre, que fue el

que planeó el matrimonio político, estaba muerto, así como su hija, el esposo de ésta y los hijos de ambos.

7 »Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, vendrá con un ejército contra el rey del norte, entrará en la fortaleza y hará con ellos a su arbitrio, y predominará. 8 Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto; y durante años se mantendrá él alejado del rey del norte. 9 Así entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra. 10 »Pero los hijos de aquél se airarán y reunirán multitud de grandes ejércitos. Vendrá uno apresuradamente, inundará y pasará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza.

Hasta el lector casual de estos versículos iniciales se sorprenderá ante la creciente y amarga oposición que aumentaba entre los poderes del norte y del sur. El siguiente capítulo de esta rivalidad fue escrito por el hermano de Berenice, “un renuevo de sus raíces”, quien “se levantará en su lugar” (versículo 7, RVA). Tomó el trono egipcio bajo el nombre de Ptolomeo III llamado Evergetes. Invadió Siria, derrotó a su ejército y mató a Laodicea, que había estado involucrada en el asesinato de su hermana. El gran éxito de Ptolomeo se puede medir en la afirmación de que después de derrotar a los sirios en el campo de batalla también se apoderó de sus dioses, de sus imágenes de metal y de los tesoros del templo, y se los llevó a Egipto. No cabe duda de que fue una victoria completa, ya que los dioses de una nación eran vistos como los protectores del país.

Por el momento Seleuco se le unió, ya que habiendo ido a Babilonia a reclamar su parte volvió a perderla ante otro de los generales de Alejandro. Así que, por el momento, huyó a Egipto a hacerle compañía a Ptolomeo hasta que obtuvo el control de su propio país.

Sesenta años después el rey egipcio Ptolomeo Filadelfo resolvió unir las divisiones egipcias y sirias arreglando el matrimonio político entre su hija Berenice y el rey sirio Antíoco II llamado Teos. Para que se llevara a cabo el matrimonio se estipuló que Antíoco se debía divorciar de su primera esposa y sólo los hijos de su segundo matrimonio tendrían derecho al trono.

Sin embargo, el poder sirio no fue roto permanentemente. Dos años más tarde Seleuco II reconstruyó su ejército e invadió Egipto siendo derrotado de nuevo. Sus hijos, Seleuco III y Antíoco III, lograron a su vez lo que su padre había sido incapaz de hacer: un enorme ejército recapturó el territorio de la costa este del Mediterráneo que se había perdido a manos de los egipcios y penetró suficientemente al sur para atacar las fortalezas egipcias.

¹¹ Por eso se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará contra el rey del norte; éste pondrá en campaña una gran multitud, pero toda esa multitud será entregada en manos de aquél. ¹² Al llevarse él la multitud, se elevará su corazón y derribará a muchos millares; pero no prevalecerá. ¹³ El rey del norte volverá a poner en campaña una multitud, mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá rápidamente, con un gran ejército y muchas riquezas.

Enfurecido por la pérdida del territorio que había ocupado, Ptolomeo IV, también llamado Filopator, contraatacó. Se dirigió al norte atacando a los ejércitos de Antíoco III (el Grande) y lo obligó a retirarse. Recapturó las ciudades de Fenicia y Palestina y masacró a miles de lo mejor de Siria.

Aunque estaba orgulloso por su impresionante victoria, ésta no duró mucho tiempo. Desperdiciando la ventaja que tenía, prefirió regresar a la vida fácil y disoluta de palacio, lo que causó que él perdiera el respeto y la lealtad de muchos de sus seguidores. Otro resultado fue que Antíoco, pese a sus anteriores derrotas, logró reunir un ejército aun mayor que el primero y años más tarde marchó contra Egipto.

14 »En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur. Hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán, para que se cumpla la visión, pero caerán. **15** Vendrá, pues, el rey del norte, levantará baluartes y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir. **16** El que vendrá contra él hará su propia voluntad, y no habrá quien se le pueda enfrentar; y permanecerá en la tierra gloriosa, que será consumida bajo su poder. **17** Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino. Hará convenios con aquél, y le dará una hija por mujer, para destruirlo; pero no permanecerá ni tendrá éxito. **18** Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; pero un príncipe le hará cesar en su afrenta, y aun hará volver sobre él su oprobio. **19** Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; pero tropezará y caerá, y no será hallado. **20** »En su lugar se levantará uno que hará pasar un cobrador de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será muerto, aunque no con ira ni en batalla.

Daniel debió haberse sentido mareado con tantos detalles que el Ángel le dio sobre guerras, derramamientos de sangre e intrigas en los que los judíos se iban a ver sumergidos en un futuro cercano. Con cada nueva revelación Daniel comprendió que el futuro de su pueblo estaba entrelazado estrechamente con la política de los países vecinos: Siria al norte, Egipto al sur. Palestina, por estar situada en medio, iba a ser el escenario de las sangrientas luchas entre los países ya mencionados.

El Ángel continuó revelándole detalles de la visión a Daniel. Los súbditos egipcios no eran los únicos inquietos e insatisfechos con el rey Ptolomeo; Daniel se enteró de que también: “Hombres violentos de tu pueblo se rebelarán... pero fracasarán” (versículo 14, RVA). La disensión interna ocurrida en Egipto alentarán a algunos de los judíos a rebelarse contra la autoridad egipcia, bajo la cual no les había ido tan mal, pero aun así se revelaron con la

esperanza de restablecer su propia independencia. Por lo tanto decidieron ayudar a Antíoco de Siria en su lucha contra Ptolomeo V, rey de Egipto. Josefo, el antiguo historiador judío, nos da algunos detalles que muestran cómo se cumplió esta profecía.

Los judíos, por su propia voluntad, vinieron a él (Antíoco) y lo recibieron en la ciudad (Jerusalén), aprovisionaron a su ejército y a sus elefantes, y rápidamente lo asistieron cuando sitió la guarnición egipcia que estaba en la ciudadela de Jerusalén.

No es por nada que Antíoco III de Siria es conocido en la historia como Antíoco el Grande. Doce años después de su primera derrota en manos de los ejércitos egipcios, volvió a reunir a su ejército; y en el año 203 a.C., intentó recapturar Palestina, que estaba controlada por los egipcios como el Ángel había predicho. No se sabe el nombre de la “ciudad fuerte” que él sitió, pero muchos comentaristas piensan que fue Sidón en Fenicia, en la costa del Mediterráneo. Y ni aun lo mejor de las tropas egipcias pudieron detener el avance sirio. El ejército invasor hizo lo que quiso. “Permanecerá en la tierra gloriosa.” Palestina cayó bajo el poder de Siria.

El plan maestro de Antíoco incluía llegar a ser amo no sólo de Egipto, sino de todo el Mediterráneo oriental. Y como necesitaba a sus ejércitos para otras campañas militares, decidió destruir a Egipto de otra forma. Arregló un matrimonio político entre su hija y el joven príncipe de Egipto, confiando en que su hija le sería leal.

“Pero no permanecerá, ni tendrá éxito.” El plan de Antíoco fue contraproducente ya que su hija se negó a cooperar con él. Ella estaba más interesada en ser una esposa leal a su nuevo esposo egipcio que en ser un instrumento de su padre.

Las cosas resultaron mal para Antíoco no sólo en el sur, sino también en el oeste. Capturó varias islas cercanas a Grecia y Turquía, y fue entonces que el gobierno romano se sintió amenazado y atacó a Antíoco. En el año 190 a.C. el comandante romano Lucio Escipión derrotó a los ejércitos sirios y de esa

manera Siria cayó bajo el poder romano. El gran plan de Antíoco había fallado; regresó a su hogar derrotado y en desgracia para buscar seguridad dentro de sus fortalezas. Escasamente se oyó más de él.

El siguiente rey de Siria, Seleuco IV (187-175 a.C.) pronto se percató de lo que había costado la aventura de Antíoco. El reino estaba a punto de caer en bancarrota, y para colmo los romanos exigían pesados tributos. Seleuco tuvo que enviar un recolector especial de impuestos para recaudar dinero. Una de las formas de cumplir con esta obligación fue robar el tesoro del templo de Jerusalén. Comparado con los treinta y siete años que reinó su famoso padre, el reinado de Seleuco duró sólo unos pocos años (literalmente “días”). Murió “no con ira ni en batalla”, lo más probable es que haya sido asesinado.

²¹ »Ocupará su lugar un hombre despreciable, al cual no darán la honra del reino. Vendrá sin aviso y tomará el reino con halagos. ²² Las fuerzas enemigas serán barridas delante de él como por inundación de aguas; serán del todo destruidas, junto con el príncipe del pacto. ²³ Él, después del pacto, engañará, subirá y saldrá vencedor con poca gente. ²⁴ Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres ni los padres de sus padres; botín, despojos y riquezas repartirá entre sus soldados, y contra las fortalezas formará sus designios. Esto durará un tiempo.

A medida que el Ángel continuaba con los detalles de la visión, fue describiendo al rey venidero, un hombre despreciable que era amante de la intriga y de la traición. Este fue Antíoco Epífanes, que ha sido llamado “el Anticristo del Antiguo Testamento”. En este capítulo se le dedican quince versículos a este rey sirio; más de los que se le dedican a cualquier otro. Este rey le iba a causar sólo tribulación al pueblo judío.

Ya hemos conocido a este rey antes en las páginas del libro de Daniel. En el capítulo 8:9-12 él es el rey simbolizado por un cuerno pequeño que brotó de uno de los cuatro cuernos del macho cabrío.

El rey Antíoco nos es presentado como un ser despreciable, que en primer lugar no era rey por derecho propio. El trono no le pertenecía por sucesión legítima; sino que lo usurpó. Su predecesor en el trono de Siria había sido su hermano, cuyo hijo Demetrio debía ser el siguiente en la línea de sucesores. Sin embargo, al morir su padre, Demetrio fue llevado como rehén a Roma y Antíoco, su tío, se aprovechó de la situación para apoderarse del trono mediante “intrigas”. Así como Absalón, el hijo de David que dirigió una rebelión contra su padre, Antíoco sabía bien a quién debía adular, y tuvo éxito en la usurpación del trono.

No es fácil seguir el desenvolvimiento de su reinado. Por lo visto él afirmó su poder al ganar una gran batalla militar contra un ejército numéricamente superior para luego concertar un tratado de paz con la nación conquistada. El “príncipe del pacto” que fue destruido no ha sido identificado. Algunos piensan que fue el sumo sacerdote judío, otros creen que fue el rey de Egipto. De cualquier forma, una vez que Antíoco estuvo firmemente establecido en el trono, continuó practicando el engaño. Hizo toda clase de alianzas y tratados sin ninguna intención de respetarlos.

Cuando los pueblos vecinos ya se sentían seguros, Antíoco los invadió y los conquistó. Las provincias más ricas y las fortalezas más sólidas fueron de su especial interés. Para recompensar la lealtad de sus seguidores distribuía entre ellos el botín de guerra. En vez de quedárselos para aumentar su propia fortuna, los usaba para comprar lealtad e influencias, algo que sus predecesores no habían hecho. Todo eso duró “un tiempo”, tal como Dios lo había determinado.

²⁵»Despertará sus fuerzas y su ardor con un gran ejército, contra el rey del sur, y el rey del sur se empeñará en la guerra con un ejército grande y muy fuerte; pero no

prevalecerá, porque le harán traición. ²⁶ Aun los que coman de sus manjares lo quebrantarán; su ejército será destruido, y muchos caerán muertos. ²⁷ En su corazón, estos dos reyes tramarán hacer mal. Sentados a una misma mesa, se mentirán el uno al otro; pero no servirá de nada, porque el plazo aún no habrá llegado. ²⁸ Él volverá a su tierra con gran riqueza, y pondrá su corazón contra el pacto santo; hará su voluntad y volverá a su tierra.

Durante sus doce años de reinado, Antíoco invadió Egipto cuatro veces, obteniendo diferentes grados de éxito. A pesar de que su rival egipcio, “el rey del sur”, tenía un gran ejército, no pudo derrotar a los sirios “porque le harán traición”. El mensajero celestial predijo que los amigos de confianza de Ptolomeo, “aun los que coman de sus manjares”, de quienes se hubiera esperado que lo apoyaran, le iban a ser desleales. Así que la primera campaña de Antíoco contra Egipto resultó en derrota para los egipcios.

Cuando el pueblo egipcio supo lo que había sucedido, destronaron al rey Ptolomeo Filometor y lo reemplazaron con su hermano. Antíoco vio aquí una oportunidad y buscó la ayuda del ex rey en la lucha contra su hermano y nuevo rey Ptolomeo Evergetes. “Sentados a una misma mesa, se mentirán el uno al otro.” Antíoco, para ganar la cooperación del derrocado rey, pretendió profesarle amistad y expresó el deseo de ayudarlo para que volviera a ocupar el trono. Y Filometor, a sabiendas de que Antíoco mentía, simuló que creía en sus promesas. Los malévolos planes de Antíoco no tuvieron éxito.

Cuando Antíoco trató de conquistar la ciudad de Alejandría, fue derrotado y regresó a Siria. Se regresó con algunos botines de guerra, pero también con la gran frustración de no haber logrado lo que quería en Egipto. Por lo tanto, de regreso a casa, su corazón se volvió “contra el pacto santo”, la tierra santa y sus habitantes. Antíoco se ensañó en su primer ataque contra la ciudad y contra los habitantes de Jerusalén. Algunos historiadores dicen que mató

a 80,000 hombres, mujeres y niños, además de tomar 40,000 prisioneros y de vender muchos de ellos como esclavos. Para mostrar su desprecio por la religión judía, entró al templo, robó los vasos de oro y plata y sacrificó un cerdo sobre el altar. Ese fue el primer ataque que Antíoco dirigió contra Jerusalén. Los siguientes versículos hablan de otro que había de venir.

²⁹ Al tiempo señalado volverá al sur; pero la última venida no será como la primera. ³⁰ Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristarán y retrocederán, se enojarán contra el pacto santo y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto.

³¹ »Se levantarán sus tropas, que profanarán el santuario y la fortaleza, quitarán el sacrificio continuo y pondrán la abominación desoladora. ³² Con lisonjas seducirá a los violadores del pacto; pero el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará.

En el año 168 a.C. Antíoco emprendió otra expedición contra Egipto. El Ángel le informó a Daniel que eso iba a tener lugar “al tiempo señalado”, es decir, el tiempo señalado por Dios, no por Antíoco. Esta vez este hombre impío no iba a gozar del éxito que había tenido antes.

La razón para eso es que los romanos habían entrado en escena, por invitación de Egipto. Mientras las tropas de Antíoco sitiaban la ciudad de Alejandría, vendrían “contra él naves de Quitim”, o sea la flota romana, que vino para ayudar a los egipcios. Y esas fueron malas nuevas para Antíoco: el senado romano exigía su retirada de Egipto so pena de vérselas con Roma.

Y como Antíoco conocía el poder romano, de mala gana retiró sus tropas y regresó a Siria. Esa retirada forzosa le dio otra oportunidad de demostrar el odio que tenía contra el pueblo de Dios, dando así comienzo a una segunda ronda de sanguinarias persecuciones contra los judíos. Antíoco se interesó especialmente en “los que abandonen el santo pacto”, los judíos que habían

abandonado el pacto sagrado que Dios había establecido con los descendientes de Abraham. Antíoco tenía en mente usarlos para borrar todo rastro de la fe que Dios había instituido y reemplazarla con las costumbres y cultura griegas.

Así que el destacamento de tropas que Antíoco había enviado para destruir y profanar a Jerusalén puso manos a la obra. El Ángel predijo que iban a abolir el sacrificio diario, y así lo hicieron. Para profanar al santuario pondrían “abominación desoladora”. Por lo visto iban a sustituir el altar y a poner en él la estatua de Zeus que era el padre de todos los dioses griegos.

Al hacer esto con el Templo Antíoco lo profanó con el fin de que ningún israelita adorara a Jehová en ese lugar. Tal vez usted recuerde que Jesús usó la misma expresión en una conversación que tuvo con sus discípulos pocos días antes de morir. Dijo las cosas terribles que iban a suceder cuando el ejército romano destruyese Jerusalén, y las describió como un anticipo del fin del mundo. Les aseguró a sus discípulos que ellos verían “en el Lugar santo la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel” (Mateo 24:15). Cuarenta años después, al caer Jerusalén ante la invasión romana, los soldados plantaron sus estandartes paganos en la tierra sagrada de Jerusalén, significando que su desolación estaba cerca (Lucas 21:20).

Antíoco era un experto en el arte de la adulación y así manipuló y persuadió a muchos judíos apóstatas para que le ayudaran a extirpar la adoración a Jehová, el Dios de Israel. Sin embargo, el Ángel predijo que Dios se encargará de que otros reaccionen en contra de esa terrible persecución. Los que conocían al Dios de Israel y entendían su plan de gracia no iban a caer ante la lisonja de Antíoco ni se iban a doblegar ante sus amenazas.

³³ Los sabios del pueblo instruirán a muchos; pero durante algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo. ³⁴ En su caída serán ayudados con un pequeño socorro, y muchos se juntarán a ellos con lisonjas. ³⁵ También algunos de los sabios caerán para ser depurados, limpiados y

emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo.

Con el consuelo de saber que Dios tenía un buen propósito para la terrible experiencia por la que iba a pasar el pueblo de Jerusalén, termina aquí el episodio de Antíoco.

Los judíos que se dieron cuenta del malvado plan de Antíoco se resistieron y les ayudaron a otros a permanecer firmes en la fe de sus padres. Tuvieron que pagar un precio por eso. Muchos fueron llevados cautivos; otros fueron asesinados; otros murieron en las llamas cuando su hogar fue incendiado, o fueron torturados en grandes recipientes de bronce ardiendo. El Ángel predijo que todo esto iba a ser por “algunos días”. La frase tiene dos sentidos: cuando Dios llegue a la conclusión de que su propósito ya se ha cumplido, el sufrimiento terminará. Pero hasta que este fin llegue, el tiempo que se describe aquí será de horrible persecución para el pueblo de Dios.

Los que permanezcan leales al Señor “serán ayudados con un pequeño socorro”. Usualmente se entiende que esto se refiere a Judas Macabeo y a sus seguidores, los que en el año 165 a.C. se rebelaron contra los funcionarios sirios que intentaban imponerles las costumbres y la cultura griegas. Cuando el movimiento de protesta ganó fuerza, se volvió popular la costumbre de unirse a ese grupo. Y muchos lo hicieron por motivos poco sinceros.

Antíoco tenía pensado hacer el mayor daño posible, y hasta aplastar a los judíos si se le presentaba la ocasión. Los quería forzar a abandonar la verdadera religión que Dios les había revelado, para que en vez de ella adoptaran las costumbres y religión griegas. Quería hacer desaparecer por completo la adoración al verdadero Dios. Pero Antíoco no lo pudo lograr. Bajo la providencia del Señor los fieles a él fueron refinados, purificados y hechos inmaculados. El fuego de un horno no puede dañar el oro; lo hace tan sólo más puro.

³⁶»El rey hará su voluntad, se ensoberbecerá y se engrandecerá sobre todo dios; contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará hasta que sea consumada la ira, porque lo determinado se cumplirá.

Los diez últimos versículos de este capítulo presentan un problema para el lector. ¿Quién es el rey que se cita aquí? Para complicar el problema de identificación existe el hecho de que nada en el pasaje parece indicar un cambio de pensamiento en los versículos anteriores, en los que se describe la obra impía de Antíoco Epífanes.

Por lo tanto, el lector se preguntará naturalmente: ¿los últimos versículos del capítulo 11 nos dan información adicional sobre el rey Antíoco? A primera vista así parece. La descripción comienza diciendo “el rey hará su voluntad”, y ciertamente Antíoco lo hizo.

Sin embargo, la identificación no concuerda con la siguiente declaración: “se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios”. Era común que los reyes de la antigüedad se consideraran hijos de los dioses; Antíoco no fue la excepción. Pero la descripción va más allá; el rey que aquí se describe se exaltará a sí mismo sobre todos los dioses. Este Antíoco no lo hizo. En el versículo siguiente se dice que el rey “del dios de sus padres no hará caso,...ni respetará a dios alguno”. Antíoco era fiel a los dioses de Grecia, tanto que los trató de imponer como religión a los judíos.

La conclusión es inevitable: Antíoco no es la única persona de quien se habla aquí. Pero entonces, ¿de quién más se habla?

El capítulo 11 de Daniel no es un hecho aislado en las páginas de las Escrituras, sigue a los diez primeros capítulos de la profecía de Daniel. Pensemos otra vez en el capítulo donde Daniel describe el sueño que tuvo de las cuatro bestias. Mientras contemplaba a la cuarta y horrible bestia, vio diez cuernos y uno más, el cual simbolizaba a un rey que “hablará palabras contra el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantará” (7:25). Nosotros lo

identificamos como el Anticristo, el enemigo principal de Dios. “Así como Dios da señales y características claras a través de todo el Antiguo Testamento para reconocer al Mesías, así también la palabra de Dios hizo clara la identidad del Anticristo” (Feinberg, *Daniel*, p. 173). Los diez últimos versículos del capítulo 11 ya no se refieren a Antíoco Epífanes, sino que son la predicción que en el Antiguo Testamento se hace de Satanás, el enemigo de Dios, de quien Antíoco fue un prototipo. San Pablo nos da la clave para la interpretación correcta de este pasaje en 2 de Tesalonicenses 2:4. Allí describe al Anticristo en una forma notablemente similar a la que da Daniel: “El cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto”.

“Hablará maravillas”, literalmente “cosas que causarán asombro” por ser grandes blasfemias. El papado católico romano le ha robado a Dios su gloria suprema al atacar el corazón mismo del evangelio: la enseñanza de que el pecador es salvo sólo por la fe que Dios ofrece misericordiosamente en Jesucristo. No hay ninguna blasfemia peor que el ataque a esta enseñanza central de las Escrituras. La aparición del Anticristo y de su obra blasfema es parte de plan predestinado de Dios. Este es el juicio “para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses 2:10).

³⁷ Del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres, ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá. ³⁸ Pero honrará en su lugar al dios de las fortalezas, un dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y cosas de gran precio. ³⁹ Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables, colmará de honores a los que lo reconozcan, los hará gobernar sobre muchos y repartirá tierras como recompensa.

El Anticristo se exaltará a él mismo por encima de Dios no sólo atacando lo que Dios ha dicho, sino también afirmando que

es el portavoz único y autorizado de Dios. Una señal más será que “del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres”. La baja opinión que el papado tiene del matrimonio se ilustra con una de las afirmaciones que hizo el Papa Juan Pablo II: “Aquellos que elijan casarse hacen bien, y aquellos que elijan la virginidad o la abstinencia voluntaria hacen mejor.” Al prohibir que sus clérigos se casen y enseñarles a los laicos que permanecer en el celibato es un estado de mayor santidad que el de estar casados, el Anticristo muestra una baja opinión del amor mutuo entre hombre y mujer. Por el contrario Dios muestra la alta estima que tiene del amor matrimonial cuando en su Palabra compara este amor con el que Cristo tiene por su novia, la iglesia.

También en la descripción de este enemigo de Dios se dice: “honrará en su lugar al dios de las fortalezas”. El corazón humano es una fábrica de ídolos; cuando una persona rechaza conocer al verdadero Dios tal como se ha revelado en las Escrituras, esa persona llegará a dar su amor a cualquier otra cosa o persona. Lutero dijo en una ocasión: “sea lo que fuere que yo haga el supremo objeto de mi amor, ése es mi dios”.

Con el transcurso de los siglos el Anticristo con frecuencia ha mostrado gran fascinación por las conquistas militares, tratando de influir y de entrometerse en los gobiernos para ejercer alguna forma de control sobre ellos, utilizando las fuerzas militares para conseguir sus propósitos. Uno se pone a pensar en cómo la vida y la obra de reforma de Lutero se vieron amenazadas por la autoridad combinada de iglesia y estado. Para obtener el uso de la presión militar, el Anticristo gustosamente ha invertido oro y plata, dinero, influencias y regalos costosos para presionar a los pueblos y a los gobiernos a que hagan su voluntad. Honrará ostentosamente a aquéllos que estén de su parte, a otros les dará gobiernos o dividirá la tierra entre ellos como un medio de ganar su alianza.

⁴⁰»Al cabo del tiempo, el rey del sur contendrá con él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo y muchas naves; y entrará por las

tierras, las invadirá y pasará. ⁴¹ Entrará en la tierra gloriosa, y muchas provincias caerán; pero escapan de sus manos Edom, Moab y la mayoría de los hijos de Amón. ⁴² Extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto. ⁴³ Se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto. Los de Libia y de Etiopía lo seguirán. ⁴⁴ Pero noticias del oriente y del norte lo atemorizarán, y saldrá con gran ira para destruir y matar a muchos. ⁴⁵ Plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo; pero llegará a su fin, y no tendrá quien lo ayude.

Los versículos finales de este capítulo son difíciles de entender; el lenguaje de la profecía, y especialmente el de la visión, con frecuencia no es fácil, y ciertamente que aquí tenemos un ejemplo con estos versículos.

El Ángel, al explicarle la visión a Daniel, le describe un ataque final sobre el pueblo de Dios. Para aumentar la dificultad está el hecho de que él describe ese ataque como la continuación de las batallas que tuvieron lugar para controlar la Tierra Santa inmediatamente antes de Cristo, las batallas entre los ptolomeos de Egipto y seleúcidas de Siria.

Sin embargo, como el tiempo que se indica no es el tiempo de Antíoco Epífanes sino “al cabo del tiempo”, reconocemos en esta descripción una batalla entre el Anticristo y los que se le oponen. La actividad del Anticristo despertará oposición: tendrá enemigos. Esos enemigos se identifican solamente como “el rey del norte” y “del sur”. Debido a que el Ángel que le reveló esto a Daniel estaba hablando sobre el futuro lejano, es claro que el rey del sur no puede ser Egipto; y que el rey del norte aquí no puede ser Siria. Hay mucho en esta profecía que será misterioso hasta que el Señor nos de los detalles que revelan el misterio. Por lo tanto, para nosotros es mejor tener las verdades en general en vez de tratar de identificar cada referencia históricamente. “Tenemos aquí unas pinceladas claras y en términos tomados de las campañas de las

fuerzas anticristianas de los siglos segundo y tercero a.C., tenemos un retrato del Anticristo en pleno desarrollo de su poder” (Kretzmann, *Comentarios populares de la Biblia*, vol. 2, p. 632).

La visión de Daniel le mostró que Satanás, el archienemigo de Dios, iba a sufrir reveses. Pensamos, por ejemplo, en la contrariedad que ha de haber sido para él cuando en el año 1054 d.C. la mitad oriental de la iglesia se separó de la occidental para formar lo que se conoce como la Iglesia Ortodoxa. Pese a esa oposición, el Anticristo todavía se las arreglará para continuar controlando a un país tras otro y para establecer su dominio espiritual a través de todo el mundo.

“Entrará en la tierra gloriosa.” En los días del Antiguo Testamento Dios realmente estableció su residencia en Palestina, en la nube que estaba encima del Arca en el templo de Jerusalén. En términos del Nuevo Testamento, la santa iglesia cristiana es la “tierra gloriosa” donde el Dios trino mora con toda su gracia y su favor. Los ataques más feroces del Anticristo se dirigirían contra esta iglesia, causando innumerables pérdidas entre los fieles confesores de la verdad.

Daniel se enteró de que Edom, Moab y Amón, antiguos enemigos del pueblo de Dios, no serán derrotados por el Anticristo; como enemigos de Dios y de su pueblo ellos ya eran representantes del Anticristo. En consecuencia, el Anticristo no tendrá ninguna necesidad de derrotarlos.

“No escapará el país de Egipto.” Egipto era un poderoso líder mundial en los tiempos antiguos; si al extender su poder el Anticristo fuera capaz de controlar a Egipto, Libia y Nubia, entonces su poder debe ser realmente tremendo.

“Extenderá su mano a las otras tierras, y la tierra de Egipto no escapará” (versículo 42, RVA). El Anticristo derribará a cualquier país que le estorbe. En los tiempos de Daniel, cuando Babilonia acababa de caer y Persia todavía no había consolidado su poder, Egipto era considerado un poder mundial. Si el Anticristo, en su plan de conquistas pudo subyugar incluso al líder mundial de esos días, entonces su poder realmente debe ser grande.

“Pero noticias del oriente y del norte lo atemorizarán”. Esto posiblemente se refiere a la dispersión del Islam en el este, y al éxito de la Reforma en Alemania (al norte). Aquí el Evangelio con toda su pureza fue restaurado, y las conciencias fueron liberadas de la esclavitud de los decretos y de las amenazas del papado.

La historia de este rival de Cristo repentinamente llega a su fin. Establecerá su cuartel general en el corazón del pueblo de Dios, donde Dios ha establecido su morada. Desde su base de operaciones en la iglesia continuará atacando al pueblo de Dios, buscando esclavizar las conciencias a sus enseñanzas. Pero justo cuando parezca que la iglesia de Dios cae ante él, será destronado. Este archienemigo de Dios está, después de todo, sujeto a Dios; y perecerá repentinamente.

El cuadro que el Ángel describió y que Daniel vio del fin de los tiempos, no es un panorama agradable. La historia del mundo está hecha de guerra, traición, dominio, tiranía y persecuciones. Pero cuando Jesucristo regrese visiblemente para juzgar a sus enemigos y para gobernar sobre sus santos, las palabras que cerrarán la historia de cada uno de sus enemigos serán:

“Pero llegará a su fin, y no tendrá quien lo ayude”.

UNA PALABRA FINAL DE GOZO DANIEL 12

El libro de Daniel dice muchas cosas que nos hace estremecer. Quienes tenemos la bendición de vivir bajo un gobierno que garantiza libertad religiosa temblamos involuntariamente al leer algunas de las porciones históricas de este libro. Sólo pensemos en las sentencias de Sadrac, Mesac y Abed-nego a ser quemados en el horno ardiendo del rey por su lealtad a Dios, o de que Daniel permaneció fiel al Señor aun a riesgo de ser devorado por fieras hambrientas. Aparte de las partes históricas, se encuentran las secciones proféticas del libro que aterrorizaron a Daniel: hay capítulos que hablan de naciones conquistadas y de los horrores que el pueblo de Dios iba a enfrentar en un período de 400 años entre el Antiguo y Nuevo Testamento.

Aunque la mayor parte del libro de Daniel contiene un mensaje sombrío que nos hace pensar, la nota principal de este capítulo final es el gozo. Dios describe en él la culminación de su obra. La palabra final de Dios para Daniel es una palabra de gozo. Le habla a su amado profeta de la ayuda que el arcángel Miguel le dará al pueblo de Dios, de su resurrección, de su liberación del juicio y de la gloria eterna que les espera.

12 «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo.

**»Será tiempo de angustia,
cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces;
pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo,
todos los que se hallen inscritos en el libro.**

Las primeras palabras “en aquel tiempo” conectan este pasaje con el anterior, en el que había descrito la destrucción del Anticristo al final de los días. El Ángel que le reveló esta información a Daniel habló de un “tiempo de angustia, cual nunca

fue desde que hubo gente hasta entonces”. Jesús citó también este versículo cuando habló de los acontecimientos que iban a llevar al juicio final: “Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá . Y si aquellos días no fueran acortados, nadie sería salvo...” (Mateo 24:21 s.).

Tal vez usted haya oído a alguien comparar este mundo con un manicomio. En verdad el mundo no es un manicomio sino un estadio, un campo de batalla donde se ha entablado una guerra constante entre las fuerzas de Dios y las fuerzas que están en su contra. No hay una sola área de nuestra vida que no le pertenezca a Dios y que no haya sido atacada para ser robada por las fuerzas de Satanás y de sus secuaces.

Primero que nada, se nos asegura que esta lucha continuará e incluso se intensificará a medida que avancemos hacia el fin del mundo. Cuando los días finales empeoren, el Anticristo se lanzará en furia desesperada por seducir al pueblo de Dios y por minar su fe en Cristo. Durante sus angustiosos siglos de existencia, el mundo ha experimentado toda clase de desastres, pero no se comparan a los que vendrán en los últimos días. Estas palabras nos recuerdan que ser un cristiano no significa verlo todo color de rosa, lo cual ni es lógico ni real. Daniel aclara que, cuando contemplemos el futuro, no lo veamos con demasiada confianza.

Pero tampoco hay razón para desesperarse. No sólo se avecinan problemas, también se avecina el triunfo. “En aquel tiempo se levantará Miguel.” El capítulo 10 de Daniel describió a Miguel, el gran príncipe angélico que tras el escenario de la historia mundial trabajó contra los agentes satánicos en el gobierno persa. Miguel era un agente de Dios enviado para frustrar los planes satánicos y para garantizar la buena voluntad de Dios de que se lleve a cabo el regreso de los exiliados a su hogar. Estos versículos nos dicen que cuando el desastre mayor ocurra, Miguel, el victorioso ángel de Dios, intervendrá nuevamente en beneficio de su pueblo.

“Será libertado tu pueblo.” Miguel triunfará en su defensa del pueblo de Dios, Israel, los hijos espirituales de Abraham que han sido reunidos desde todos los confines de la tierra. Los esfuerzos de los enemigos se detendrán cuando Dios les envíe la liberación final a “tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro”. El libro de Dios es su registro familiar que contiene el nombre de todos los que han sido amados y escogidos desde la eternidad (Éxodo 32:32; Salmo 69:28).

² Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua.

³ Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad.

Uno de los enemigos que se introdujo en la creación de Dios y que causó miserias indescriptibles para el pueblo de Dios es la muerte. Esta enemiga también será vencida en la victoria final. Génesis 2 nos enseña que “Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida” (Génesis 2:7). Génesis 3 nos enseña que cuando los primeros hijos de Dios se rebelaron contra su Creador, una de las consecuencias fue que volverán al polvo de donde habían venido. En cada generación y en cada individuo comenzando con Adán, como alguien ha dicho, “la muerte ha seguido cobrando el mismo precio, uno por persona”.

La muerte terminará su dominio cuando el Señor venga por segunda vez. Entonces, “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados”. ¿Quiénes son esos “muchos”? Jesús nos lo dice en una declaración que hizo ante sus oponentes judíos: “Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios... todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (Juan 5:25,28).

La muerte es “el postrer enemigo que será destruido” (1 Corintios 15:26); ella será destruida por aquel que al resucitar rompió con el poder de la muerte. En la gran resurrección del día final, el pueblo de Dios se levantará para vida eterna. Vivirá con Dios en la existencia perfecta y eterna.

Los que emplearon su vida terrenal evadiendo a Dios, experimentarán un destino diferente en la gran resurrección del día final. Escucharán la voz de Dios que dirá: “¡Muy bien, ustedes quisieron estar sin mí; que así sea, y para siempre!” Serán sentenciados a una separación perpetua de Dios, a una existencia de “vergüenza y confusión perpetua”.

Esta declaración les puede parecer drástica a los que piensan que Dios es un ser amable pero pusilánime, que no querrá castigarlos con todo el peso de la ley, sino sólo darles un ligero regaño. Pero esa no es la imagen que la Biblia pinta de Dios. El Dios que en tiempos de Noé derramó los océanos sobre las cúspides de las montañas, ahogó al mundo de gente desesperada; el mismo Dios que cierto día arrasó con Sodoma y Gomorra en un huracán de fuego, el Dios que permitió que los perros comieran a la malvada reina Jezabel es el mismo Dios que sigue reinando en los cielos. Y él nos ha dicho lo que habrá de ocurrir antes de su segunda venida. Los que en el día del juicio sean sentenciados a la vergüenza y a la condenación eterna no serán arrojados al espacio como desperdicio tóxico donde serán destruidos sin quedar memoria de ellos. Después de todo son seres humanos, y Dios nunca deshonraría a un ser humano tratándolo como a un objeto. Retendrán la habilidad de experimentar el rechazo eterno de su Creador.

Contrastando con los que se han perdido están los creyentes, para quienes el día del juicio será un triunfo. Ellos son descritos como “los entendidos”. Por la palabra de Dios han aprendido a reconocer su pecado así como también a su único Salvador del pecado. Es cierto que no es fácil ser “entendido” en tiempos de persecución y mostrar sensatez en todo momento. Una forma destacada de mostrar sabiduría cristiana es mediante palabra y

ejemplo, siendo una luz en el mundo, ayudando a otros a encontrar el camino para llegar a formar parte de la familia de Dios y finalmente estar a su lado.

Vivirán en la gloria para siempre, resplandeciendo en los cielos. En las páginas del Antiguo Testamento Dios nos da una revelación más completa de lo que Daniel profetizó. Sabemos que en el día del juicio no sólo permaneceremos ante él para ser examinados. Sino que también tenemos la promesa, ¡casi increíble!, de que mediante Cristo pasaremos ese examen, encontraremos aprobación, que seremos del agrado de Dios. Mediante la fe en la vida perfecta y en la inocente muerte de Cristo, no sólo tendremos la misericordia de Dios sino que también seremos su gozo, como un padre se goza en sus propios hijos. Es cierto que vienen problemas, pero también hay victoria final.

4 »«Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará.»

Daniel había escrito cada una de las revelaciones que Dios le había dado. La revelación más reciente (capítulo 10:1 a 12:3) fue la última que Dios le dio; con ella estaba completo el mensaje profético que se le dio a Daniel. “Esta última revelación formó la conclusión y el contenido del mismo; es decir, el libro debía ahora ser sellado. Daniel... había terminado su ministerio profético y el libro, como uno de sus últimos actos, es guardado con el fin de preservarse” (Young, p. 257).

Entre 1948 y 1950 fueron accidentalmente descubiertos unos pergaminos en las famosas cuevas de Qumrán, al oeste del mar Muerto. Esos pergaminos estaban envueltos en lino y habían sido colocados en grandes vasijas de barro, bien selladas para su preservación. El haber estado enrollados y sellados, permitió que la mayoría de esos valiosos documentos, escritos en cuero y de una consistencia sumamente frágil, se conservaran por 2000 años. Dios mandó que Daniel cerrara y sellara el libro, no con el fin de

ocultarlo, sino para preservarlo para las futuras generaciones que necesitarían escuchar su mensaje.

En los años venideros las personas necesitarían esa clase de profecía con el fin de tener información confiable acerca de lo que les espera en el futuro. Es trágico, sin embargo, que muchos en nuestros días rechacen la verdad revelada de Dios y continúen buscándola en otros lugares, corriendo de aquí para allá en un intento por encontrar lo que hace a la vida digna de ser vivida y a la muerte digna de morir. La trágica predicción del profeta Amós se ve cumplida en ellos: “E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente andarán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán” (Amós 8:12).

Mediante siervos fieles como Daniel, Dios ha compartido algunos de sus secretos con nosotros, inclusive poniéndolos por escrito. Alguna parte de la información que nos ha dado mediante este profeta se refiere al tiempo pasado; otra abarca el presente; y la información restante aún permanece en el futuro, extendiéndose hasta el fin de los tiempos cuando nuestro Señor regrese. Jesús nos ha asegurado: “Si vosotros permanecéis en mi palabra... conoceréis la verdad” (Juan 8:31,32).

⁵»Yo, Daniel, miré y vi a otros dos que estaban en pie, uno a este lado del río y el otro al otro lado. ⁶Y dijo uno al varón vestido de lino que estaba sobre las aguas del río: “¿Cuándo será el fin de estas maravillas?” ⁷Oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su mano derecha y su mano izquierda al cielo y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas se cumplirán.

Ahora apareció una nueva escena ante los ojos de Daniel. A la orilla del río, por lo visto estando aún en Babilonia, Daniel vio “otros dos” ángeles además del Ángel, el Señor mismo, que le había estado dando a Daniel la información celestial que está

contenida en los capítulos anteriores. En el siguiente versículo el Ángel es descrito como vestido de lino. Uno de los ángeles preguntó: “¿Cuándo será el fin de estas maravillas?” Esto es, los eventos sorprendentes que se mencionan en los primeros versículos del capítulo. La pregunta en realidad quiere decir: “¿Cuánto tiempo falta para que suceda todo esto?”

El mensajero divino levantó ambas manos a los cielos. Entre los judíos antiguos cuando alguien levantaba una mano significaba hacer juramento; levantar ambas manos parecería indicar doble confirmación. Para asegurarle a Daniel que la respuesta era totalmente verdadera, el Ángel hizo un juramento. Juró por él mismo, “por el que vive por los siglos”.

La respuesta, dada bajo juramento, es misteriosa. Los tiempos de desastre que señalan a la gran liberación serán “por tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo”. Encontramos esta rara expresión anteriormente en el libro de Daniel, en 7:25, donde se dio a conocer que el pueblo de Dios iba a ser entregado al poder del Anticristo por ese período de tiempo, el cual entendemos como un período determinado por Dios.

- “Tiempo”: la oposición a Dios y a su pueblo empezará y durará por un período de tiempo;
- “Tiempos”: esta oposición se incrementará y parecerá tener éxito;
- “Medio tiempo”: su furia será reducida y terminará repentinamente cuando toda oposición a Dios se derrumbe.

Por lo tanto esta expresión poco común se refiere a la duración del tiempo de persecución que se predice en los capítulos previos del libro de Daniel.

Uno de los ángeles había preguntado: “¿Cuándo será el cumplimiento de esta profecía?” La respuesta fue: llegará en un tiempo cuando “se acabe la dispersión del poder del pueblo santo”, cuando la iglesia cristiana se encuentre cerca de la aniquilación.

El Anticristo, con enseñanzas falsas y seductoras, atacará el corazón mismo de la religión cristiana, estando muy cerca de destruir a los creyentes. En ese tiempo crítico, cuando parezca que la iglesia de Dios es incapaz de sobrevivir, Dios regresará para destruir al Anticristo y para liberar a su pueblo fiel.

Quién de nosotros no se ha preguntado: “¿cuánto tiempo falta para el fin del mundo?” Vale la pena notar que Dios no especifica un número especial de años. No necesitamos saberlo. Tampoco era necesario que Daniel lo supiera, ya que realmente no le ayudaría en nada a su pueblo. De hecho algunos hasta se podrían descuidar y considerar poco serio el llamado al arrepentimiento.

8»Yo oí, pero no entendí. Dije entonces: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?” 9Él respondió: “Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. 10 Muchos serán limpios, emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá; pero los entendidos comprenderán.

“Anda, Daniel”; en otras palabras: “No trates de curiosear lo que está más allá de tu entendimiento.” Dios no nos ha dado toda la información que nos gustaría tener sobre el futuro, y debemos estar contentos de no saber lo que el Señor no nos ha dicho. Dios a veces nos dice lo mismo que Jesús les dijo a sus discípulos en su ascensión: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad” (Hechos 1:7). La revelación completa de Dios será entendida en su totalidad sólo cuando los eventos que se han profetizado tengan lugar. El tiempo en que estas cosas serán entendidas simplemente se refiere a “el tiempo del fin”, el fin de todas las cosas. Con la venida del Señor todos los misterios serán aclarados y las preguntas serán contestadas, aquéllas preguntas que con frecuencia se hacen los cristianos cuando se sorprenden por la forma en que el Señor guía la historia.

Dios no ha retenido ninguna información que necesitemos saber para estar preparados para enfrentar el fin del mundo. Esta

verdad es especialmente importante en tiempos en que muchos han fijado la fecha de la segunda venida de Cristo y están prontos a señalar ciertos acontecimientos de la historia moderna como cumplimiento específico de la profecía bíblica. Podemos estar confiados de que cuando venga el tiempo establecido por Dios lo vamos a entender, aun cuando por ahora muchas cosas se vean sombrías y oscuras.

A pesar de que el Ángel no le dio a Daniel la información específica que él pedía, sí le dio una descripción general de lo que le esperaba al pueblo de Dios en el futuro. Serán tiempos difíciles que incluirán persecuciones para el pueblo de Dios en los días venideros. Pero bajo la guía del Señor serán purificados por los juicios, no condenados por ellos. Mediante los mismos juicios Dios hará que muchos sean “limpios, emblanquecidos y purificados”. ¡Qué verdad tan consoladora a la que la iglesia de Dios se puede aferrar cuando se tenga que enfrentar al futuro que parezca todo menos brillante!

“Los impíos procederán impiamente”. Los enemigos de Dios y de su pueblo continuarán su ciega oposición a la verdad revelada de Dios, no entenderán su gran designio para este mundo y para su pueblo. Pero “los entendidos comprenderán”.

¹¹ Desde el tiempo en que sea quitado el sacrificio continuo hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días. ¹² Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días.

El libro de Daniel llega a su fin con una nota sorprendente. Aunque el Ángel declinó decir el tiempo exacto en que ocurrirá el fin de todas las cosas, nombra dos períodos de tiempo, un período largo de 1,335 días y uno corto de 1,290 días.

Muchos comentaristas toman literalmente esos números, que en cada caso abarcan cerca de tres años y medio. Los comentaristas judíos han visto en ese período una referencia al tiempo de Antíoco Epífanes. “El período (1,290 días) terminaría

en el verano del año 164 (a.C.). La muerte de Antíoco de hecho tuvo lugar en el transcurso de ese año.” El período de 1,335 días, 45 días más largo que el primero, se explica de la siguiente forma: “Tal vez los efectos completos de la muerte de Antíoco se dejarían sentir sólo después del lapso de este período” (A. Cohen, ed., *Soncino Libros de la Biblia*, pp. 103 s).

Otros han interpretado estos dos períodos como el tiempo aproximado en que el ejército romano llegó cuando destruyó Jerusalén en el año 70 d.C. sin explicar, sin embargo, qué tienen que ver los números 1,290 y 1,335 con esta fecha.

La mayoría de los comentaristas han preferido resolver el problema tomando los dos períodos de tiempo en forma simbólica, en vez de hacerlo literalmente. El punto de arranque para los dos períodos se describe como “desde el tiempo en que sea quitado el sacrificio continuo hasta la abominación desoladora”. Eso señala con toda seguridad a los tiempos de Antíoco Epífanes, el difícil período de persecución para el antiguo pueblo de Dios. Tenemos un paralelo interesante para la designación de este tiempo en Apocalipsis 11:2 s., donde el apóstol Juan dijo que los enemigos de la iglesia “hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses”, otra vez un período de tres años y medio. Sin embargo, al mismo tiempo Dios le dio a Juan esta promesa adicional: “Y ordenaré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días”. *El comentario autodidacto de Concordia* agrega el siguiente comentario: “Los tres años y medio del terrible reinado de Antíoco IV, cuando el templo fue profanado, fue la medida de la duración de un período de opresión y de aflicción de la tradición judía” (p. 296).

Entonces, los 1,335 días se refieren al período de tiempo exactamente determinado por Dios, cuando la iglesia de Jesucristo será la iglesia sufriente. Eso incluye el período completo de persecución y de oposición al gobierno de la gracia de Dios hasta el fin del mundo. Los 1,290 días representarían entonces la etapa más severa de ese período, incluyendo tanto la persecución bajo

Antíoco como la persecución posterior, es decir, la persecución bajo el Anticristo.

Puede ser que al contar los días Dios nos esté anticipando que el tiempo de sufrimiento que tengamos que soportar por su causa será limitado. En las visiones bíblicas, siete es con frecuencia el número que simboliza lo perfecto o lo completo. Los 1,290 días, la peor fase de la persecución, resulta en poco más de tres años y medio. Los sufrimientos que al pueblo de Dios se le ha pedido que soporte durarán no más que la mitad del período de tiempo, lo cual será soportable.

La pregunta que hace Daniel (“Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?”) en efecto ha sido respondida. Cualquiera que sea la persecución que venga sobre el pueblo de Dios, no durará mucho; los hijos de Dios serán capaces de soportarla. Dios decidió acortar la persecución que padecieron los judíos bajo el rey Antíoco, el Anticristo del Antiguo Testamento. En la misma forma, Dios sabe el tiempo conveniente para poner fin al Anticristo del Nuevo Testamento y su obra impía que se detalla en las Escrituras.

Exactamente ¿qué forma de sufrimiento habrá para los seguidores de Cristo? No se nos dice. Lutero, al comentar sobre este pasaje, afirma que muy bien podría ocurrir que el mundo en el cual vivimos se preocupe tanto por los placeres de esta vida que “no quedará un sólo púlpito en todo el mundo desde donde el Evangelio sea predicado públicamente”. Bajo esas condiciones, “el evangelio tendrá que ser preservado en los hogares sólo mediante padres temerosos de Dios” (*Saemmtliche Schriften*, vol. 6, p. 938).

“Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días” es una forma que utiliza el Antiguo Testamento de consolar con la promesa de Cristo: “Pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo” (Mateo 24:13). Con esta nota termina la profecía de Daniel.

¹³ En cuanto a ti, tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días.»»

El libro llega a su fin con una nota de victoria. Daniel continuó en la posición que Dios lo había puesto en la vida, impávido y sin temores por el conocimiento de los días difíciles por venir.

“Reposarás” en la tumba, y “al fin de los días”, en la segunda venida de Cristo, “te levantarás para recibir tu heredad”. Y ¡qué herencia le esperaba a Daniel: la vida eterna en los cielos!

Lutero tiene algo que decir sobre los últimos versículos del libro de Daniel: “Daniel concluye el registro de sus terribles visiones y sueños con una nota de júbilo, es decir, con la segunda venida del glorioso reino eterno de Cristo. Este es el capítulo final y glorioso de la historia del mundo al cual señalan todas las visiones y sueños de Daniel... Cualquiera que desee estudiarlas, las aprovechará más si no enfoca su atención en los detalles de las visiones y sueños, sino que encontrará consuelo en el Salvador Jesucristo a quien ellos retratan y en la liberación él nos trae del pecado y de la miseria que éste nos causa.”

BIBLIOGRAFÍA

- Archer, Gleason L. *Jerome's Commentary on Daniel*. Grand Rapids: Baker, 1977.
- Cohen, A., ed. *Soncino Books of the Bible*. London: Soncino, 1951.
- Daeschel, August. *Die Bibel*. Greslau; Deulfer, 1874.
- Feinberg, Charles L. *Daniel, The Man and His Visions*. Cappaqua: Christian Herald, 1981.
- Fransmann, Wernr H. *Bible History Commentary*. Milwaukee: Board of Parish Education, Wisconsin Ev. Luth. Synod, 1980.
- Kretzmann, Paul E. *Popular Commentary of the Bible*. St. Louis: Concordia, 1923.
- Leupold, H. C. *Exposition of Daniel*. Minneapolis: Augsburg, 1961.
- Luther, Marin. *Saemmtliche Schriften*. St. Louis: Concordia, 1880.
- Montgomery, James A. *International Critical Commentary on the Book of Daniel*. New York: Scribner's, 1927.
- Pfeiffer, Charles F. *Old Testament History*. Grand Rapids: Baker, 1973.
- Warnke, Harold E. "The Message of Daniel for the Christian Teacher". *In Wisconsin Lutheran Quarterly*, 69:242-264.
- Wilson, Robert Dick. *Studies in the Book of Daniel*. Grand Rapids: Zondervan, 1975.
- _____. *Daniel, a Study Guide*. Grand Rapids: Zondervan, 1975.
- Young, Edward J. *The Prophecy of Daniel*. Grand Rapids: Eerdmans, 1949.

TABLA DE BIBLIAS

- EP *La Biblia Latinoamericana*. Ricciardi, Ramón, Ed. Madrid: Ediciones Paulinas, 1972.
- DHH *Dios Habla Hoy, La Biblia Versión Popular*. México D.F.: Sociedades Bíblicas Unidas, 1979.
- LBLA *La Biblia de las Américas*. La Habra, CA: The Lockman Foundation, 19086.
- NIV *The Holy Bible, New Interntional Version*. Grand Rapids, MI: Zondervan, 1978.
- RVA *Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada*. El Paso, Tx. Editorial Mundo Hispano, 1989.
- RV-60 *La Santa Biblia*. Antigua Versión de Casiodoro de Reina (1569). Revisada por Cipriano de Valera (1602). Revisión de 1960. México, D.F.: Sociedades bíblicas en América Latina.
- RV-77 *La Santa Biblia: Reina-Valera 1977*. Terassa, España: CLIE, 1977.

Además de redactar este comentario sobre el libro de Daniel, John C. Jeske edita toda la obra sobre el Antiguo Testamento para la Biblia Popular. La capacidad del Profesor Jeske para este cargo la testifican su dirección del departamento del Antiguo Testamento en el Seminario Luterano de Wisconsin hasta su reciente jubilación y su colaboración en la traducción bíblica, la New International Version. Antes de enseñar en el seminario fue un pastor parroquial por veinte años.

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Daniel siendo un joven estuvo entre los primeros judíos deportados a Babilonia.

Hombre de gran fe, desempeñó importantes posiciones en el gobierno durante los difíciles tiempos de la cautividad. Por medio de Daniel, Dios le mostró a su pueblo en exilio lo que sucedería en el futuro. Dios le recordó a su pueblo que él los cuidaría en todas las situaciones.